

Walter Scott



Defensa de la Nación Escocesa
(Las cartas de Malachi Malagrowthier)



Traducción, estudio preliminar y notas de
Fernando Toda Iglesia

Clásicos Universidad
de Málaga

Walter Scott

Defensa de la Nación Escocesa
(Las cartas de Malachi Malagrowth)

Traducción, estudio preliminar y notas de
Fernando Toda Iglesia

Asesoramiento lingüístico y revisión de estilo
de la versión al castellano
M^a Pilar Castán Lanasa

Introducción de
Luis Moreno

Prólogo de
Juan Jesús Zaro

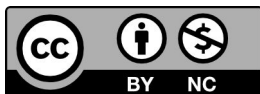
UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

© UMA Editorial. Universidad de Málaga
Bulevar Louis Pasteur, 30 (Campus de Teatinos) - 29071 Málaga
www.umaeditorial.uma.es

© Los autores

Diseño y maquetación: Los autores

ISBN: 84-9747-037-0



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons:

Reconocimiento - No comercial - (cc-by-nc):

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>

Esta licencia permite a los reutilizadores distribuir, remezclar, adaptar y desarrollar el material en cualquier medio o formato únicamente con fines no comerciales y siempre que se otorgue la atribución al creador. CC BY-NC incluye los siguientes elementos

PRÓLOGO

Aunque hoy se lea menos que en el pasado, sobre todo entre los lectores más jóvenes, Walter Scott continúa siendo un escritor popular en España. Además de la popularidad que le han conferido las versiones cinematográficas de sus novelas más famosas, siguen reeditándose traducciones de sus obras y haciéndose versiones nuevas. Una consulta al catálogo del ISBN en Internet nos proporciona un dato significativo: entre enero de 2000 y julio de 2003 se han publicado once títulos de Scott en España. De ellos, seis son ediciones de *Ivanhoe* adaptadas para un público infantil o juvenil. Esta novela, quizá la más popular de Scott, sería el máximo exponente de esas obras que José María Valverde consideraba «acartonadas», pero emocionantes, en la entrada que hace del novelista escocés en su *Historia de la literatura universal*:

*No nos duele reconocer que los personajes son de cartón piedra, y las batallas, de papelón teatral: algo queda detrás de eso que nos sigue encantando, y no sabemos bien si es el puro deleite en la aventura, identificándonos con el zaramboqueo mecánico de los héroes en sus peripecias, o quizá más bien en ese color de sueño que hay en el telón de fondo de este mundo de muñecos.*¹

Quizá sea éste uno de los problemas de Scott en España, que es conocido sobre todo por las novelas de aventuras de tema medieval. Sin embargo, sus novelas ambientadas en la Escocia moderna y contemporánea (como *Waverley*, *The Heart of Mid-Lothian* o *Rob Roy*) suelen tener un «algo más» que a nosotros nos puede pasar desapercibido –y del que carecen otras como *Ivanhoe*– que es el retrato de la gente de su tierra, Escocia, y de su manera de hablar (como también sucede en *El anticuario*, citada por Valverde, en donde no hay propiamente aventura ni casi trama, pero sí magníficos retratos de la vida en Escocia). Lo que las hace interesantes más allá de la mera aventura es la tensión histórica entre Inglaterra y Escocia que revelan. Es un elemento que, como lectores de otra época y otra cultura, podemos pasar por alto, pero para su público original –ingleses y escoceses, ya todos británicos– era, y es, algo que tiene resonancias muy directas. Y esa tensión que Scott utiliza como telón de fondo de sus novelas, como señala el profesor Toda en su estudio, se convierte en el motivo principal en *Las Cartas de Malachi Malagrowth* a las que, por esa razón, ha antepuesto, en la traducción que aquí presenta, el título de *Defensa de la nación escocesa*. Esta obra, inédita en español hasta ahora, tiene,

¹ José María Valverde, *Historia de la Literatura Universal. Tomo 3. Del Romanticismo a nuestros días*. Editorial Planeta, Barcelona, 1977 [1968]. Pp. 26-27.

seguramente, interés para los estados que, como la España posterior a 1978, agrupan a varias nacionalidades y lo reconocen en su ordenamiento constitucional. La coexistencia y el respeto al marco en que se incorporan las nacionalidades a una entidad superior son cuestiones de actualidad no sólo en la época de Scott sino en el Reino Unido y en la España de hoy.

Los paralelismos, o al menos las reflexiones históricas que se pueden derivar de la lectura de la obra de Scott en España hoy, constituyen sin duda una buena razón para dar a conocer esta obra en traducción. Y la causa inmediata que motivó las *Cartas* de Scott, el intento de unificar el sistema monetario en Gran Bretaña, no deja de tener cierto interés también, cuando la mayoría de los países de la Unión Europea han abandonado sus monedas particulares para integrarse en la moneda común europea, el euro. Resulta curioso que precisamente Gran Bretaña aún se mantiene al margen de esta moneda común en el año 2004.

El Scott que se presenta aquí es un autor diferente del de las novelas. Estas *Cartas* son un tratado político, escrito «en caliente», con la indignación ante lo que para él es una injusticia que colma el vaso de los desprecios sufridos por Escocia en los últimos años. Es una obra polémica, cargada de ironía pero muy bien argumentada, en la que el autor hace uso de los recursos tradicionales de la retórica y de su vasta erudición.

Con la edición y traducción de esta obra, realizadas con extraordinario cuidado y rigor, se facilita la lectura en español de un texto poco conocido de Walter Scott, incluso en el ámbito británico. Y aunque este hecho justifica por sí solo su inclusión en el catálogo de «Clásicos» del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, hay otro que quiero mencionar expresamente: la vinculación académica y personal del profesor Toda, uno de los primeros catedráticos del área, con el departamento de Traducción e Interpretación de nuestra universidad desde que nuestra titulación se puso en marcha en el año 1991. Fernando Toda, sin renunciar nunca a criterios de excelencia y rigor académicos, ha dejado entre nosotros una impronta de elegancia y cordialidad difícil de igualar. Me gustaría expresar aquí mi agradecimiento hacia él en nombre de mis compañeros por su continua disponibilidad y colaboración con nuestro departamento durante todos estos años.

Juan Jesús Zaro

INTRODUCCIÓN

LA ESCOCIA DE WALTER SCOTT

Luis Moreno*

Si en un primer momento la Unión con Inglaterra entrañó para Escocia la pérdida de sus propias instituciones políticas y una cierta frustración social, el auge artístico, cultural y científico que se produjo con posterioridad en la nación caledonia mostró la fortaleza de su carácter nacional y su genio civilizador.

Cuando Walter Scott escribió sus *Cartas de Malachi Malagrowth*, Escocia ya participaba como socio menor (*junior partner*) en el desarrollo imperial británico que alcanzaría su cenit durante el reinado de la Reina Victoria (1837-1901). La entrada en vigor del Tratado de 1707 no conllevó la desaparición de un sentido de nacionalidad que, paradójicamente, encontró su mejor plasmación y vehículo de expresión en la literatura, las humanidades y los avances tecnológicos. En 1757, el propio David Hume se preguntaba: “En una época en la que hemos perdido a nuestros príncipes, a nuestro parlamento, a nuestro gobierno independiente, incluso a nuestra nobleza local; en un momento en el que nos incomoda el acento, la pronunciación y el habla dialectal que usamos cotidianamente, ¿no es curioso que, precisamente en estas circunstancias, seamos considerados el pueblo más distinguido por su literatura en Europa?”.

Al tiempo que participaban codo con codo junto a ingleses, galeses e irlandeses en batallas comerciales y militares para expandir el imperio británico a nivel planetario, los escoceses se resistían ‘en casa’ a los intentos asimilacionistas ingleses y a una cierta hostilidad hacia las instituciones nacionales escocesas por parte, según las propias palabras de Scott, “de aquéllos que en la nación hermana defienden con tanto celo las suyas”.

Durante el período de tiempo comprendido entre la mitad de los siglos XVII y XVIII Escocia asistió a una eclosión cultural rotulada como la ‘Ilustración Escocesa’ (*Scottish Enlightenment*), así como al desarrollo de la filosofía del ‘sentido común’, del ‘intelecto democrático’ y a la aparición de una pléyade de inventores que contribuyeron decisivamente al desarrollo tecnológico de la revolución industrial en Gran Bretaña, en Europa y, por ende, en el

* Investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Autor de *Escocia, nación y razón: dos milenios de política y sociedad*. Madrid: CSIC, 1995 (Lmorfer@iesam.csic.es)

resto del mundo. Edimburgo fue exponente de una fértil actividad científica y creadora que apenas tiene parangón equivalente en la historia de la intelectualidad europea de los tiempos modernos.

En el campo literario, Walter Scott, creador de la novela histórica, y el poeta Robert Burns, fueron algo más que cumbres literarias de la Letras escocesas. Su decisiva contribución sociocultural estuvo encaminada a restituir el sentido de autoestima nacional escocesa, tras un siglo de desafección y no poca desorientación colectiva. Sus obras literarias coadyuvieron en gran medida a disipar un cierto sentimiento popular de inferioridad y a recuperar un orgullo nacional en horas bajas tras el Tratado de la Unión de 1707. Scott y Burns dieron a conocer al mundo entero una imagen de Escocia a ratos nostálgica, romántica y hasta idealizada, pero cuya incuestionable centralidad era la de una comunidad con caracteres propios. En las obras de Walter Scott (*Waverley*, *El Corazón de Midlothian*, *Ivanhoe*, *Quentin Durward* o *La dama del lago*) aflora un característico romanticismo de corte conservador y tradicional. El espíritu de los poemas de Burns trasluce, por su parte, un afán por la tolerancia, un profundo humanismo de corte liberal y un genial don literario en la expresión de los placeres sencillos de la vida.

Aunque el campo de las Bellas Artes alumbró una generación de destacadísimos artistas escoceses¹ quizás fue en el campo de la filosofía moral, política y económica donde la contribución de los pensadores de la época de la Ilustración Escocesa adquirió un mayor grado de excelencia. Los nombres de David Hume y Adam Smith alcanzaron una altura intelectual y un influjo de todo punto sobresalientes. Su notoriedad, sin embargo, ha eclipsado en parte las contribuciones de pensadores coetáneos que, en otras circunstancias históricas, hubieran adquirido un relieve a todas luces mayor².

David Hume (1711-1776), quizá el más atrevido de los teóricos especuladores en la historia de la filosofía nunca renunció a los retos conceptuales que hicieron derivar su empirismo hacia un 'sano' escepticismo general respecto a la racionalidad de las creencias fundamentales del ser humano. Hume

¹ Como los pintores, Allan Ramsay hijo (1713-1784), Henry Raeburn (1756-1823), David Wilkie (1785-1841) y los arquitectos William Adam (1689-1748), su hijo Robert Adam (1728-1792) y James Craig (1744-1795).

² Entre los cuales cabe citar a: Francis Hutcheson (1694-1746; *Sistema de Filosofía Moral*, 1755); Henry Home (1696-1782; *Ensayos sobre los Principios de la Moralidad y la Religión Natural*, 1751); James Oswald (1703-1793; *Una Requisitoria al Sentido Común en nombre de la Religión*, 1766); Thomas Reid (1710-1796; *Una Investigación de la Mente Humana sobre la base del Sentido Común*, 1764); James Stewart (1713-1780; *Una Pesquisa de los Principios de Economía Política*, 1767); James Burnet (1714-1799; *Tesis sobre el Origen y Proceso del Lenguaje*, 6 vols., 1773-1792); Hugh Blair (1718-1800, *Sermones*, 1777-1801); William Robertson (1721-1793; *Historia del Emperador Carlos V*, 1769; *Historia de Escocia*, 1759); Adam Ferguson (1723-1816; *Ensayo sobre la Historia de la Sociedad Civil*, 1767; *Principios de Ciencia Moral y Política*, 1792); James Beattie (1735-1803; *Ensayo sobre la Naturaleza e Inmutabilidad de la Verdad*, 1770; *Elementos de la Ciencia Moral*, 1783); John Millar (1735-1801; *El Origen de la Distinción de los Rangos (clases sociales)*, 1771); Dugald Stewart (1753-1828; *Elementos de la Filosofía de la Mente Humana*, 1792); y William Hamilton (1788-1856; *Nueva Analítica*, 1831).

consideraba que el intelecto humano debía emplearse en la legítima tarea de tratar el origen de sus mundos como si fuera de especie similar al origen de los relojes. Asimismo, las tesis postuladas por la Filosofía del Sentido Común (*Common Sense*), generaron considerables debates no sólo en Gran Bretaña sino en todo el continente europeo³.

Adam Smith (1723-1790) publicó su *Investigación de la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones* en 1776. Esta obra le confirió reputación como el más preclaro teórico del liberalismo económico y se convirtió en el basamento conceptual de la práctica totalidad de las teorías agrupadas en torno a la política económica del mercado. Al margen de sus evidentes aplicaciones de orden material, el fundamento de su doctrina puede considerarse como 'parateológico'. Según Smith existe un 'orden natural' de las cosas que posee carácter divino. Las acciones del hombre están sujetas a un propósito y finalidad. Consiguientemente, los seres humanos son conducidos por una mano invisible en orden a cumplir el objetivo del Todopoderoso que no es otro que el de la felicidad de la humanidad. Las limitaciones o restricciones humanas a esa 'mano invisible' imposibilitan que el 'orden natural' de las cosas ejerza su beneficiosa labor de guía para las acciones de los seres humanos.

Basándose en tales principios, esquemáticamente referenciados, Adam Smith construyó una teoría de la que se derivan los principios de la división del trabajo, de la libre empresa y del libre cambio de bienes de producción y consumo. Un cuerpo doctrinal, en suma, donde se asientan los cimientos conceptuales del liberalismo económico y del capitalismo. Compartía con David Hume su interés por la filosofía moral. Conviene resaltar que en aquella época era impensable que la economía pudiera estar separada de la moralidad. No es sorprendente, por tanto, que en el ocaso de su vida Smith se dedicase casi exclusivamente a revisar su 'Teoría de los Sentimientos Morales', obra que había publicado por primera vez en 1759 y que contiene las bases de una incipiente psicología social.

Paralelamente a la excelencia creativa de los hombres de letras escoceses despuntó la capacidad inventiva de otros escoceses en las ciencias aplicadas y la tecnología, como sucedió con James Watt (1736-1819)⁴. Con su in-

³ Fue impulsada por los profesores de la Filosofía Moral de la Universidad de Glasgow, Francis Hutcheson y Thomas Reid. En Edimburgo, otro grupo de brillantes filósofos interesados por la ciencia y la economía política estuvo liderado por Adam Ferguson, introductor y teórico del concepto sociológico de 'sociedad civil', así como por John Millar quien hizo lo propio con las nociones de 'historia constitucional' y 'clase social'. Dugald Stewart, a su vez, creó una fecundísima escuela de pensadores en el área de la ciencia política. Entre ellos es obligado destacar a James Mill (1773-1836), impulsor del radicalismo filosófico y de la escuela de pensamiento utilitarista, y a su hijo, John Stuart Mill (1806-1873), principal teórico del liberalismo político de mediados del siglo XIX y adversario político de otro escocés ampliamente influenciado por la *Scottish Enlightenment*, Thomas Carlyle. En otro orden de cosas, no debe pasarse por alto el hecho de que en Edimburgo viese la luz la primera edición de la *Encyclopaedia Britannica* en 1768.

⁴ Algunos inventores escoceses ya habían conocido la gloria, como fueron los casos de John Napier (1550-1617), descubridor de los logaritmos; James Gregorie (1638-1675), inventor del telescopio gregoriano; James Hutton (1726-1797), impulsor de la geología

vento del condensador separado, Watt fue el auténtico impulsor de la máquina de vapor que revolucionó la producción industrial de la época y que proveyó a las teorías del liberalismo de su más eficaz soporte material. El genio de Watt, un escocés característico de las *Lowlands*, o Tierras Bajas, fue exponente de una creatividad encaminada hacia la practicidad y maximización de los descubrimientos científicos y tecnológicos⁵.

Con posterioridad, y durante todo el siglo XIX, Escocia renovó su condición de fecunda tierra de inventores ampliando su nómina creativa⁶. Sin embargo, los inventos de Alexander Graham Bell (1847-1922) y John Logie Baird (1888-1946) se cuentan entre los que mayor trascendencia han tenido para el mundo contemporáneo. No en vano ambos, teléfono y televisión, revolucionaron el mundo social del siglo XX. Junto a ellos es obligado reseñar a Alexander Fleming (1892-1973), descubridor de la penicilina, antibiótico redentor de millones de vidas humanas a lo largo del siglo XX⁷.

Si bien Escocia conoció un deslumbrante período de creatividad y civilización en los campos de la cultura, el arte y las ciencias, la decadencia política escocesa y el escaso protagonismo de sus ciudadanos en las actividades gubernamentales en Londres, cerebro y corazón de la expansión imperial, se agudizaron desde finales del siglo XVIII y se prolongaron durante todo el XIX. Con el Tratado de la Unión de 1707, Escocia cedió su independencia política. A la sazón, las élites escocesas se habían visto abocadas a resolver el dilema de unirse a Inglaterra y obtener ventajas económicas, o de prolongar su *status quo* desaprovechando beneficios económicos. La pérdida de sus instituciones de autogobierno, notablemente el Parlamento, no conllevó una merma equivalente respecto a su autonomía civil. En realidad, durante las tres últimas centurias de su historia, Escocia ha mantenido su 'independencia social' den-

-
- como ciencia académica; John Hunter (1728-1793), fundador de la cirugía moderna y Joseph Black (1728-1799), que desarrolló la teoría de los calores específicos y latentes.
- ⁵ También relacionada con el mundo de la locomoción sobresale la invención del firme de carreteras según el sistema ideado por John Macadam (1756-1836). Tal era su convicción en la bondad del pavimento por él proyectado que no tuvo remilgos en gastar buena parte de su peculio en darlo a conocer, publicando al efecto numerosos libros. Finalmente en 1827 el Parlamento británico otorgó carta de naturaleza a sus trabajos nombrándole inspector general de las carreteras metropolitanas. Otros inventores escoceses destacados de finales del siglo XVIII fueron Charles Mackintosh (1766-1843), quien desarrolló la técnica para la fabricación de materiales impermeables, y William Murdoch (1754-1839), quien en 1792 vio fructificar su empeño de iluminar su casa y su taller de trabajo con gas de hulla.
- ⁶ La cual incluye, entre otros, a James Young Simpson (1811-1870), pionero en la introducción del cloroformo y otros anestésicos con fines médicos, a James Clerk Maxwell, cuyo *Tratado de Electricidad y Magnetismo* (1873) es una cumbre de excelencia científica en el campo de la Física experimental y teórica, y a John Boyd Dunlop (1840-1921), 'reinventor' de los fundamentos técnicos para la fabricación de la rueda neumática de uso en la industria del automóvil.
- ⁷ Así como Robert Alexander Watson-Watt, perfeccionador del radar de uso civil y militar y, en el campo de la medicina, los logros de William Boog Leischman (1865-1926), creador de la vacuna contra la fiebre tifoidea, y John James Rickard MacLeod (1876-1935), descubridor de la insulina.

tro del contexto político del Reino Unido; una circunstancia que ha provocado no poca confusión entre aquellas personas no avezadas en las peculiaridades sociopolíticas del estado multinacional británico. No es casual que, a menudo, las referencias a Inglaterra y Gran Bretaña hayan sido sinónimas, o que se haya considerado a Escocia como una mera provincia de Inglaterra.

En realidad, el Tratado de la Unión de 1707 garantizó la distintividad escocesa dentro del Reino Unido. Instituciones tan importantes en la conformación social de cualquier país como la Educación, la Iglesia, el Gobierno local y la Justicia fueron preservadas como competencias escocesas. Además, las libras esterlinas escocesas han sido expresión de una diversidad monetaria en el seno del Reino Unido⁸. Es precisamente el cambio de moneda propuesto por el Parlamento británico en el primer cuarto del siglo XIX el motivo argumental de las *Cartas de Malachi Malagrowth* que a continuación se reproducen, y cuya edición en castellano es fruto de una cabal y eficaz traducción del profesor Fernando Toda. Su lectura no decepcionará a aquéllos interesados en conocer los argumentos ‘nacionales’ de un gran literato celoso de su Escocia: sir Walter Scott.

⁸ Las *pounds* emitidas por los bancos comerciales escoceses son, en puridad, ‘pagarés’ monetarios bajo directo control del Banco de Inglaterra, institución financiera central del Reino Unido.

*A la memoria de Julio Antonio Iglesia Hebrero,
buen argumentador, mejor amigo.*

ESTUDIO PRELIMINAR

La indignación de un escocés ilustrado.

En 1826, cuando escribió las *Cartas de Malachi Malagrowth*, Walter Scott ya era un personaje muy conocido en la vida cultural británica. Desde que dejó la poesía, terreno en el que había logrado cierta fama, y comenzó a dedicarse a la novela, Scott tuvo un éxito espectacular como escritor. La publicación de *Waverley*, su primera novela, en 1814, fue el comienzo de una serie de triunfos editoriales que le dieron una proyección que no había tenido ningún novelista hasta entonces. En el momento de escribir estas *Cartas*, Scott ya había publicado algunas de sus obras más famosas, como *Guy Mannering* (1815), *Rob Roy* (1817), *El Corazón de Mid-Lothian* (1818), *Ivanhoe* (1819), *El Monasterio* (1820), *Las aventuras de Nigel* (1822), *Quentin Durward* (1823) o *El Talismán* (1825), entre otras. Aún le quedaba mucho por escribir antes de su muerte en 1832, pero su fama como novelista estaba ya consolidada.

Así pues, al decidir utilizar la prensa para protestar contra la aplicación en Escocia, a través de una ley votada en el Parlamento británico, de una medida monetaria que, a su entender, no sólo suponía la ruina para su país sino además un menosprecio de sus derechos nacionales, Walter Scott sabía que su voz iba a ser escuchada atentamente tanto en Escocia como en Inglaterra.

Resulta curioso que, ni en el caso de las novelas ni en el de las cartas, se pudiera leer, en aquel momento, su nombre impreso como autor de esas obras. Desde el éxito de *Waverley*, que apareció de forma anónima, las novelas siguientes se publicaron tan sólo con la indicación “por el autor de *Waverley*”. Hasta 1827 Scott no reconoció en público y de forma oficial que ese autor era él, pero todo el mundo lo sabía. Si en 1822 las autoridades dejaron en sus manos la organización protocolaria de la visita del rey Jorge IV a Edimburgo, fue debido sobre todo a su enorme fama como escritor. Así, cuando firmó las *Cartas* con el nombre de Malachi Malagrowth, explicando en la primera que era descendiente de sir Mungo Malagrowth, uno de los personajes de su novela *Las aventuras de Nigel*, al público lector no le resultó difícil adivinar quién estaba detrás de ellas. Scott sabía que esas opiniones se iban a leer como suyas, y que su fama y su autoridad tendrían influencia sobre la opinión pública y el Gobierno que proponía la ley.

Esta ley contra la que se rebeló Scott era una medida de política monetaria, pensada para paliar los efectos de la crisis financiera de 1825, en parte debida aún a los gastos y desajustes producidos como consecuencia de las guerras napoleónicas a principios del siglo XIX. El proyecto de ley que se

presentó al Parlamento británico a principios de 1826 pretendía, entre otras cosas, acabar con las emisiones de “dinero de papel” de valor inferior a las cinco libras esterlinas –los *billetes de banco* en el sentido antiguo, verdaderos “pagarés” que emitían los diferentes bancos y que se venían utilizando como moneda–. Para cantidades inferiores a las cinco libras, a partir de la aprobación de la ley, en toda Gran Bretaña y en Irlanda habría que usar metálico, o billetes del Banco de Inglaterra. Esa medida, por diversas razones, parecía conveniente para Inglaterra, pero lo que argumentó Scott (hablando en nombre de muchos escoceses que ya habían protestado contra la medida) era que podía resultar ruinoso para Escocia, en donde el sistema monetario basado en ese dinero de papel, y sobre todo en los billetes pequeños, había dado muy buenos resultados.¹ Pero además, para Scott el deseo de imponer tal medida monetaria a Escocia sólo porque parecía útil para Inglaterra, y sin haber consultado a los escoceses, suponía una merma de la autonomía de Escocia, y un desprecio de las reglas establecidas por el Tratado de Unión de 1707.² Su protesta va más allá de una crítica a esa medida concreta, y se convierte en un alegato en defensa de los derechos de Escocia; es un texto escrito por un conservador, partidario del Gobierno *tory* promotor del proyecto de ley, que sin embargo no pudo tolerar un comportamiento que sentía como una afrenta a su nación.

La primera carta apareció en *The Edinburgh Weekly Journal*, el 21 de febrero de 1826, y la segunda el 1 de marzo. Como se puede leer en la tercera, antes de aparecer ésta ya se habían publicado las dos primeras en forma de folleto, en una edición lanzada apresuradamente para que estuviera en la calle antes de la celebración de un acto público en contra de la ley el 3 de marzo. La tercera carta se publicó el 7 de marzo, e inmediatamente después, un folleto con las tres cartas, impreso por James Ballantyne, fue distribuido simultáneamente en Edimburgo (editado por William Blackwood) y en Londres (por Thomas Cadell). Scott quería que su protesta se leyera en Inglaterra, pues sabía bien la fama de la que gozaba allí.

En su estudio preliminar a la edición facsímil de la cuarta edición de ese folleto, Paul Henderson Scott nos da cuenta bastante detallada de los acontecimientos ocurridos a partir de la publicación, con ayuda de las citas del diario del propio Scott y de la biografía que escribió su yerno, Lockhart.³ Las *Cartas* causaron un gran revuelo, y a Scott le produjo mucha satisfacción haberlas escrito. Hacerlo parece haber sido para él una cuestión personal: el deseo de

¹ Se puede consultar una breve historia del sistema bancario escocés, así como de los billetes de banco escoceses, en donde se hace referencia a la protesta de Scott, en el sitio www.scotbanks.org.uk.

² En el libro de Luis MORENO *Escocia, nación y razón* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1995) se puede ver un resumen de los puntos más significativos del Tratado (pp. 71-72).

³ Walter SCOTT, *The Letters of Malachi Malagrowther*. Introducción de Paul Henderson Scott. Edimburgo: William Blackwood, 1981. Pp. IX-XXIV.

no callarse frente a lo que consideraba un atropello más en una sucesión de menosprecios a la dignidad nacional de Escocia. Paul H. Scott pasa revista a una serie de circunstancias que se han barajado para explicar la decisión de Scott de “meterse en política” de una forma en que no lo había hecho hasta la fecha, enfrentándose a muchos amigos que tenía en el Gobierno conservador al que él apoyaba. Uno de los argumentos empleados, ya en aquella época, es que Scott escribió sus protestas para ganarse la benevolencia de los banqueros escoceses, tal vez incluso impulsado por ellos. Debido en parte a la crisis de 1825, la empresa editorial de James Ballantyne, de la que Scott era socio, se declaró en quiebra, y, como socio, Scott tuvo que responder de una suma de unas 114.000 libras. El autor se pasaría el resto de su vida escribiendo para enjugar esa deuda, que logró saldar antes de morir. Se ha dicho que tal vez esperaba que su apoyo a los banqueros escoceses, amenazados por la medida monetaria propuesta, le proporcionara algún respiro. Es posible que la coyuntura le fuera favorable en ese sentido, pero un repaso a las novelas de Scott nos da una idea de cuáles eran sus opiniones sobre lo que debería ser la relación entre Inglaterra y Escocia tras la Unión, y sería mezquino achacarle esa motivación como única razón para escribir las cartas. La medida propuesta por el Gobierno le causó una profunda indignación; la mejor manera de enfrentarse a ella era escribir, y Scott sabía que le iban a escuchar.

Prueba de que las palabras de Scott eran temidas por el Gobierno es que encargó a uno de sus mejores polemistas una contestación a las *Cartas de Malachi*. Se trataba de John Wilson Croker, Secretario del Almirantazgo y protegido del duque de Wellington. Lo curioso es que los dos eran amigos, pues Croker había escrito en 1809 un poema sobre la batalla de Talavera, librada durante la campaña contra Napoleón en España, y lo había hecho utilizando el esquema métrico empleado por Scott en su *Marmion*. Scott le felicitó y publicó una reseña elogiosa en el *Quarterly Review* (revista cuya fundación en ese mismo año había impulsado), y desde entonces habían mantenido correspondencia frecuente. A pesar de que la réplica atacaba la obra de Scott desde el principio, diciendo que era incorrecto que éste se refiriera al “reino de Escocia” en la página del título, Scott decidió no enemistarse con Croker, quien, por cierto, le escribió para decirle que deseaba mantener intacta su amistad personal. Según Paul H. Scott, le molestó más la carta que escribió otro amigo suyo, lord Melville, ministro responsable de asuntos escoceses, que se dio por aludido (y con razón) al leer las *Cartas de Malachi*. Así pues, en el plano personal, Scott podía tener razones para no escribirlas, pero prefirió pronunciarse sobre un asunto que le parecía de vital importancia para lo que él entendía que debían ser las relaciones entre Escocia e Inglaterra dentro del Reino Unido. Como se ve en las *Cartas*, no se olvidó de Irlanda, que había sido incorporada políticamente al Reino Unido en 1801, y se veía en una situación parecida a la de Escocia.

A principios del siglo XIX, y seguramente arrastrado por la ola de chauvinismo británico levantada por las guerras napoleónicas, el Gobierno, amparado en la mayoría inglesa en el Parlamento (que superaba con mucho a las representaciones escocesa e irlandesa juntas), parecía estar olvidándose del Tratado de 1707, al proponer medidas legislativas sin tener en cuenta la opi-

nión ni la situación política y económica de Escocia. Contra esto se rebela Scott, y el verdadero interés de las *Cartas* hoy día, más que en la historia de los billetes de banco escoceses, reside en esa imperiosa reclamación de que se respeten los términos del Tratado de Unión. En esto Scott se presenta inflexible pero muy pragmático. No pretende renegar de la Unión, que, como señala en las *Cartas*, se llevó a cabo de modo voluntario y no como resultado de una conquista (aunque es sabido que tanto en el caso de Escocia como en el de Irlanda hubo presiones y compra de votos para que algunos miembros de los Parlamentos nacionales votasen a favor de la integración en un Parlamento británico), pero no está dispuesto a que se incumplan los términos del Tratado, ni a que se soslaye la opinión de Escocia o se menosprecien sus instituciones.

Su preocupación por las relaciones entre las “naciones hermanas” está presente en sus novelas, sobre todo en las ambientadas en Escocia en los años posteriores a la unión de los Parlamentos. Novelas como *Waverley*, *Rob Roy*, o *El corazón de Mid-Lothian* tienen como marco histórico la tensión entre Inglaterra y Escocia después del tratado de 1707. En *Waverley* se trata de la última rebelión jacobita, de 1745; en *Rob Roy*, de la rebelión de 1715, y en *El corazón de Mid-Lothian*, de los disturbios de 1736 en Edimburgo, conocidos como “motín de Porteous”, y sus consecuencias. Scott construye sus historias ficticias (pero basadas en hechos históricos) sobre un telón de fondo en el que late esa tensión, que él, además, refleja en los diálogos mediante la contraposición del dialecto escocés con el inglés estándar de Inglaterra. El mensaje de Scott, a mi entender, se puede resumir en la advertencia de que, para que el Reino Unido sea justo y beneficioso para todos, es necesario respetar las peculiaridades de Escocia, y no restringir aún más los derechos ya recortados por la unión política. Cuál era su verdadero sentimiento en cuanto a esa unión resulta más difícil de precisar. Hasta qué punto la postura de Scott era “más escocesa o más británica” ha constituido motivo de consideración en muchos trabajos sobre él, y ha habido argumentos en los dos sentidos. Como señala Andrew Monnickendam, *Las Cartas de Malachi* parecen ser un documento clave para ese debate, y sin embargo han sido poco tratadas o menospreciadas por los historiadores de la literatura y los biógrafos de Scott. En la página *web* que este profesor tiene dedicada a Walter Scott hay una sección específica sobre las cartas de Malachi, donde se pueden encontrar resumidos los argumentos de diversos estudiosos, además de citas tomadas de las *Cartas* (y el propio texto completo de éstas).⁴

Paul Henderson Scott, que también señala la poca atención que los estudiosos de Scott han dedicado a las *Cartas*, piensa que si Walter Scott hubiera vivido cuando se produjo la unión de los Parlamentos en 1707 se hubiera opuesto a ella, y posiblemente hubiera sido así. Pero Scott era muy consciente de que la tensión no se daba sólo entre nacionalidades, sino entre el presente y el pasado. En muchos aspectos, la Unión suponía el progreso para Escocia, y Scott, casi un siglo después, podía darse cuenta de ello. Esa idea se

⁴ Véase el sitio <http://seneca.uab.es/scott>

puede encontrar en sus novelas, y también de forma explícita en *Tales of a Grandfather* (*Historias de un abuelo*, publicadas entre 1827 y 1829), la historia de Escocia para niños que Scott dedicó a su nieto. Allí señala que el mayor mérito de la Unión fue que acabó con los conflictos violentos entre los dos países.

En su introducción Paul H. Scott también pasaba revista a los textos de historia escritos en los treinta años anteriores a 1980 y señalaba que, de las tres historias generales de Escocia publicadas, una de ellas ni siquiera mencionaba las *Cartas*, otra les dedicaba una frase, y la tercera —obra de una autora nacionalista—, dos. Para él fue John Buchan, en su biografía de Scott, publicada en 1932, quien se percató del valor de las *Cartas* como texto nacionalista. El propio Paul H. Scott afirma que “no sería ninguna exageración describirlas como el primer manifiesto del nacionalismo escocés moderno”.⁵ Quizá esa afirmación necesite algún matiz, pero es cierto que muchos de los argumentos de Scott conducen a señalar la necesidad de una mayor capacidad de autogobierno, y lanzan una advertencia sobre el peligro que puede entrañar no respetar los derechos nacionales. El mensaje es bien claro: respétese los términos del Tratado de Unión, y légísele teniendo presentes los derechos e intereses de Escocia, consultando a sus representantes. No pide la ruptura del orden establecido, sino el estricto cumplimiento de lo pactado.

El resultado de las *Cartas* fue casi inmediato: el proyecto de ley fue retirado, al menos en lo que se refería a su aplicación en Escocia. Los bancos pudieron seguir emitiendo billetes de valor inferior a cinco libras, especialmente el de una libra, que era el más popular, y todavía hoy el Banco de Escocia emite sus propios billetes. Scott no estaba solo en la campaña contra esa ley, pero sin duda su intervención fue decisiva. Así lo reconocía, a principios del siglo veinte, J.H. Millar en su historia de la literatura escocesa. Este autor, que fue profesor de Derecho Internacional Privado en la Universidad de Edimburgo, sí se ocupa de las *Cartas de Malachi Malagrowther*, de las que dice que, más allá del asunto de los billetes, “su tema fundamental era la defensa de las instituciones escocesas frente a las innovaciones imprudentes e irreflexivas promovidas por los ministros ingleses”. Según él tuvieron un gran efecto, sobre todo por proceder de alguien “cuyo patriotismo, de una calidad nacional, que no provinciana, era irreprochable”. Opina que el razonamiento de Scott es sólido, sus argumentos, convincentes y sus imágenes, acertadas, por lo que “debe figurar entre los polemistas que han moldeado la política de la nación”. Tras explicar que la medida propuesta fue retirada, comenta que “aunque durante muchos años el partido mayoritario en la Legislatura británica prestó poca atención a los intereses o sensibilidades de Britania del Norte [Escocia], se puede afirmar sin temor a equivocarse que la administración de esa parte de la isla se ha llevado a cabo desde hace ya algún tiempo siguiendo aquellos principios ilustrados de los que ‘Malachi Malagrowther’ fue defensor persistente y apasionado.”⁶ En las líneas que les dedica, Millar sí les da a las cartas una dimensión política importante, y creo que es justo recordarlo.

⁵ *Op. cit.*, p. XVIII.

⁶ J.H. MILLAR, *A Literary History of Scotland*. Londres: T. Fisher Unwin, 1903. Pp. 453-454. La traducción es mía.

En cualquier caso, de lo que no cabe duda es de que en su obras Scott quiere resaltar la importancia de que se respeten los derechos y las peculiaridades nacionales de Escocia. Esto lo dice “Malachi” muy explícitamente en la primera carta, recurriendo a la ironía al narrar la historia que le contaba su abuelo a propósito de un anciano que aseguraba que existía un “solemne Tratado de Unión” del que nadie parecía saber nada en la realidad, y que lloraba al recitar un artículo en el que se decía que el Parlamento británico no podría alterar ninguna ley que afectara a Escocia si no era para el beneficio evidente de esa nación.

El nacionalismo escocés moderno ha sido y es bastante duro en cuanto al lenguaje con que se expresa, pero no ha recurrido a la violencia. Como estudioso y traductor de Scott, me agrada pensar que el mensaje de respeto y comprensión que envió a ingleses y escoceses a través de sus novelas quizá haya tenido algo que ver en ello. En el caso de la *Cartas*, demostró que la defensa de los intereses nacionales se podía hacer de forma efectiva con palabras.

El texto original y esta traducción.

La mayor parte de la obra de Walter Scott, sobre todo la novelística, ha sido traducida, y siguen apareciendo nuevas versiones de las novelas en nuestros días. Sin embargo, nunca se había hecho una traducción al castellano (ni, que yo sepa, a ninguna de las otras lenguas de España) de *The Letters of Malachi Malagrowth*.

Precisamente por tratarse de una obra muy poco conocida, he optado por poner a la traducción el título de *Defensa de la nación escocesa*, que en mi opinión resume el objetivo fundamental de Scott al escribir *Las Cartas de Malachi Malagrowth*, nombre que he conservado como subtítulo.

Esta traducción está basada en el texto ya citado, es decir, el facsímil de la cuarta edición del folleto de 1826 que incluía las tres cartas, publicado por William Blackwood en 1981, con una introducción de Paul Henderson Scott.⁷ Es la única edición disponible en forma de libro que existe hoy, aunque en ediciones de las obras completas de Scott, en los volúmenes dedicados a la “prosa miscelánea”, aparecen recogidas estas *Cartas*. En esas ediciones, como en la que yo he empleado, no hay notas explicativas referidas al texto. Paul H.Scott sitúa al lector, dando cuenta de la polémica, mediante su estudio previo, pero después se limita a reproducir el texto tal como apareció en 1826. Me ha parecido que era necesario añadir una serie de notas, más allá de las que serían estrictamente las “notas del traductor”. La razón principal es que en este escrito político Scott hace gala de su enorme cultura literaria, que emplea en apoyo de su retórica. Hay muchas citas incluidas en el texto, pero el autor a menudo no nombra las fuentes. Hoy diríamos que hace un uso extenso de la “intertextualidad”: repite palabras de otros autores, de forma literal o modi-

⁷ La introducción es la reproducción de un artículo, “The Malachi Episode”, publicado por P.H. Scott en *Blackwood's Magazine* en 1976.

ficadas, esperando que el lector reconozca esos ecos. A los lectores de hoy, y especialmente a los de fuera de Gran Bretaña, eso nos puede resultar relativamente fácil con algunas de las muchas citas de Shakespeare que incluye, o con las alusiones a la Biblia y a *El Quijote*, pero otras alusiones y referencias no nos resultan tan evidentes. He creído conveniente facilitar las fuentes, cuando las he podido localizar, para dar una idea del enorme arsenal del que disponía Scott cuando quería llamar en su ayuda a las palabras de otros. Esto a veces resulta difícil, pues Scott citaba mucho de memoria, y no siempre con toda exactitud. Es de agradecer que se ayudase mucho de la tipografía para marcar las citas. Casi todas están entrecomilladas, en cursiva o en líneas aparte para que se reconozcan como versos, con lo cual está advirtiéndole al lector de que allí hay palabras que no son suyas. En todas aquéllas para las que he podido localizar la fuente, he incluido una nota. Hay dos o tres casos en que me ha resultado imposible, y he dejado las comillas como indicación de ese elemento intertextual. Cabe la posibilidad de que en alguno de ellos se trate de un verso o unas palabras inventadas por Scott. Esa técnica la empleó con bastante frecuencia en las novelas, especialmente en los inicios de los capítulos, que suelen ir encabezados por unas líneas tomadas de otras obras, a veces con la referencia (nombre de autor u obra) y a veces sin ella, o con indicaciones tan vagas como “canción antigua”. En esos casos, puede tratarse de textos inventados por el propio Scott. No descarto la posibilidad de que ocurra eso en las *Cartas de Malachi*, pero cuento con no haber sido capaz de identificar alguna cita.

Me pareció más importante incluir ese tipo de notas, y las que aclaran algún dato o referencia histórica, que anotar los conceptos y términos económicos empleados, o facilitar explicaciones sobre los sistemas financieros que Scott comenta. Pienso que el valor principal de estas cartas hoy día está en el aspecto político, y en el modo en que Scott organiza su argumentación valiéndose de su caudal literario, y por lo tanto sólo he pretendido —con la ayuda de la profesora Anne Barr— que los términos que usa y las explicaciones que da Scott resulten comprensibles, de modo que se pueda seguir la argumentación.

Scott hace uso abundante de citas en latín, así como de algunas en francés, cuya traducción también facilito en notas salvo en casos de palabras cuyo sentido es fácilmente deducible desde el español.

En cuanto a la tipografía, he intentado respetar en la mayor medida posible la utilizada por Scott, aun cuando no se corresponda con los usos habituales en el español actual. Así, he retenido su uso de la cursiva o las versalitas para resaltar palabras o frases, o para hacer enumeraciones. Es evidente que Scott, siguiendo el espíritu y la tradición de los escritos políticos (la influencia de Swift en las cartas ha sido señalada), produce un texto que incluye muchas características de la oratoria. El uso de la tipografía a veces parece señalar el énfasis que se debería poner en la lectura en voz alta del texto. La retórica empleada le lleva a utilizar oraciones muy largas y complejas, con un uso abundante de la subordinación, pero también se dan momentos en los que repite o no termina una oración, pasando a otro pensamiento. Eso lo suele indicar mediante guiones. Sin embargo, en esos casos, para no crear confusión, sí he optado por otras soluciones más habituales en español, como el punto y coma.

En el texto hay algún escocesisimo que el propio Scott señala explícitamente o poniéndolo en cursiva. He procurado indicar eso en las notas, pues nos da una idea de su consciencia de que el texto iba a ser leído en Inglaterra. A pesar del carácter nacionalista del texto, y de que Scott conocía y manejaba perfectamente el dialecto de su tierra, el llamado *Scots*, las cartas están redactadas en inglés estándar.⁸ Ésa es la variedad en la que Scott escribió siempre, salvo en los diálogos de sus novelas. La situación sociolingüística en Escocia tras la Unión había llevado al dialecto escocés —que había constituido una norma diferente de la de Londres hasta el siglo XVII— a una situación de inferioridad frente al dialecto inglés estándar. Los hombres de letras y ciencias citados por Luis Moreno en su introducción escribieron sus obras en inglés estándar, salvo Burns. El uso que hace Scott del dialecto de su tierra en los diálogos de las novelas, aparte de ser realista, cumple la función de representar las peculiaridades de Escocia.⁹ Pero la argumentación de las *Cartas de Malachi Malagrowthier*, como la prosa narrativa de las novelas, está presentada en el modelo de lengua que se había convertido en el inglés estándar británico: la norma de Londres.

Agradecimientos

En primer lugar, deseo agradecer la colaboración de Anne Barr, profesora de traducción de textos económicos y comerciales en el Departamento de Traducción e Interpretación de la Universidad de Salamanca, por su ayuda en los aspectos económicos y financieros del texto, y algunas otras observaciones útiles.

Agradezco al Dr. Luis Moreno, jefe de la Unidad de Políticas Comparadas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y estudioso de la historia política de Escocia, su entusiasmo por esta traducción y su buena disposición para escribir una introducción y orientarme en algunas cuestiones.

El profesor Juan Jesús Zaro, del Departamento de Traducción e Interpretación de la Universidad de Málaga, buen conocedor de la literatura inglesa, que enseña y practica la traducción literaria, tuvo la amabilidad de redactar el prólogo.

Quedo muy agradecido al profesor Jesús Álvarez Cabello, catedrático de Lenguas Clásicas del Instituto Fray Luis de León de Salamanca, por su traducción de las citas y fragmentos en latín, y por haber localizado las referencias.

A Juan Gabriel López Guix, traductor y profesor de traducción de la Universidad Autónoma de Barcelona, le agradezco su interés por este proyec-

⁸ *Scots* es el nombre que se da al resultado de la evolución del anglosajón, o inglés antiguo, en las Tierras Bajas de Escocia. La variedad de Edimburgo se convirtió en la norma de Escocia, que fue paulatinamente sustituida por la de Londres después de la unión de las Coronas (1603) y la de los Parlamentos (1707).

⁹ Se puede ver una breve historia del *Scots*, así como un estudio sobre la función de la variación lingüística en la obra de Scott, en la introducción a: Walter Scott, *La vinda montañesa / Los dos arreadores*. Traducción e introducción de Fernando Toda. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1991.

to y su ayuda en la búsqueda de documentación por medios informáticos, técnica en la que él y el profesor Isidro Pliego Sánchez, de la Universidad de Sevilla, al que también he consultado, tienen más experiencia que yo. Ovidi Carbonell i Cortés, profesor de la Universidad de Salamanca, me solucionó también algunas dudas de documentación. Leí las *Cartas de Malachi Malagrowth* por primera vez cuando el profesor Jan Zoltowski, de la Universidad de Sevilla, que me ha ayudado mucho en temas escoceses, me trajo el libro de Escocia.

Agradezco la ayuda recibida de los servicios de información de la Biblioteca Nacional de Escocia, y en particular de D^a Hazel Robertson, que me confirmó que no existían ediciones anotadas de las *Cartas* y me proporcionó otros datos.

La profesora Penny Fielding, de la Universidad de Edimburgo, y el profesor Andrew Monnickendam, de la Autónoma de Barcelona, también me han proporcionado información y opiniones útiles sobre las ediciones de Scott.

Finalmente, mi agradecimiento a John Rutherford, catedrático de español en la Universidad de Oxford y traductor de *El Quijote* al inglés, que me aclaró una referencia inexacta a la novela de Cervantes hecha por Scott.

Fernando Toda Iglesia

Defensa de la Nación Escocesa
(Las cartas de Malachi Malagrowther)

A LETTER.

TO THE

Editor of the *Edinburgh Weekly Journal*,

FROM

MALACHI MALAGROWTHER, Esq.

ON THE

PROPOSED CHANGE OF CURRENCY,

AND

OTHER LATE ALTERATIONS,

AS THEY AFFECT, OR ARE INTENDED TO AFFECT,

THE

KINGDOM OF SCOTLAND.

Ergo, Caledonia, nomen inane, Vale!

FOURTH EDITION.

EDINBURGH :

Printed by James Ballantyne and Company,
FOR WILLIAM BLACKWOOD, EDINBURGH : AND
T. CADELL, STRAND, LONDON.

1826.

CARTA

AL

Director de *The Edinburgh Weekly Journal*

DEL SR.

MALACHI MALAGROWTHER

SOBRE LA

PROPUESTA DE CAMBIAR LA MONEDA

Y

OTROS CAMBIOS RECIENTES,

TAL COMO AFECTAN, O SE PRETENDE QUE AFECTEN

AL

REINO DE ESCOCIA.

Ergo, Caledonia, nomen inane, Vale!

CUARTA EDICIÓN

EDIMBURGO:

Impreso por James Ballantyne y Compañía,

PARA WILLIAM BLACKWOOD, EDIMBURGO, Y
T. CADELL, STRAND, LONDRES.

1826.

(Traducción de la portada del folleto que reunía las tres cartas)

CARTA
AL DIRECTOR DE
THE EDINBURGH WEEKLY JOURNAL
SOBRE
**EL CAMBIO PROPUESTO PARA NUESTRO
SISTEMA MONETARIO**

Estimado Sr. Director:

De familia me viene ser descontentadizo, de modo que puede usted arrojar esta carta al fuego si teme incurrir en el desprecio de sus superiores. Soy, por cierto, descendiente directo de sir Mungo Malagrowth, quien figura en *Las aventuras de Nigel*,¹ y he heredado una porción considerable de su mala suerte, y, en consecuencia, de su mal humor. Por lo tanto, si mis observaciones le parecen demasiado acaloradas o punzantes, debe imputárselo al genio irascible y quisquilloso que me viene de mi antepasado. Ocurre, también, sin embargo, que a menudo este carácter me lleva a decir verdades útiles, aunque desagradables, en momentos en que hombres más prudentes se limitan a comer y callar. Un lagarto es un bicho feo y asqueroso, sin duda, pero pienso que si uno de esos animales se me pasease por la cara y me despertase, como se dice que hacen cuando ven que una serpiente se aproxima a una persona que duerme, yo no debería desdeñar su advertencia, ni creer que estaba justificado que lo matara a palos tan sólo por ser una sucia abreviatura de un cocodrilo. Por lo tanto, y “en reciprocidad de mi afecto, no me injuriéis, os lo ruego.”²

Yo soy viejo, señor mío, pobre y quisquilloso, y por eso mismo puede que me equivoque; pero cuando vuelvo la vista atrás sobre los últimos

¹ *The Fortunes of Nigel*, novela que publicó Scott en 1822, ambientada en la corte de Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia, a principios del s. XVII. La primera traducción al español (*Las aventuras de Nigel*, 1836), fue de Pablo de Xérica.

² Palabras de Shylock en *El mercader de Venecia* (I, 3) de Shakespeare. Donde aparecen palabras textuales de las obras de Shakespeare, sigo las traducciones de Luis Astrana Marín.

quince o veinte años, y más concretamente sobre los diez últimos, me parece ver cómo Escocia, mi país natal, (si es que aún se le puede aplicar semejante título) va cayendo por lo que se refiere a sus intereses nacionales (o quizá ahora debería decir *provinciales*) en un desprecio cada día más absoluto. Nuestros antepasados fueron un pueblo que tuvo una cierta importancia en los consejos del imperio británico. Incluso en los tiempos de mi juventud, un ministro inglés se habría parado a pensárselo dos veces antes de adoptar una medida, por muy querida que le fuera, si un miembro del parlamento por Escocia hubiera formulado una reclamación de derechos nacionales, apoyada, como entonces se hacía de manera unánime, por la voz de los representantes y del pueblo escoceses. Aquellas mejoras a nuestro peculiar sistema que se estimaban necesarias, con el fin de que Britania del Norte³ pudiera mantenerse a la par con su Hermana del sur en el avance del progreso, las proponían nuestros propios compatriotas, personas bien versadas en nuestro particular sistema legal (tan distinto del de Inglaterra como del de Francia), que sabían perfectamente cómo adaptar el cambio deseado a los principios de nuestra acción legislativa de modo que toda la maquinaria funcionase, como dicen los mecánicos, de forma suave y bien engrasada. Hace ya mucho tiempo que este saludable control sobre la innovación —que exige que una mejora propuesta se comparezca bien con la constitución general del país para el que ha sido recomendada, y que asegure el cumplimiento de ese principio básico al estipular que la medida deberá partir de aquéllos a quienes les es familiar el espíritu de esa constitución— ha caído, por lo que a Escocia se refiere, en un palpable desuso. Aquéllos que han dado un paso al frente para reparar el deterioro gradual de nuestro sistema legal constitucional⁴ han sido personas que, por muy cualificadas que sean en otros aspectos, no tenían conocimientos más detallados de cómo fue constituido ese sistema que los que pudieron adquirir mediante una visión panorámica apresurada y parcial, obtenida justo antes de emprender sus trabajos. En demasiadas ocasiones, Escocia y sus leyes se han visto sometidas a reformas introducidas por cualquier persona que, deseosa de crearse una reputación, haya presentado un proyecto de ley destinado a remediar algún defecto que jamás había sido notado en la práctica, pero que se había representado como un temible monstruo a los ojos de los estadistas ingleses, quienes, sabia y juiciosamente celosos de la práctica y los principios legales aplicados en casa, se sobresaltan de forma proporcionalmente directa ante la idea de cualquier cosa de origen extranjero que no pueda llegar a asimilarse a lo suyo.

Los ingleses parecen haber llegado a un compromiso con esa tendencia activa hacia la innovación que es característica de nuestros días. Sabios y sagaces como son, se sienten nerviosamente inquietos al imaginar cualquier innovación que se pudiera producir en sus propias leyes. *Nolumus leges Angliae mutari*⁵ es lo que está inscrito en los faldones de sus togas judiciales, del mismo

³ Modo de designar a Escocia que se empezó a utilizar tras la unión con Inglaterra en 1707.

⁴ Scott se refiere al conjunto de instituciones y leyes de Gran Bretaña, y de Escocia, que conforman una constitución, si bien no escrita.

⁵ “No queremos cambiar las leyes de Anglia (Inglaterra).”

modo que los textos más sagrados de las Escrituras lo estaban en las filacterias de los rabinos. La creencia de que el derecho consuetudinario de Inglaterra constituye la perfección de la razón humana es una máxima que llevan ceñida a la frente. Se les ha llamado monjes de la ley con referencia a otros aspectos y, como los monjes, están sujetos a su propia Regla, y no están dispuestos a admitir que se ponga en duda la infalibilidad de ésta. No puede haber la menor duda de que su amor por un sistema que, si bien no es perfecto, contiene mucho de excelente, tiene su origen en los sentimientos más loables. Llamadlo, si queréis, el prejuicio de la educación; sigue siendo un prejuicio que es honorable de por sí, y útil para el público. Lo único que yo tengo que objetar es que, igual que los frailes que monopolizaban la botella en la comedia de Sheridan, estos “monjes” ingleses no están dispuestos a tolerarles a sus hermanos “legos” del Norte la más mínima pretensión de albergar sentimientos similares.⁶

En Inglaterra, por lo tanto, no se puede proponer ninguna innovación que afecte a la administración de justicia sin que primero sea sometida a un estricto escrutinio por parte de los Guardianes de la Ley, y después tope con la más pertinaz resistencia hasta que el tiempo y la discusión madura y reiterada hayan demostrado no ya su utilidad, sino su necesidad. El viejo dicho sigue siendo cierto en todos sus aspectos: basta con tocar una telaraña en Westminster,⁷ para que la vieja araña salga enseguida a defenderla. Esta precaución tal vez postergue en algunos casos la adopción de enmiendas útiles, pero sirve para evitar cualquier innovación precipitada y experimental, y sin duda vale más seguir soportando los males conocidos durante algún tiempo que adoptar remedios violentos precipitadamente. Las consecuencias insospechadas e imprevistas de estos remedios suelen tener un alcance mucho mayor que aquéllas que se habían previsto y con las que ya se había contado. Cualquier albañil puede calcular el hueco que quedará si se retira una piedra angular de un edificio antiguo, pero ¿qué arquitecto que no conozca a fondo todo el edificio podrá siquiera suponer qué parte de la estructura caerá, o no caerá, al hacerlo?

La política inglesa es, en este aspecto, muy sabia, y lo único que tenemos que lamentar es que insistan en guardársela para ellos solos. Pero aquéllos que son más devotos de su propia religión son los que muestran menor comprensión por los sentimientos de los disidentes, y últimamente en Inglaterra ha brotado un espíritu de proselitismo que pretende extender los beneficios de su sistema, con todas sus virtudes y defectos, a un país que hasta la fecha ha vivido contento y floreciente con el suyo propio. Han llegado a la conclusión de que todos los ordenamientos ingleses están bien; pero el sistema de leyes municipales de Escocia no es inglés, y por lo tanto está mal. Amparados en este silogismo, nuestros gobernantes han tolerado y fomentado una tendencia experimental e innovadora a nuestras expensas, actitud a la que se resisten obstinadamente cuando se trata de ponerla en práctica en su propia casa.

⁶ La obra a la que alude es *The Duenna*, de Richard B. Sheridan, estrenada en 1775.

⁷ Barrio de Londres en donde están los edificios del Parlamento y del Gobierno.

Durante más de la mitad del siglo pasado, ésta fue una práctica impensable.⁸ En ese periodo Escocia se encontraba desahogada y malhumorada; armada también, y llena de resquemor debido a muchos recuerdos irritantes. No es éste el tipo de paciente al que un legislador experimental decide despacharle recetas. No había muchas posibilidades de lograr que Saunders⁹ se tomara la fórmula magistral mediante la persuasión; la fuerza bruta resultaba un argumento peligroso, y algunos aún pensaban que las espadas escocesas tenían filo.

Esta época se pasó, llegó otra más feliz, y Escocia, que ya no era motivo de terror, o cuando menos de gran malestar, para el Gobierno británico, quedó, a partir de 1750, bajo la tutela de sus propias instituciones, para ir conquistando silenciosamente importancia y riqueza nacional. El desprecio seguramente le permitió verse libre de interferencias, libertad que antes se le había concedido gracias al miedo; es sabido que los médicos son tan remisos a visitar las chozas de los pobres como las cuevas de los ladrones. Pero a pesar de esa negligencia, o quizás precisamente debido a ella, Escocia, si calculamos su progreso desde la guerra americana¹⁰ hasta nuestros días, ha aumentado su prosperidad en una proporción que es más de cinco veces mayor que la correspondiente a su hermana más rica y afortunada. Ahora merece la atención de los facultativos, y bien sabe Dios que la ha recibido en abundancia. Se la ha purgado y sangrado, primavera y otoño, y se la ha convencido para que siga tratamientos que no le hacían ninguna falta. Últimamente se la ha convertido en una especie de granja experimental en la que a todo aprendiz de político se le ha permitido poner a prueba sus teorías; en una suerte de tierra comunal en donde se ha animado a cualquier estadista juvenil a que haga sus incursiones, como en Morayland, donde, antiguamente, según pensaban los montañeses de las Highlands, o Tierras Altas, todos los hombres tenían derecho a cazar a su antojo; se la ha tratado como un cadáver en la sala de disección, abandonado al albur del bisturí de los estudiantes de los primeros cursos, con la degradante inscripción de *Fiat experimentum in corpore vili*.¹¹

No pretendo discutir, señor, que fuera necesario hacer muchas alteraciones en nuestras leyes, ni que se hayan derivado muchos beneficios de los cambios que se han llevado a cabo. No pretendo criticar una aproximación gradual al sistema inglés, sobre todo en lo que se refiere al derecho comercial. El juicio con Jurado, por ejemplo, fue un buen experimento, en mi opinión, que se introdujo cautelosamente y se sometió al control de los reglamentos que mejor podían ayudar a asimilar sus formas con las del Tribunal Supremo escocés ya existente. Así pues, pido que se tenga presente que no estoy hablan-

⁸ Es decir, el siglo XVIII. La Unión de los Parlamentos de Escocia e Inglaterra sucedió en 1707, y hubo revueltas de los jacobitas -partidarios de la restauración de los Estuardo- en 1715 y 1745.

⁹ Nombre usado para referirse al escocés arquetípico. Es diminutivo de Alexander, nombre muy frecuente en Escocia.

¹⁰ La guerra de independencia de lo que serían los Estados Unidos de América, empezada en 1775.

¹¹ "Hágase el experimento en ese cuerpo sin valor."

do de las reformas en sí mismas, sino de la aparente hostilidad demostrada hacia nuestras instituciones municipales, tal como se ha manifestado en los últimos acontecimientos, cuando se las ha intentado forzar y retorcer para que resulten similares a las de Inglaterra.

Las opiniones de nuestros hombres de leyes, y más aún, de nuestros jueces, hombres insuperables en cuanto a sabiduría y honorabilidad entre quienes han ostentado tan elevados cargos, han sido demasiado poco escuchadas y bastante controladas en el transcurso de estos importantes cambios en los que, a mi parecer, deberían haber sido quienes más tuvieran que decir. Se les ha tenido, casi declaradamente, por personas que no eran las más cualificadas para juzgar las innovaciones propuestas, sino más bien hombres con prejuicios, dispuestos a oponerse a los cambios con razón o sin ella. La última Comisión pública se creó basándose precisamente en el principio de que, si era necesario incluir a hombres de leyes escoceses, un número suficiente de éstos debería estar formado por caballeros que, fueran cuales fueran los méritos que les confirieran la respetabilidad en otros aspectos, hubieran pasado el suficiente tiempo alejados del estudio del Derecho escocés como para no retener ningún recuerdo detallado de esa ciencia abstrusa, ni ninguna parcialidad declarada por sus aspectos técnicos. Esto se hizo, según se declaró, con el fin de evitar la natural parcialidad de los jueces y abogados escoceses por su propio sistema; la misma parcialidad que los ingleses aprecian como un sentimiento sagrado cuando la ven en sus propios abogados y jueces. No me quejo, repito, del resultado de las Comisiones, sino del espíritu con el que se emprendieron las reformas. Es indudable que se hizo mucho en lo que se refiere a poner al día y mejorar la antigua maquinaria de los tribunales escoceses, y en hacer que se moviera más deprisa –si bien, en mi opinión, no mucho más correctamente– que antes. Se ha prestado mucha atención a la rapidez, pero a la larga es posible que se descubra que el reloj que va más rápido no es el que indica la hora de modo más exacto. En cualquier caso, los cambios están hechos e instaurados: dejémoslos así. Y si a mí, Malachi Malagrowth, se me confiriera mañana el poder para hacerlo, no restauraría los antiguos procedimientos judiciales, porque considero que el mecanismo de los tribunales de justicia es algo demasiado serio como para andar adelantándolo o atrasándolo a placer, como el primer reloj de un niño, sólo por el gusto de experimentar.

De lo que sí me quejo es de esa actitud generalizada de desagrado y desprecio por nuestras instituciones nacionales manifestada por aquéllos que en la nación hermana defienden con tanto celo las suyas. É igualmente me quejo de su recelo frente a las opiniones de quienes por fuerza tienen que estar mucho más familiarizados que ellos con los méritos y deméritos de un sistema que unos jueces, informados apresurada e imperfectamente, de repente desean revolucionar a toda costa.

No cabe para esto más explicación que una; a saber, que nuestros hermanos ingleses creen con absoluta convicción que la verdadera Temis¹² es

¹² Temis, hija de Urano y Gea en la mitología griega, representa la Ley, con la espada y la balanza en las manos.

venerada en Westminster, y que quienes la veneran deben servirla con el mayor celo, mientras que aquélla cuya imagen un ingenioso artista ha dibujado haciendo equilibrio sobre una perinola en el balcón sur de la antigua Casa del Parlamento en Edimburgo no es más que un mero ídolo –Diana de Éfeso– a quien adoran sus devotos, bien porque su templo proporciona pingües ganancias a los artesanos, bien debido a una superstición bobalicona que los lleva a preferir el antiguo *Mumpsimus* escocés antes que el moderno *Sumpsimus* inglés.¹³ Ahora bien, ésta es una creencia injusta por parte de nuestros amigos, cuyas intenciones, por lo que se refiere a nuestro bienestar, son, lo admitimos, excelentes, pero que sin duda tienen poco derecho a abordar este asunto sin debate previo, o a tratarnos como los españoles a los indios, a quienes exterminaban por adorar la imagen del Sol, mientras que ellos mismos se postraban ante la de la Virgen María. Hasta la reina Isabel se dio por satisfecha con la evasiva respuesta de Melville, cuando éste se vio obligado a pronunciarse sobre la delicada cuestión de quién era más bella: ella o María Estuardo.¹⁴ Estamos dispuestos, en el mismo espíritu de esa respuesta, a admitir que la Temis de Westminster es la diosa más adecuada para presidir la administración de la Tierra del Rosbif, mayor y más fértil, mientras que la de la perinola (representada en esa posición, suponemos, para expresar su inestabilidad desde que empezaron a soplar estos nuevos vientos) reclama un homenaje más limitado, pero igualmente respetuoso, dentro de su propia jurisdicción –*sua paupera regna*–, la Tierra de las Tortas.¹⁵ Si llegar a este compromiso no es suficiente para aplacar el ardor de nuestros hermanos que anhelan convertirnos a las formas y costumbres inglesas, tendremos que formularles la pregunta bíblica: “¿Quién os mandó hacer estas cosas?”¹⁶

Las encuestas y los resultados de otra Comisión vienen demasiado al caso como para no mencionarlos aquí. Se trataba de llevar a cabo una investigación sobre el funcionamiento de las oficinas de recaudación de impuestos en Irlanda y en Escocia. En las primeras, como es bien sabido, se descubrió que había habido muy mala administración, porque Pat, el pobre, había estado haciendo bastantes tonterías.¹⁷ En Escocia, sin embargo, *no se halló ni la más mínima sombra de abuso*. Lo que uno se hubiera podido imaginar, señor periodista, habría sido que se procediera a algún tipo de reforma en las delegaciones irlandesas, y que se proclamara la inocencia y la honorabilidad de las institucio-

¹³ Viene de una historia según la cual un cura inglés, al que le corrigieron por decir “*quod in ore mumpsimus*” (en lugar de *sumpsimus*) en la misa, replicó: “no pienso cambiar mi viejo *mumpsimus* por vuestro *sumpsimus* nuevo”. De ahí que se utilizara en inglés para referirse a quien se aferra a una costumbre antigua a pesar de tener pruebas de que está equivocado.

¹⁴ Se refiere a Isabel I de Inglaterra y a María Estuardo, reina de Escocia y prima de ésta.

¹⁵ Nombre dado a Escocia, en donde las tortas de avena eran el alimento más común. Scott lo contraponía a Inglaterra, más rica, con el rosbif como plato típico. *Sua paupera regna*: “Sus reinos pobres”.

¹⁶ La alusión es a *Isaías* I, 12, en el Antiguo Testamento.

¹⁷ Pat, diminutivo de Patrick (santo patrón de Irlanda), se usa para nombrar al irlandés arquetípico.

nes escocesas, permitiéndoles que siguieran manteniendo la independencia de la que tanto tiempo habían disfrutado, y de la que se habían mostrado tan mercedoras. No fue así, señor. Las oficinas de recaudación, en ambos países, fueron sometidas a la misma reglamentación; se les retiró su condición de independientes, y quedaron bajo supervisión y control ingleses. Se trató al inocente y al culpable exactamente igual en todos los aspectos. Ahora bien, por lo que se refiere a Escocia, esto fue como cuando Trínculo perdió la botella en la balsa: el hecho no sólo supuso una deshonra, sino también una desgracia irreparable.¹⁸

He oído dos razones que se han alegado para explicar esta aplicación indiscriminada del castigo a culpables e inocentes.

En primer lugar, se confesó paladinamente que Irlanda jamás se habría sometido pasivamente a la indignidad que se le infligía, a no ser que la pobre e inofensiva Escocia recibiese el mismo tratamiento. La isla verde, al parecer, pensaba del mismo modo que una famosa dama de la buena sociedad a la que le iban a extraer una muela cariada. La señora se negó a que se llevase a cabo la operación hasta que no hubiera visto al dentista sacarle una muela sana y en buen uso a su criada, y había que complacerla. La señora era de armas tomar; la moza, una simplona pusilánime; el dentista, un ejecutor complaciente, y en consecuencia a las dos les sacaron las muelas.

La razón de que se tengan estos miramientos para con Pat procede de que está dispuesto a agarrar la pica y blandir la *shillelagh*¹⁹ con motivo y sin él. No permita Dios que Escocia retroceda a semejante estado: antes de eso, más valdría que el diablo, como en la canción de Burns, se llevara bailando a todos los recaudadores de impuestos del país.²⁰ No queremos oírla parlotear sobre los millones de hombres de los que dispone, ni sobre sus viejas hazañas militares. Más nos valdría permanecer unidos a Inglaterra, incluso a riesgo de convertirnos en una especie subordinada de Nortumbria, por lo que se refiere a nuestra importancia nacional, que intentar remediar nuestra situación aunque tan sólo fuera insinuando la posibilidad de una ruptura. Pero no hay ningún mal en desear que Escocia tenga el suficiente mal genio, según sugiere su propio lema,²¹ como para evitar que abusen de su buen carácter; el suficiente espíritu nacional como para decidirse a defender sus propios derechos, acompañando su afirmación de esos derechos con toda clase de sentimientos de amistad y respeto hacia Inglaterra.

La otra razón que se alega para justificar esta distribución igualitaria del *castigo*, como si se tratara del influjo del sol o de la lluvia, tanto a justos como a pecadores, es una que actualmente goza de una extraordinaria aceptación entre nuestros ministros: la necesidad de que en todos los casos de esta

¹⁸ Referencia a un personaje de *La Tempestad*, de Shakespeare. Véase el acto IV.

¹⁹ Un garrote o bastón de roble o endrino. El nombre procede del topónimo Shillelagh, en Irlanda.

²⁰ Alude a una canción del poeta escocés Robert Burns (1759-96), *The deil's awa' wi' the exciseman*.

²¹ El lema de Escocia es *Nemo me impune lacessit*, "nadie me ataca impunemente".

índole impere la UNIFORMIDAD. También parece tener gran importancia la consideración de que resultaría muy incómodo que la recaudación de impuestos siguiera correspondiendo a un organismo independiente en uno de los países tan sólo porque había cumplido con su deber de forma irreprochable, mientras que la misma institución quedaba suprimida en el otro país sin otra razón que la de haber obrado indebidamente.

Esto me trae a la memoria un incidente que se dice que ocurrió en el castillo de Glamis, cuando esas venerables torres las habitaba un cierto anciano conde de Strathmore, que era tan gran admirador de la uniformidad como lo hubiera podido desear el mismísimo Ministro de Hacienda. En los jardines y parques del castillo, él y su jardinero lo disponían todo según el antiguo principio de la correspondencia exacta entre las partes, de modo que cada avenida tenía su hermana gemela; se trata de un principio, hoy abandonado por los jardineros, al que ahora se acogen los estadistas. Ocurrió en una ocasión que pillaron a un individuo en el acto de cometer un robo menor y, habiéndolo prendido, fue sentenciado a pasar un cierto tiempo en la picota de la baronía. Ésta recibía el nombre de *the jongs*, y consistía en un collar de hierro y una cadena. Había uno de estos ingenios fijado a cada uno de los lados de la portada que daba entrada a la gran avenida por la que se llegaba al castillo. El ladrón le fue entregado, como era debido, al jardinero, en calidad de guarda de la finca, para que se ocupara de que se ejecutase el castigo. Cuando el señor de Glamis regresó de su paseo matutino a caballo, le sorprendió ver que había un prisionero a cada lado de la portada, como si se tratara de un par de tenantes de un escudo de armas, pero bien sujetos y encadenados. Le preguntó al jardinero, a quien encontró vigilando el lugar del castigo, como era su deber, si es que se había apresado a algún otro delincuente.

—No, milord —contestó el jardinero, con el tono de quien está enormemente satisfecho de sí mismo— pero me parecía que ese tipo solo, a un lado de la portada, no hacía un efecto nada bueno, así que le di media corona a uno de los peones para que se pusiera al otro lado, *en beneficio de la uniformidad*.

Éste es un caso exactamente parejo al que nos ocupa, y probablemente el único que se pueda encontrar. Tan sólo hay esta diferencia: no he oído decir que a los funcionarios de la oficina de recaudación de Escocia se les diera alguna compensación por ponerlos en la picota junto con los de Irlanda, “en beneficio de la uniformidad”.

Finalmente, señor director, paso a ocuparme de esta idea de hacer extensivo a Escocia lo previsto en el proyecto de ley que prohíbe emitir billetes de banco inferiores a cinco libras en Inglaterra, en un periodo de seis meses a partir del momento en que esa disposición entre en vigor en ese país.

No me propongo abordar la cuestión que tanto agita a los escritores que especulan sobre la riqueza de las naciones,²² ni intentar debatir sobre qué

²² Parece un eco claro del título de la obra del escocés Adam Smith, *The Wealth of Nations* (1776).

proporción de metales preciosos debe quedar retenida dentro de un país, cuáles sean los mejores métodos para mantenerla ahí, o hasta qué punto la falta de metálico se pueda suplir mediante el crédito de papel. No voy a preguntar si se puede hacer rico a un hombre pobre obligándole a comprarse una vajilla de plata, en lugar de la de cerámica de Delft que le había servido hasta entonces. Éstas son preguntas que yo no estoy capacitado para contestar. Pero pido licencia para que se me deje plantear la cuestión desde un punto de vista práctico, y remitirme en todo a la experiencia.

Voy a suponer, sin correr mucho riesgo de que me contradigan, que los bancos han existido en Escocia desde hace ciento veinte años; que han prosperado, y que el país ha prosperado con ellos; y que, especialmente durante los últimos cincuenta años, los bancos provinciales, o las sucursales de los principales bancos reconocidos y consolidados se han ido extendiendo por casi todos los distritos de las Tierras Bajas de Escocia. Supongamos también que los billetes, y especialmente los billetes pequeños que estos bancos emiten, satisfacen por completo la demanda de una moneda que circule, y que el sistema ha eliminado de tal forma el oro del país de Escocia, que allí no se ve una guinea²³ ni por casualidad, como no sea en la bolsa de algún forastero que esté de paso, o en las arcas de los propios bancos. Esto es exponer los hechos de este caso de la forma más general posible.

No es menos incuestionable que este sistema bancario, tal como se ha desarrollado en Escocia, ha supuesto las mayores ventajas para el país. Las facilidades que les ha proporcionado a los agricultores y fabricantes laboriosos y emprendedores, así como a los administradores públicos para ejecutar obras públicas a escala nacional, han transformado Escocia de un país pobre, miserable y yermo en otro en el que, si bien la Naturaleza ha hecho menos, el Arte y la Industria han hecho más, quizás, que en cualquier otro país de Europa, sin exceptuar a la propia Inglaterra. A través de los créditos que este sistema ha permitido conceder, se han trazado carreteras, construido puentes y excavado canales, abriendo a la comunicación recíproca los distritos más aislados del país. Se han establecido manufacturas sin rival en cuanto a su extensión o su éxito; hay terrenos baldíos que se han convertido en productivas granjas; los productos de la tierra para consumo humano se han multiplicado por veinte, mientras que la riqueza de los ricos y el alivio de los pobres se han extendido en la misma proporción. Y todo esto en un país en el que el rigor del clima y la esterilidad del suelo parecen haberse unido para desafiar al progreso. Que aquéllos que recuerdan la Escocia de hace cuarenta años den testimonio de si digo la verdad o miento.

No cabe duda de que este cambio se ha logrado gracias a las facilidades para conseguir crédito, cosa que los bancos escoceses ofrecían tanto descontando letras como extendiendo pólizas de crédito. Cualquier iniciativa de envergadura, ya fuera pública o privada, se ha llevado a cabo a través de esos medios; si hay excepciones, son en verdad muy pocas.

²³ Moneda de oro que valía una libra y un chelín.

Cabe muy poca duda de que los bancos no podrían haber aportado estos fondos monetarios necesarios si no hubieran disfrutado de la ventaja recíproca de que sus billetes de banco circularan en consecuencia gracias a las facilidades ofrecidas. No se puede esperar que todos y cada uno de los negocios que pudieran emprender los especuladores o los aventureros gracias a este sistema estuvieran bien calculados, gestionados con atención, o llegaran a culminarse con éxito. La imprudencia en algunos casos, y la mala fortuna en otros, se han cobrado el número de víctimas habitual. Pero en Escocia, como en otras partes, ha sucedido a menudo que algunas innovaciones que resultaron ruinosas para quienes las emprendieron, han producido, no obstante, ventajas de lo más beneficiosas para el país, que en esos casos logró ver incrementada su prosperidad general, aun cuando fuera a partir de iniciativas que habían resultado desastrosas para las fortunas particulares de quienes las proyectaron.

No es sólo que los bancos dispersos por toda Escocia proporcionaran los medios para llevar al país a un nivel de prosperidad inesperado y casi maravilloso, sino que no se ha dado ningún caso importante, con una sola excepción, en que la excesiva especulación de los propios bancos haya sido el motivo de la interrupción de esa prosperidad. La excepción solitaria fue la empresa conocida como Banco de Ayr, en la que se embarcaron temerariamente un gran grupo de caballeros terratenientes y otros más, desconocedores de los asuntos comerciales, y que además tuvieron la mala suerte no sólo de partir desde principios falsos, sino de dar con falsos y arteros bribones que les hicieron de agentes y gerentes principales. La caída de este banco acarreó grandes calamidades para el país, pero hay que destacar dos cosas en su historia. La primera es que bajo su excesivamente pródiga, aunque beneficiosa, influencia, un magnífico condado (el de Ayr) pasó de ser un desierto a ser una tierra fértil. La segunda, que, aunque a largo plazo, el banco de Ayr hizo frente a todos sus compromisos, y la pérdida tan sólo la soportaron los accionistas fundadores. La advertencia, no obstante, fue terrible, y en Escocia se la ha tenido tan presente, que posteriormente han sido muy pocas las ocasiones en las que se ha intentado establecer bancos de forma prematura, es decir, en casos en que el distrito en cuestión no se encontrase en un estado tan desarrollado como para necesitar un refuerzo adicional de crédito. Pues en todos esos casos, se previó juiciosamente que el obligar a un distrito a aceptar una entrada de capital sólo podría llevar a la especulación salvaje, en lugar de servir de apoyo a las iniciativas sólidas y prometedoras.

Deberíamos tener en cuenta, siquiera someramente, el carácter y la condición de las personas que siguen esa profesión. Los banqueros de Escocia han sido, por lo general, hombres *buenos*, según la expresión mercantil, que han demostrado, por la riqueza que poseían al morir, que su crédito era sólido. También han sido *buenos*, y muchos de ellos de forma extremada, en el sentido más amplio y mejor de la palabra, poniendo de manifiesto, por la excelencia de su carácter, la honorabilidad de los medios por los que habían adquirido sus riquezas. Puede que haya habido, entre un grupo tan numeroso, hombres de carácter diferente, pescadores en aguas revueltas, capitalistas que buscaban la ganancia no mediante el fomento del comercio justo y la industria honrada, sino a través del suministro temporal de combustible para la temeri-

dad o la avaricia. Pero el número de hombres rectos en esa profesión ha limitado mucho las posibilidades de hacer mal que de otro modo habrían estado a disposición de estos Shylocks cristianos.²⁴ Hubo pérdidas, y hubo descrédito, al recurrir a estos personajes cuando las necesidades honradas se podrían haber visto satisfechas por hombres cabales, y en condiciones razonables.

Desde la historia del Banco de Ayr, de la que ya hace casi medio siglo, recuerdo muy pocos casos en los que compañías bancarias que emitieran billetes de banco se declarasen insolventes. Hubo uno, hace unos treinta años, que fue el Banco Mercantil de Stirling, que nunca tuvo demasiado crédito, sobre el que se decía de forma ominosa, casi desde el momento de su nacimiento, que amenazaba tormenta. Se ha dado otro caso en los diez últimos años, el de la Compañía Bancaria de East Lothian, cuyos negocios fueron llevados desastrosamente por un gerente infame. En ambos casos, los billetes se reembolsaron plenamente. En este último, se hizo cargo de ellos una de las casas más respetables de Edimburgo, de modo que se pagaron todos los compromisos sin que se pusiera la menor traba a la circulación de esos billetes, ni se causase la menor molestia a quienes estuvieran en posesión de ellos, fueran ricos o pobres. En los últimos quince años, el Banco Unión de Falkirk también se declaró insolvente, pero consiguió pagar sus compromisos sin grandes pérdidas para los acreedores. Es posible que se hayan dado otros casos que ahora no recuerdo, pero creo que no ha habido ninguno que causara gran sensación, o que pudiera afectar a la confianza general que tiene el país en la estabilidad del sistema. Ninguna de estas declaraciones de bancarrota atrajo mucha atención, ni, como hemos visto, ocasionó grandes pérdidas.

En la actual y desgraciada crisis comercial,²⁵ siempre he oído, y se me ha dado a entender, que los bancos escoceses han hecho cuanto estaba en su poder para aliviar los males que se acumulaban sobre el país, y que, lejos de comportarse de forma cicatera, han dado un paso al frente para apuntalar el crédito del mundo comercial con una franqueza que auguraba la más perfecta confianza en sus propios recursos. Tan sólo hemos oído hablar de un banco provincial que estuviera, aunque fuera por un momento, bajo sospecha. Y la situación financiera de ese consorcio fue tan bien comprendida que sus corresponsales en Edimburgo, como ocurrió en el caso de la Compañía Bancaria de East Lothian antes mencionada, enseguida garantizaron el pago de sus billetes, y le evitaron al público la alarma, aunque fuese momentánea, y a los particulares afectados la posibilidad del embargo. Y yo pregunto: ¿qué estabilidad tendrá que tener un sistema de crédito, para que semejante terremoto universal no sea capaz de desplazar ni hacer temblar ni siquiera la más mínima parte del mismo?

Así está la situación en Escocia, y resulta evidente que cualquier acción legislativa que afecte al sistema bancario, o a su modo de emitir billetes, se

²⁴ Shylock es el prestamista judío de *El mercader de Venecia* de Shakespeare.

²⁵ La mala situación económica de Gran Bretaña, que llevó a una crisis financiera en 1825, tenía su origen en las guerras napoleónicas, a principios del s.XIX.

adoptará en función de males que tal vez se den en otras partes, pero que desde luego son desconocidos en este país.

En Inglaterra, por desgracia, las cosas han sido muy diferentes, y la insolvencia de muchas compañías bancarias provinciales, que gozaban de sólidas reputaciones por su estabilidad, ha causado mucho quebranto al país, y alarmado a la mismísima Londres, debido a la inevitable repercusión que tuvo la mala fortuna de esos bancos en sus corresponsales de la capital.

Es mi opinión, señor, que el defensor de Escocia no tiene necesidad de hacer nada más, a la hora de pedir que este país quede exento de un experimento que a Inglaterra le puede parecer conveniente para intentar curar su propia enfermedad, que alegar que semejante enfermedad no existe dentro de su propia jurisdicción. Sin duda ha de ser suficiente alegar: “Nos encontramos bien, nuestro pulso y nuestro aspecto lo demuestran; que se tomen la medicina los que están enfermos.” Pero la opinión de los ministros ingleses es muy otra, ya que, aceptando nuestras premisas, niegan nuestra conclusión.

El humor peculiar de un amigo, al que perdí hace ya unos años, es el único caso que recuerdo que coincide exactamente con el razonamiento del Ministro de Hacienda. Mi amigo era un viejo terrateniente escocés, soltero y humorista. Era rico, jovial, hospitalario, y, como es natural, siempre tenía a muchos invitados a su alrededor. Tenía la costumbre de tragarse todas y cada una de las noches de su vida una de las píldoras laxantes del doctor Anderson, por motivos que son fáciles de imaginar. Lo que ya no es tan fácil de explicar es su empeño en que todos sus invitados tomasen también la medicina. Si se trataba de patrocinar ese remedio, que en cierto modo se puede considerar una receta nacional, o si el travieso anciano bromista se divertía anticipando las embarazosas escenas de apuros que esa administración a veces producía a lo largo del transcurso de la noche, es algo sobre lo que yo no puedo ni siquiera conjeturar. Y lo que es aún más extraño es que formulaba ese ruego con tal elocuencia que convencía a todos sus invitados. No escapaba nadie, aunque había pocos que no intentaran resistirse. Sus poderes de persuasión le habrían sido muy útiles a un ministro de estado:

— ¡Cómo! ¿No se toma usted ni una pildorita por darle gusto a su amigo, su huésped, su anfitrión? —Él ya se había tomado una, añadía. Se tomaría otra, si usted lo deseaba. ¿Sin duda lo que le iba bien a él para sus dolencias también le iría bien a usted?

Resultaba inútil afirmar que uno se sentía estupendamente; que detestaba esa medicina; que estaba seguro de que no le iba a sentar bien: ninguna de las excusas era admitida como válida. Daba lo mismo que uno manifestase su repugnancia de forma cálida, patética o malhumorada, paciente o impaciente, grave o burlona; de todos modos estaba condenado: no había escapatoria. El anfitrión, a su vez, se mostraba elocuente, autoritario, chistoso, argumentativo, imperativo, patético... pero sobre todo pertinaz. Jamás se supo de un invitado que hubiese logrado evitar tomarse la pildorita de Anderson. La última vez que yo disfruté de la hospitalidad de este señor, se encontraban presentes en la cena los siguientes invitados: uno de los más deslumbrantes ejemplares del

dandismo londinense, atraído hasta ese lugar por la tentación de cazar urogallos; un abogado del municipio colindante (creo que era el administrador de nuestro anfitrión); dos propietarios rurales, hombres de modales reservados y envarados; tres ganaderos de ovino, tan testarudos y tozudos como sus propios carneros, y yo, Malachi Malagrowth, que no soy fácil de tratar y menos de persuadir. También estaba el Esculapio local, hombre que administraba, pero del que nunca se supo que tomara, medicinas. Todos sucumbieron: cada uno, después de resistirse en mayor o menor medida, según su peculiar modo de ser, se tomó su pildorita. El administrador se tragó un par. No diré más sobre este caso. Ninguno de ellos tuvo razones para congratularse por haber cedido. Nuestro anfitrión lleva ya varios años descansando junto a sus antepasados, recordado a veces con una sonrisa debido a sus excentricidades humorísticas, y siempre con un suspiro cuando sus amigos y vecinos supervivientes se acuerdan de su bondad y de su beneficencia. A mí sólo me queda añadir que espero que no le haya legado al Ministro de Hacienda, que por lo demás posee numerosos dones, su invencible poder de persuadir a las personas para que tomasen una medicina que sus organismos no necesitaban.

¿Acaso me excedo en mi planteamiento cuando afirmo que aplicar a Escocia el proyecto de ley que nos ocupa tiene tan poco sentido como añadirle unas hermosas hebillas rodilleras al atuendo de un montañés que lleva *kilt*?²⁶ Creo que no.

Tengo entendido que Lord Liverpool y el Ministro de Hacienda han admitido paladinamente el hecho de que no había habido ningún tipo de quebranto económico en Escocia debido a la emisión de billetes de banco pequeños por parte de los banqueros establecidos allí, ya fueran provinciales en sentido estricto, o agentes de los establecimientos mayores ubicados en la metrópoli. No se puede desear mejor prueba de un argumento que su admisión por parte del adversario.

No obstante, hemos sido debidamente informados por la prensa de que los ministros no ven ninguna razón por la cual cualquier ley que se adopte sobre este asunto no deba ser aplicable en todos los dominios de Su Majestad, incluida Escocia, *en beneficio de la uniformidad*. En mi opinión, igualmente podrían aprobar una ley en la que se prohibiera, en beneficio de la uniformidad, que los escoceses comieran harina de avena porque a los ingleses les produce ardor de estómago. Si una ordenanza que prohíba la torta de avena puede ir acompañada de un reglamento practicable que diga que en lo sucesivo, y en beneficio de la uniformidad, nuestros páramos y montes producirán el trigo más puro, yo desde luego no me opondré a esa iniciativa. Mas hasta que nuestro monte Ben Nevis se encuentre al mismo nivel que los llanos ingleses de Norfolkshire, y aunque las necesidades de ambas naciones puedan ser las mismas, el alcance de estas necesidades, naturales o comerciales, y el modo de

²⁶ Para los calzones, prenda que llegaba hasta la rodilla, existían unas hebillas que los ceñían a esa zona. El *kilt* es la falda que llevaban los montañeses, o habitantes de las Tierras Altas (*Highlands*) de Escocia, de origen celta. Su uso en las Tierras Bajas (*Lowlands*) se empezó a dar a partir de la visita de Jorge IV a Edimburgo en 1822, cuando Scott consiguó que el rey vistiera esa prenda.

satisfacerlas, tienen que ser muy diferentes, por muy absoluto que sea el imperio de la uniformidad. A la nación que no puede producir trigo habrá que permitirle que coma avena; a la nación que es demasiado pobre para mantener una circulación monetaria en metales preciosos habrá que permitirle que los reemplace con crédito de papel; de no ser así, tendrá que pasarse sin comer y sin moneda.

Si a mí me lo pidieran, señor periodista, creo que podría dar algunas razones por las cuales el sistema bancario que ha resultado ser apto para Escocia no es adecuado para Inglaterra, y decir por qué no hay motivo para infligirnos el remedio propuesto. En otras palabras, sabría explicar por qué este bálsamo de Fierabrás político, que ha de aliviar a Don Quijote, tiene muchas posibilidades de envenenar a Sancho.²⁷ Con este objeto, voy a citar brevemente algunas notables diferencias que se observan si comparamos el crédito que tienen los bancos en Inglaterra y en Escocia. Me parece que serán suficientes como para que quien carezca de conocimientos de economía política (sobre cuyas trascendentales doctrinas se insiste tanto hoy día) se haga una idea bastante satisfactoria de las razones que explican la diferencia —que no se niega que existe— entre los efectos que produce el mismo sistema bancario en países distintos.

En Escocia, casi todas las compañías bancarias están formadas por un número considerable de personas, muchas de ellas terratenientes, sobre cuyas propiedades, así como sobre las cargas que puedan pesar sobre ellas, se puede informar cualquiera en el Registro de la Propiedad, por tan sólo unos chelines. De este modo todo el mundo sabe, o puede saber, la base general sobre la que se asienta su crédito, y la cantidad de bienes inmuebles que, independientemente de sus medios personales, respalda sus compromisos comerciales. En la mayoría de las entidades bancarias este fondo de crédito es considerable. En otras, es inmenso, especialmente en aquellos casos en que las acciones son numerosas, y están repartidas en pequeñas proporciones, quedando muchas de ellas en manos de personas terratenientes, cuyas fortunas enteras, por enormes que sean, y por pequeña que sea su participación, tienen que responder por los compromisos del banco. En Inglaterra, por lo que tengo entendido, los socios de una compañía bancaria no pueden pasar de cinco, y aunque en los últimos años se ha declarado que sus propiedades inmuebles deben responder por sus compromisos comerciales, lo cierto es que nadie puede llegar a saber, a no ser que se tome unas molestias incalculables, el valor real de esas propiedades, o qué cargas hipotecarias puedan pesar sobre ellas. De este modo, *ceteris paribus*²⁸ el banquero inglés no puede manifestar su solvencia ante el público, y por lo tanto no puede esperar, o recibir, la misma confianza ilimitada que se deposita de forma voluntaria y segura en quienes ejercen la misma profesión en Escocia.

²⁷ Scott cita *El Quijote* en bastantes de sus obras. Existían traducciones al inglés desde la de Sheldon, de 1612.

²⁸ “Dándose igualdad de condiciones en los demás aspectos”.

En segundo lugar, la circulación de los billetes de banco escoceses es libre e ilimitada; esto es una ventaja que se deriva de su mayor nivel de crédito. Corren sin la más mínima objeción por toda Escocia y, aunque allí no son de curso legal, su uso llega casi hasta York, en Inglaterra. Los de las compañías bancarias inglesas casi nunca pasan más allá de un horizonte muy limitado: a dos o tres etapas de viaje más allá del lugar en donde se emitieron ya les suelen poner objeciones, y son una fuente constante de problemas para cualquier viajero que las haya aceptado como cambio por el camino. Incluso los billetes bancarios provinciales más acreditados nunca se acercan a Londres en un flujo libre. Nunca circulan como la sangre hasta el corazón y de ahí a las extremidades, sino que se mueven dentro de un círculo limitado; a menudo tan limitado que los billetes que se emiten una mañana, por utilizar un símil antiguo, salen volando como palomas del palomar y con toda certeza regresarán al atardecer al lugar del que salieron al despuntar el día.

Debido a estas causas, y a otras que no creo necesario mencionar, la profesión de banquero provincial en Inglaterra se encuentra limitada en cuanto a sus beneficios regulares, y es poco segura en cuanto a sus dividendos hasta un extremo que resulta inimaginable en Escocia. Por lo tanto, allá en el sur es más probable que esa profesión sea abrazada por hombres con espíritu aventurero y expectativas excesivamente optimistas (ambas cosas suelen ser desproporcionadas con relación al monto de sus capitales). Estas personas sepultan en minas, o en otras especulaciones arriesgadas, los fondos de los que les permite disponer su crédito bancario, e inundan el país con billetes que, una infeliz mañana, resultan no valer ni un penique. Es como lo que les ocurre a aquéllos a quienes el Maligno ha dado lo que parecen ser tesoros, y con el tiempo descubren que tan sólo se trata de trozos de pizarra.

Soy consciente de que se podrá alegar que las restricciones que se imponen a esos bancos provinciales ingleses son necesarias para asegurar la supremacía del Banco de Inglaterra, y que esto se hace siguiendo el mismo principio según el cual, antiguamente, a los perros que vivían en las inmediaciones de un bosque perteneciente a la Corona se los lisiaba cortándoles una de las patas para evitar que se entremetieran en el regio deporte de la caza. Por lo que sé, estas restricciones son muy buenas para Inglaterra, pero ¿por qué motivo se debe poner a las entidades bancarias escocesas, que no afectan ni pueden afectar a la influencia del Banco de Inglaterra, al mismo nivel que aquellas otras con respecto a las cuales se tienen, justa o injustamente, semejantes recelos? Nosotros no recibimos ningún beneficio de esa enorme Institución que, cual inmenso roble, cobija bajo su sombra a toda Inglaterra desde el río Tweed hasta Cornualles. ¿Por qué razón vamos a talar o reducir nuestros bosques nacionales en beneficio de algo que no nos da sombra ni protección y que, encima, ni siquiera va a sacar provecho del daño que se nos hace a nosotros? ¿Por qué hemos de vernos sometidos a semejante monopolio del que no obtenemos ningún beneficio nacional?

Tan sólo me queda añadir que Escocia no ha sufrido el más mínimo inconveniente derivado de la falta de metálico; es más, nunca ha habido demanda de éste. A un comerciante le cuesta más aceptar una guinea que un billete por el mismo valor; al campesino, la moneda le es desconocida. Nadie

quiere dinero en metálico salvo si va a ir de viaje a Inglaterra. Cuando alguna vez ha habido un pánico, con retirada masiva de capitales en una entidad bancaria concreta, lo que siempre se ha pedido han sido billetes de otros bancos: nunca se ha dado el caso de que alguien pidiese el valor en metálico de los billetes que tenía de ese banco. En un momento dado, se podía poner en duda el crédito de un banco en particular, pero jamás se dudaba del sistema en su conjunto. Incluso la Avaricia, la más suspicaz de las pasiones, nunca ha intentado formar sus tesoros acumulando metales preciosos, por lo que yo alcanzo a saber. La confianza depositada en el crédito de nuestro habitual medio de intercambio no ha sido puesta en duda ni siquiera en los sueños de la más irritable y envidiosa de las pasiones humanas.

Todas estas consideraciones resultan tan evidentes que un estadista tan agudo como el señor Robinson, ministro de Hacienda, tiene que haberse percatado de ellas a la primera ojeada, y al mismo tiempo, tiene que haber estimado que no tenían ningún peso en comparación con la necesaria conformidad entre las leyes de los dos reinos. Por lo tanto, debo decir algo en cuanto a la justicia de este asunto de la uniformidad.

Señor director, mi respetado antepasado, sir Mungo, tuvo el distinguido honor de ser *mozo de latigar* (más bien *latigado*) de Su Majestad Jacobo VI, de graciosa memoria, y en virtud de ese cargo era azotado siempre que el rey merecía ese castigo. La misma idea de equidad parece caracterizar a la conducta del Gobierno para con Escocia, como uno de los tres Reinos Unidos.²⁹ Si resulta que Irlanda es culpable de malversación, Escocia pierde sus oficinas de recaudación. Si los cajeros de Inglaterra administran mal sus asuntos de dinero, aquéllos que han administrado los de Escocia de un modo ejemplar, y muy ventajoso para ella, se deben ver privados del poder que les permita servirla en el futuro; o al menos ese poder debe quedar muy restringido y limitado.

“Quidquid delirant reges plectuntur Achivi”³⁰

Es decir, que si nuestros superiores de Inglaterra e Irlanda comen uvas ácidas, a los escoceses también nos tiene que dar dentera. Una uniformidad en cuanto a lo beneficioso puede estar bien; una uniformidad en las medidas penales, que suponga medidas restrictivas, sean o no necesarias, y que trate por igual a inocentes y culpables, me parece mala ley, y peor justicia.

Este sistema nivelador, que de por sí no es equitativo, resulta infinitamente injusto si es cierta una historia que me solía contar mi anciano abuelo, aunque admito que tiendo a dudar de que lo fuera. El anciano, señor mío, había aprendido en su juventud, o bien había soñado, ya chocheando, que

²⁹ Inglaterra, Escocia (desde la Unión de 1707) e Irlanda (desde 1801). Nótese que Gales se consideraba parte de Inglaterra desde que fue ocupada por Eduardo I en el s. XIII (desde entonces el heredero de la corona de Inglaterra recibía el título de Príncipe de Gales).

³⁰ “Lo que deliran los reyes lo pagan los griegos.” Es una cita de Horacio (*Epístolas*, I, 2, 14) hablando de la guerra de Troya.

Escocia se había convertido en parte integrante de Inglaterra. No por derecho de conquista ni rendición, ni por ninguna clase de derecho de herencia, sino en virtud de un solemne Tratado de Unión. Es más, tenía una idea tan clara acerca de este supuesto Tratado, que solía recitar uno de sus artículos de modo similar a lo que sigue: “Que las leyes que están en vigor en el Reino de Escocia siguen, tras la Unión, tan vigentes como antes, pero son susceptibles de ser alteradas por el Parlamento de Gran Bretaña, estableciéndose la siguiente diferencia entre las leyes que conciernen al derecho público, a la política y al gobierno civil y las que afectan al derecho privado: que las primeras se podrán unificar en todo el Reino Unido, pero que no se podrá hacer alteración alguna en las leyes que afectan al derecho privado, *excepto si es de evidente utilidad para los súbditos que viven en Escocia.*” Cuando el anciano caballero llegaba al pasaje que he señalado en cursiva, con el ruego de que así lo imprimiera, siempre cerraba el puño y exclamaba: “Nemo me impune lacessit!” lo que, supongo, son palabras que proceden de la magia negra puesto que no hay nadie en la Moderna Atenas lo suficientemente mago como para comprender su significado, o al menos para captar el espíritu del principio que mi abuelo pensaba que querían transmitir.³¹

No puedo evitar pensar, señor mío, que si hubiera habido algo de cierto en la historia que contaba mi abuelo, algún Miembro del Parlamento Británico por Escocia, con motivo del asunto que nos ocupa, le habría recordado al Ministro de Hacienda que, en virtud de este Tratado, no era suficiente motivo para alterar los derechos privados de los escoceses, en algo tocante a un punto de lo más sensible y delicado, el mero hecho de que Su Señoría no viera ninguna razón por la cual la misma ley no debiera ser de aplicación en todos los dominios de Su Majestad. Ese parlamentario escocés debería haberle hecho notar al señor Ministro que, por el contrario, era él quien tenía la obligación de dar un paso más para demostrar que el cambio propuesto *era DE EVIDENTE UTILIDAD para los súbditos que viven en Escocia*, proposición que ha sido desmentida cándidamente en afirmaciones del propio Ministro de Hacienda y del Primer Ministro, y que todas las circunstancias actuales del caso contradicen.

Me parece, señor, que nuestros “cuarenta y cinco electos”³², aun suponiendo que se hubieran comprometido con los Ministros mediante votos de silencio y de obediencia como los que hacen los frailes cartujanos, deberían haber tenido la suficiente libertad de albedrío y de palabra como para expresar sus opiniones si hubieran dispuesto de un argumento tan irrefutable en un caso de tal gravedad. Se dice que el ver al padre en peligro de perder la vida ha devuelto el don del habla a algunos hijos mudos, y, en verdad, la necesaria defensa de los derechos de nuestro país natal no es, o al menos no debería ser, un estímulo menor que ése. Prácticamente el único que intervino fue Lord Lauderdale, quien consiguió, lo que le honra infinitamente, una demora de seis

³¹ El lema de Escocia (véase la nota 21). Edimburgo era llamada “la Atenas moderna”.

³² El número de representantes que le correspondía a Escocia en la Cámara de los Comunes.

meses en la entrada en vigor de esta ley en Escocia. Se trata de una especie de aplazamiento que nos conceden antes de ponernos en la picota del sur, del cual quizá tengamos alguna posibilidad de aprovecharnos, si, durante este intervalo, nos mostramos como auténticos escoceses, y damos alguna prueba más convincente de ello que el limitarnos a nuestro clásico “se veía venir”.

Lo primero que yo haría, señor mío, sería mandar que se buscara ese Viejo Tratado, y si resultase que existe, pienso que eso decidiría la cuestión, pues, ¿cómo va a ser posible que sea “de evidente utilidad” para Escocia alterar sus leyes de derecho privado para subvertir totalmente un sistema bajo el cual se reconoce que ha florecido durante un siglo, y que jamás, en Britania del Norte, ha presentado ninguno de los inconvenientes que se alegan contra él en la nación hermana, en donde, por cierto, nunca existió tal sistema? Incluso si mediante una votación se decidiese que el antiguo pergamino se había quedado obsoleto, habría cierta satisfacción en localizarlo y conservarlo. ¿Dónde? No en el Registro Civil ni en la Biblioteca Jurídica, en donde podría despertar recuerdos dolorosos, sino en el Museo de la Antigüedad. Allí, junto con la Liga y Pacto Solemnes, la Carta dirigida al Papa por los Nobles Escoceses sobre la independencia de su país, y otros documentos anticuados que en tiempos fueron reverenciados, podría ir acumulando polvo silenciosamente, y sin embargo permanecer para dar testimonio de que tales cosas habían existido.³³

Espero sinceramente, sin embargo, que un acuerdo internacional de tanta importancia se siga considerando de obligado cumplimiento por ambas partes contrayentes, tanto la grande como la chica; tanto por la que tiene el poder —y aparentemente la voluntad— de romperlo, como por parte de la nación más débil, que no puede oponerse a la agresión sin incurrir en consecuencias aún peores y más lamentables, si no es invocando la fe debida a los tratados y el tradicional honor nacional inglés.

En segundo lugar, los hombres de toda clase y condición de Britania del Norte (pues a todos atañe, ricos y pobres), deberían presentar una petición en la que expresasen la injusticia que sienten que se está cometiendo con su patria, y el quebranto económico que probablemente se producirá como consecuencia. Si no tienen poder para emitir sus propios billetes, los bancos no pueden darle al empresario fabril el crédito que le permite pagar a sus trabajadores mientras llegan los beneficios, ni proporcionarle al agricultor la cantidad con la que puede pagar su renta y abonar los jornales, a la vez que

³³ El *Register Office* (registro civil) y la *Advocates' Library*, (tenida por una de las mejores bibliotecas jurídicas del Reino Unido), así como el *Museum of Antiquaries*, que hoy es parte del Museo Nacional de Escocia, son instituciones escocesas prestigiosas. *Solemn League and Covenant* era el pacto firmado entre los presbiterianos de Escocia y de Inglaterra en 1643, en la época de las disputas entre el Rey y el Parlamento que terminaron con la ejecución de Carlos I en 1649 y la proclamación de la República (*Commonwealth*). En 1320, cuando Escocia libraba la guerra de independencia contra Inglaterra, los nobles y el clero enviaron al papa Juan XXII una carta, la “Declaración de Arbroath” apoyando al rey escocés, Roberto de Bruce, que había sido excomulgado, y la independencia de Escocia.

lleva a cabo mejoras costosas que lograrán triplicar o cuadruplicar la producción de sus tierras. Los responsables de las carreteras y otras obras públicas, tan dispuestos a empeñar su crédito personal para llevar a cabo mejoras públicas, ya no tendrán la capacidad de recaudar fondos mediante ese procedimiento. Todo el sistema de crédito existente se va a ver alterado de arriba a abajo, y los ministros callan en lo tocante al remedio que habría que aplicar indispensablemente ante semejante estado de cosas.

Éstos son asuntos por los que merece la pena luchar, y cuya importancia es algo mayor que la de aquéllos que se suelen plantear en los plenos municipales. La Legislatura inglesa parece dispuesta a hacer caso omiso de nuestras autoridades jurídicas en asuntos que son de su incumbencia. Pues bien, comprobemos si al menos está dispuesta a escuchar a la voz unida de una Nación en cosas que afectan a su bienestar tan directamente que casi todo el mundo tendrá que haberse formado su opinión sobre este asunto, a partir de la experiencia personal. Yo, por mi parte, no tengo la menor duda sobre el resultado.

Sin duda estos tiempos son muy distintos de los de la reina Ana, cuando Jonathan Swift escribió un folleto político en el que deslizaba algunos sarcasmos sobre la nación escocesa, a cuyos habitantes tildaba de pueblo pobre y fiero, llamándolos los escitas de Britania.³⁴ En esa ocasión, los miembros escoceses de la Cámara de los Lores, encabezados por el duque de Argyle, acudieron en bloque a ver a los ministros y los obligaron a rechazar las opiniones que había expresado su partidario, y a ofrecer una recompensa de 300 libras por la captura del autor de ese libelo, que, como era bien sabido, era el mejor defensor y más íntimo amigo de aquel Gobierno. Exigieron también que el impresor y el editor fueran procesados por la Cámara de los Lores, y su presidente, aunque de mala gana, se vio obligado a acceder a sus exigencias.

En el famoso caso de Porteous, los legisladores ingleses se vieron obligados a desistir de las medidas vengativas que deseaban tomar, a causa de una grave ofensa cometida en la metrópoli escocesa.³⁵ En el del proyecto de ley de derechos para los católicos, cedieron ante la voz del pueblo escocés, o más bien de las turbas escocesas, y decidieron que ese cambio en las leyes no

³⁴ Ana, última reina de la dinastía de los Estuardo, subió al trono en 1702 al morir su cuñado el rey Guillermo III, y reinó hasta 1704. Jonathan Swift, deán de la catedral de San Patricio en Dublín, escribió varios folletos políticos, aparte de otras obras como su famoso *Gulliver*. Scott se encargó de una edición de las obras de Swift en 1814, para la que escribió una biografía.

³⁵ Como cuenta Scott en su novela *The Heart of Mid-Lothian* John Porteous era un capitán de la Guardia de Edimburgo que fue condenado a muerte por haber mandado disparar sobre una multitud durante unos tumultos en 1736, causando algunos muertos y bastantes heridos. El día de su ejecución llegó un aplazamiento de la sentencia desde Londres, y la multitud, airada, lo sacó de la cárcel y lo mató. En la subsiguiente investigación, el pueblo adoptó la actitud de *Fuenteovejuna*, y no se pudo capturar a los culpables. Debido a ello, en Londres se quisieron tomar medidas que recortaban la autonomía de la ciudad. Véase *El corazón de Mid-Lothian*, introducción de R. Álvarez, traducción de F. Toda (Madrid: Cátedra, 1988).

sería aplicable a Britania del Norte.³⁶ Estos casos fueron distintos, en cuanto al mérito, aunque los escoceses tuvieron éxito en ambos. En uno, se consiguió arrancar una medida de clemencia; en el otro, esa concesión fue un acto de indudable debilidad legislativa. Pero ¿acaso el Gobierno actual de Gran Bretaña debe mostrar menos deferencia, ante nuestra comedida y general protesta, en un asunto que tan sólo a nosotros nos concierne, de la que mostraron sus antecesores frente a las pasiones, e incluso los prejuicios injustificados e injustos de nuestros antepasados?

Los tiempos han cambiado, sin duda, desde aquellos días, y también las circunstancias. Ya no somos un país y un pueblo pobres, es decir, *tan extremadamente pobres*. Y a medida que hemos aumentado en riqueza, hemos llegado a ser algo más pobres de espíritu, y más reacios a incurrir en desagrado por asuntos de etiqueta o de prejuicios nacionales. Pero tenemos algunos motivos para reclamar el favor de Inglaterra. Hemos soportado nuestras imposiciones pecuniarias, durante una larga guerra, con una paciencia tanto más ejemplar cuanto que eran más onerosas para nosotros debido a nuestra relativa escasez de medios.³⁷ Nuestra sangre ha corrido tanto como la de Inglaterra o Irlanda; hemos dedicado nuestras vidas y fortunas a la defensa del Imperio con resolución igualmente firme; nuestra lealtad hacia la persona de nuestro Soberano ha quedado tan cálida y voluntariamente demostrada como la de ellos. Hemos consentido de forma sumisa, ya que no alegre, las reducciones y supresiones de cargos públicos que eran necesarias para el bien del Estado en general, pero que necesariamente afectan a la condición, e incluso a la respetabilidad, de nuestra sobrecargada aristocracia. En todos los aspectos nos hemos comportado como buenos y fieles súbditos del Imperio general.

No presumimos de estas cosas como si fueran auténticos méritos, pero al menos son deberes desempeñados, y, cuando apelamos a hombres de honor y de buen juicio, deberían darnos derecho a que se nos escuche con paciencia, e incluso con deferencia, en lo que toca a la administración de nuestros propios asuntos, si es que logramos expresarnos de forma unánime, dejamos de lado los sentimientos partidistas, y hacemos oír la voz de una de las hojas del sagrado Trébol; de una parte distinta e integrante de los tres Reinos Unidos.

Que ninguna consideración nos impida defender nuestra causa de forma comedida pero firme, y sin duda lograremos una audiencia favorable. Incluso el hecho de haber adquirido un poco de riqueza, cosa que en otras ocasiones podría hacer que disminuyera algo nuestro valor, debería animarnos a perseverar de forma unánime en la crisis actual, cuando la misma fuente

³⁶ Desde la Reforma Protestante, los católicos carecían de derechos civiles. A partir de 1778 hubo una serie de leyes (*Roman Catholic Relief Acts*) mediante las cuales se les fueron reconociendo algunos, como el de poder comprar propiedades u ocupar algunos cargos. Así, en 1793 y en 1801 (cuando la Unión con Irlanda) se concedieron más derechos. Como señala Scott, en Escocia hubo mucha oposición a esto, cosa que él critica. (Posteriormente, una ley de 1829 les reconoció casi todos los derechos, incluido el de votar, pero no el de sucesión a la corona).

³⁷ Se refiere a las guerras napoleónicas y el esfuerzo económico que supusieron.

de nuestra prosperidad nacional se ve atacada de forma directa aunque no premeditada. Confío en que nuestros tartanes aún no se hayan convertido en gabardinas judías a las que se pueda escupir a placer;³⁸ y en que tampoco nos vemos aún obligados a recibir el insulto “con un paciente encogimiento de hombros.” Pero ahora es necesario hacer un esfuerzo por motivos que van más allá del simple punto de honor. Hasta los mendigos luchan para defender su propiedad, aunque sean capaces de tolerar todo tipo de agresiones que no la pongan en peligro. La propia Avaricia, por muy mezquina de espíritu que sea, se alzaría para defender la riqueza que posee y conservar los medios para incrementarla. Esta es la hora en que Escocia debe acudir en defensa de las fuentes de su progreso nacional y de los medios para aumentarlo. Y sobre esto, como nadie puede tener más interés en el asunto que ellos, nadie podrá juzgar mejor que los propios escoceses.

Yo no puedo creer que un pueblo tan generoso como el inglés, y un Gobierno tan sabio como el actual hagan caso omiso de nuestras protestas, tan sólo porque se hayan formulado en forma de ruego pacífico, y no *secundum perfervidum ingenium Scotorum*,³⁹ con “puñal y pistola al cinto.” Sería darle una lección muy peligrosa a todo el Imperio enseñarle que las amenazas pueden arrancar aquello que no se consigue mediante las protestas razonables y respetuosas.

Pero esto no es todo. El principio de la “uniformidad de las leyes”, si no encuentra una viril resistencia, puede tenernos guardadas otras bendiciones. Supongamos que, una vez que hubiese acabado de aplicarle ventosas a Escocia mientras ésta gozaba de perfecta salud, Inglaterra encontrase el tiempo y el valor para retirar la venda del profundo cáncer que le está royendo sus propias entrañas, e hiciera un intento de detener el avance fatal de su sistema de subsidios para los pobres.⁴⁰ Habrá que proponer algún otro sistema en su lugar, y tendrá que ser uno muy duro, pues se trata de un mal que no se cura con paliativos. Supongamos que los ingleses, en beneficio de la uniformidad, insistieran en que Escocia, que actualmente se ve libre de este vil y vergonzante mal, fuera incluida, no obstante, en el severo *tratamiento* que requiere la enfermedad. ¿Qué les parecería a los terratenientes de Escocia tener que someterse al bisturí y al cauterio, sólo porque Inglaterra necesita que la escarifiquen?

O bien: supongamos que a Inglaterra se le antojase impartirnos su sanguinario código penal, que, siendo demasiado cruel para poderlo poner en práctica, concede a cada pobre desgraciado al que se condena una posibilidad

³⁸ Shylock en *El Mercader de Venecia* (I, 3) le dice a Antonio: “Me habéis llamado descreído, perro malhechor, y me habéis escupido sobre mi gabardina de judío”. El tartán es el paño escocés a cuadros.

³⁹ “Según el sobrecalentado ingenio de los escoceses”.

⁴⁰ Las *poor rates* eran un sistema parroquial mediante el cual se cobraban unas tasas para el alivio de los pobres. En los años de las guerras napoleónicas, fueron vitales para paliar la hambruna, pero tuvieron sus detractores, que decían que el sistema era ruinoso, sobre todo a partir de 1815. Malthus sostuvo que los trabajadores pobres tenían más hijos para poder reclamar la ayuda que les correspondía por este sistema.

entre doce de no ser ejecutado, convirtiendo así la ley en una lotería. ¿Sería esta bendición del agrado de Britania del Norte?⁴¹

Y otra cosa: ¿Y si a los ministros ingleses les diera por extender hasta nosotros su equitativo sistema procesal en lo tocante a las deudas civiles, que divide las ventajas tan admirablemente entre el deudor y el acreedor? Me refiero a esa impartición igualitaria de la justicia que prevé que un deudor encarcelado, si es un bellaco, pueda seguir tranquilamente en posesión de una enorme hacienda, y disfrutar en la cárcel de todos los lujos de Sardánápaló, mientras el desgraciado a quien le debe dinero se muere de hambre, y, para equilibrar las cosas, tolera que un acreedor, si es cruel, pueda retener a un deudor en la cárcel toda su vida, y hacerse, como dice la frase, *dados con sus huesos*. ¿Acaso esta admirable reciprocidad de privilegios, concedidos alternativamente a bribón y tirano, les agradaría más a los escoceses que su propia medida humanitaria de la cesión de bienes y su equitativo proceso de adjudicación?

No insistiré más en estos asuntos, pues me atrevería a decir que estos aparentes disparates de principio, en Inglaterra, en donde están vigentes, se ven modificados y corregidos en la práctica por circunstancias que yo desconozco, de modo que al emitir un juicio sobre ellos yo mismo puedo estar cayendo en el error del que abomino: juzgar las leyes extranjeras sin ser conocedor de todos los supuestos. Tampoco quiero decir que debemos luchar irreflexivamente contra cualquier mejora que podamos tomar prestada de los principios legales ingleses. Lo único que yo quisiera es que tales mejoras se adoptasen, no por el mero hecho de ser inglesas, sino porque sean de tal naturaleza que se puedan acoplar a las leyes de Escocia y resultar, en una palabra, *evidentemente útiles* para ella. Y digo esto siguiendo el principio de que, al trasplantar un árbol, no hace falta prestar mucha atención al clima y al terreno del que se lo toma, pero se debe poner el mayor cuidado para asegurarse de que el clima y el terreno del lugar a donde se lo trasplanta sean los adecuados para recibirlo. El hecho de que crezcan admirablemente en el sur de Inglaterra no es ninguna razón para plantar moreras en Escocia. No le falta sentido al viejo proverbio “cada tierra tiene su propio laboreo”.⁴²

En el caso que nos ocupa, resulta imposible creer que el extender estas restricciones a Escocia pueda ser algo *de evidente utilidad* para el país, que ha prosperado de forma dilatada y uniforme bajo un sistema diametralmente opuesto.

Es muy probable que se me considere estrecho de miras a la vista de estos razonamientos, pero si buscar información en cuanto a los resultados prácticos, en lugar de hacerlo en cuanto a los principios teóricos, y argumentar a partir de los logros de un siglo de experiencia, en lugar de las deducciones de una hipótesis moderna, es estrechez de miras, tendré que quedarme contento con una censura que incluirá a hombres más sabios que yo. Los sastres

⁴¹ A principios del s. XIX en Inglaterra llegó a haber más de 200 delitos penados con la muerte. El uso bastante extendido del indulto regio, de forma a menudo casi aleatoria, hacía que no todas las ejecuciones se llevaran a cabo.

⁴² Scott cita un proverbio en dialecto escocés: “Ilk land has its ain lauch”.

filósofos de Laputa, que operaban según cálculos matemáticos, sentían, sin duda, un profundo desprecio por esos humildes modistas que empezaban a trabajar tomando las medidas a sus clientes, pero Gulliver nos cuenta que las peores ropas que jamás vistió se confeccionaron según principios abstractos, y en verdad yo creo que hemos visto algunas leyes, y probablemente veremos más, que no están mucho mejor adaptadas a las circunstancias reales de lo que lo estaba el uniforme filosófico del capitán a su persona física.⁴³

Es verdad que todo estadista sabio mantiene siempre los sólidos principios generales y políticos bien a la vista, como el piloto mantiene la mirada en el compás para discernir el rumbo cierto. Mas este rumbo cierto no siempre se puede seguir de forma recta y diametral. Es necesario alterarlo de vez en cuando; más aún, a veces hay que abandonarlo aparentemente, debido a bajíos, rompientes y promontorios, por no hablar de los vientos contrarios. Los mismos obstáculos ocurren en el rumbo del estadista. El punto hacia el que se dirige puede ser importante; el principio según el cual navega puede ser justo, y sin embargo los obstáculos que surgen a partir de los prejuicios arraigados, de las pasiones poco templadas, de las prácticas antiguas, del carácter distinto de un pueblo, de las diferencias en cuanto a clima y terreno, pueden ocasionar que un avance directo hacia su objetivo final traiga consigo malestar para los individuos y pérdidas para la comunidad, de los que ningún hombre de bien querría ser la causa, y peligros con los que ningún hombre sabio querría enfrentarse voluntariamente.

Aunque creo que la opinión rotunda que se dice que expresó el Ministro de Hacienda con motivo de este asunto fue un tanto precipitada, en absoluto siento la menor falta de respeto por este honorable caballero. “Oigo tan buenos ‘reproches’ sobre él como sobre cualquier hombre de Messina, y aunque no soy más que un pobre hombre, me alegro de oírlos.”⁴⁴ Pero aferrarse decididamente a los principios abstractos, y a un espíritu de generalización es algo que —como le pasa a un jinete temerario a lomos de un caballo testarudo— tiene muchas posibilidades de tropezar con obstáculos concretos que se podrían haber evitado mediante una carrera mejor pensada, en la que se hubiera tenido en cuenta previamente la naturaleza del terreno.

Al decir esto, tengo presente la tentación que es lógico que sienta una mente ingeniosa y activa. Existe un cierto orgullo natural en seguir hasta las últimas consecuencias un principio universal y nivelador. Parece augurar genio, claridad de miras y firmeza en el propósito, cualidades que todo legislador desea que le sean atribuidas. Por otra parte, el estudio de las ventajas e impedimentos locales exige trabajo e investigación, y a fin de cuentas tan sólo se ve recompensado con el elogio frío y comedido que se le ofrece a la humilde laboriosidad. No es menos cierto, sin embargo, que las medidas que se encaminan de forma directa y decidida hacia un gran objetivo general, sin tener en cuenta los impedimentos intermedios, a menudo acaban pareciéndose al avance

⁴³ Alusión a un episodio de los *Viajes de Gulliver*, de Swift.

⁴⁴ La cita, no literal, es de *Mucho ruido y pocas nueces* (III, 5) de Shakespeare. Son palabras de Dogberry a Leonato. Scott a menudo citaba de memoria.

del rayo, o de la bala de cañón, esos temibles agentes que, al lanzarse directamente hacia su objetivo, no reparan en la destrucción que van sembrando por el camino. La política más sensata y moderada, que acomoda sus medidas a las circunstancias externas, se parece más bien al juicioso discurrir de una carretera bien trazada que, apartándose con frecuencia de su rumbo directo, “rodea el sembrado y el monte de viñas”, y se vuelve tortuosa para respetar la propiedad y evitar los obstáculos. De este modo evita incluso los peligros temporales y no sirve al público peor con su trazado más circundante de lo que lo hubiera hecho con otro más directo.

¿Podría usted decirme, señor director, si esta *uniformidad* en las instituciones civiles, que requiere tan grandes sacrificios, desciende de algún modo, o está relacionada con una doctrina de nombre parecido, llamada *Conformidad* en la doctrina religiosa, que estuvo muy de moda hace unos 150 años, que pretendía unificar los credos enfrentados del Reino Unido en una norma común, y con ese vano intento logró suscitar la discordia universal, así como mil agrias disputas, en las que “como árbitro ejerció, y con sus decisiones enredó más la pelea”? Si la *Uniformidad* procede del mismo linaje, entonces Malachi Malagrowther afirma que es “halcón de muy mala nidada”.⁴⁵

La opinión general de todo un Reino, basada en la experiencia de un siglo, no se debería considerar, alegremente, como producto de la ignorancia y del prejuicio. Yo soy bastante aficionado a la agricultura, y en mis viajes por el país a menudo he tenido ocasión de sorprenderme de que los habitantes de algunas comarcas no hubieran adoptado ciertas mejoras evidentes en sus cultivos. Mas, al preguntar, casi siempre he descubierto que las apariencias me habían engañado, y que no había tenido en cuenta las peculiares circunstancias locales que, o bien impedían la puesta en práctica del sistema que yo en teoría habría recomendado, o bien aconsejaban emplear otro que resultaba más ventajoso en esas circunstancias concretas.

Por lo tanto, yo no me opongo a la innovación teórica en general. Lo único que pido humildemente es que no se la ponga por encima de las sugerencias que proceden de una muy larga experiencia. Yo desearía que antes de demoler las instituciones antiguas se sintiera y se reconociera la necesidad de hacerlo; que se demostrara la *evidente utilidad* de cualquier alteración antes de adoptarla por pura especulación. Someto nuestro antiguo sistema al machete de podar de la Legislatura, pero no quisiera ver a nuestros reformadores esgrimir un arma que, como la espada de Jack el matagigantes, *corta antes de tiempo*.

Siempre hay que tener presente que en los asuntos humanos el mejor resultado imaginable casi nunca se puede obtener, y que es de sabios contentarnos con el mejor resultado que podamos alcanzar. Este principio habla con la voz del trueno en contra de intentar la innovación violenta, en virtud de una posible mejora, allí donde las cosas ya funcionan bien. No deberíamos desear

⁴⁵ Después de la Restauración (1660) hubo muchos intentos de evitar la diversidad religiosa e imponer la “conformidad”. No sólo los católicos fueron reprimidos, sino también los disidentes de la Iglesia de Inglaterra (puritanos y otros). En 1763 una ley impidió ocupar cargos a estos “no conformistas”.

un pan mejor que el que se hace de trigo. Nuestro proverbio escocés nos advierte que *dejemos en paz lo que está bien*,⁴⁶ y el mundo entero ha oído hablar del intraducible epitafio italiano dedicado al hombre que murió por tomar medicina para ponerse mejor, cuando ya gozaba de buena salud.

Quedo, Señor director,
Suyo afmo.

MALACHI MALAGROWTHER.

POSDATA

Desde que redacté estos pensamientos apresurados, he oído decir que nos van a ampliar el precario aplazamiento, y que los seis meses se van a convertir en seis años. No quisiera que Escocia se confiase por esta huera tregua. La medida, como todas, se debería promover a causa de sus méritos, y ser aceptada o rechazada francamente; se ha suscitado este asunto, y se debe decidir sobre él. Exijo a mis compatriotas que no se dejen caer en la inactividad apaciguados por esta contemporalizadora y poco viril vacilación. El Gobierno no se compromete a nada si toma una decisión clara, porque si el Proyecto de Ley, en la medida en que es aplicable a Escocia, se abandona completamente, no podrá haber ninguna objeción a que lo vuelvan a proponer en cualquier momento en el que, debido a unas circunstancias distintas, pueda resultar beneficioso para Escocia, y, quién sabe, tal vez ser acogido como una bendición.

Pero si este proyecto se mantiene sobre nuestras cabezas como una medida amenazadora, que se llevará a cabo cumplido un cierto plazo, ¿qué se logrará con ello si no es lisiar y en última instancia destruir el sistema actual, contra el cual un ataque directo no parece eficaz en este momento? ¿Acaso los banqueros van a poder seguir ejerciendo su profesión sobre la misma base de confianza, teniendo en perspectiva la abrogación de ese sistema? ¿No tendrá esa profesión que dejar de ser lo que ha sido hasta ahora, es decir, un negocio que se lleva a cabo tanto para beneficio propio como para el progreso del país? En lugar de invertir su capital en los canales habituales, ¿no tendrán que emplearlo en crear otros, en defensa propia? Los ricos y solventes, ¿no retirarán sus fondos de esa clase de negocios? ¿Y no ocurrirá que el lugar de éstos se vea ocupado por hombres temerarios y aventureros, carentes del capital necesario, dispuestos a arriesgarse a hacerse ricos o arruinarse en los lances del juego?

⁴⁶ “Let weel bide”, en dialecto escocés.

Si existe la absoluta e irrevocable determinación de que el proyecto nos alcance a los escoceses, entonces cuanto antes se nos inflija el gran castigo, mejor, porque en la política y en el comercio, así como en todos los otros aspectos de la vida, el mal absoluto y cierto es preferible a la incertidumbre y la ansiedad prolongadas.

SEGUNDA CARTA

AL DIRECTOR DE

THE EDINBURGH WEEKLY JOURNAL

SOBRE

**EL CAMBIO PROPUESTO PARA NUESTRO
SISTEMA MONETARIO**

Estimado Sr. Director:

Debo confesar que la última vez que le escribí lo hice con los sentimientos de quien cumple con un penoso deber tan sólo porque cree que lo es, sin mucha esperanza de que su empeño resulte útil. Swift dice que los reinos pueden sufrir de pobreza y bajeza de corazón del mismo modo que los individuos, y que en esos momentos pueden llegar a despreocuparse de sus propios intereses y contraer hábitos de sumisión que animan a quienes quieren aprovecharse de ellos a intentar imponerles las pretensiones más irrazonables. Fue en el momento en que Esaú regresaba de la cosecha, débil y casi al borde de la muerte, cuando Jacob le propuso el exorbitante negocio del plato de lentejas.¹ Bajo esa transacción bíblica yace un profundo y típico misterio, pero, si lo tomamos como un simple hecho, la imbecil docilidad del heredero soslayado viene a agravar el egoísmo insensible del astuto hermano, que lo timó. La “hija de puta apoplejía”² que aqueja a Escocia tal vez sea un caso de empa-cho más que de agotamiento, pero produce los mismos efectos de desánimo.

Sin embargo, sea cual sea el tipo de sueño profundo y pasivo al que haya podido ser inducido nuestro país natal debido a sus hábitos de aquiescencia pacífica, el Gobierno ha encontrado ahora el modo de despertarlo. El bisturí ha penetrado hasta lo más profundo, y el paciente comatoso se des-

¹ Véase el capítulo 25 del *Génesis* en el Antiguo Testamento.

² Palabras de Falstaff en *La segunda parte de Enrique IV* (1,2) de Shakespeare.

pierta en posesión agudísima de sus sentidos y de su intelecto. El brezo está ardiendo por todas partes, y en este país todos –hombres, mujeres y niños– están obligados, por el deber que tienen para con su patria, a extender la alarma y aumentar el incendio.

_____Jam proximus ardet
Ucalegon_____³

La ciudad de Edimburgo ha hablado con voz digna de su antiguo título de Reina del Norte. Las instituciones jurídicas y las personas principales de Edimburgo y su condado, Mid-Lothian, han dado ejemplo elevando peticiones al Gobierno, y proclamando lo que opinan sobre la medida propuesta. Este ejemplo se ha seguido en otros condados, y pronto espero verlo extenderse hasta las más pequeñas aldeas y los distritos más agrestes de Escocia. No hay nadie a quien no le haya de alcanzar la miseria que nos espera; no hay escoceses tan humildes que no participen del insulto nacional, de tan baja condición que no sufran por una injuria nacional. No hay ninguno que no tenga interés en mantener nuestros derechos, como individuos y como pueblo, y quiero creer que no hay ninguno que no tenga el suficiente espíritu para hacerlo, por todos los medios legales y pacíficos.

Le felicito, señor periodista, por el espíritu que se ha despertado en nuestros representantes en ambas cámaras del Parlamento. Nuestro leal duque de Athole, y Lord Lauderdale, cuya agudeza y capacidad de pensamiento y razonamiento se pueden comparar, sin desdoro, con las de cualquier estadista vivo, han dado un ejemplo que no se debe olvidar, y sabemos que la escasa proporción de la aristocracia que le quedó a Escocia al producirse la Unión alberga los mismos sentimientos patrióticos. Tenemos la misma seguridad sobre la fidelidad de nuestros representantes en la Cámara de los Comunes, y ellos a su vez pueden estar seguros de que no servirán a un público desagradecido. Escocia espera de ellos los esfuerzos que corresponden a la gran confianza que en ellos ha sido depositada, confianza de la que tendrán que rendir cuentas ante sus electores, y en un plazo muy breve. Que todos los cuerpos de electores, desde Dumfries hasta Dingwall, den a conocer sus opiniones a sus representantes, y les hagan saber cuál es la conducta que esperan de ellos durante esta gran crisis nacional. Y que el Gobierno tome nota de que, si algunos de nuestros miembros electos abandonan la causa pública en esta ocasión, no es fácil que vuelva contar con el beneficio del apoyo de estas personas en el próximo Parlamento. Lo que les dijo Burns en broma son palabras que hoy podemos decirles totalmente en serio a los representantes escoceses:

¿Algún gran hombre se enfurruña y queja?
Hablad ahora, y no os reconcomáis.
Que floten o se hundan cargos y pensiones

³ “Ya arde cerca Ucalegón”. Ucalegón fue un troyano cuya casa fue incendiada al ser tomada la ciudad de Troya, según Virgilio (*Eneida*, II, 312).

con quienes los conceden;
si no pueden ganarse honradamente,
mejor pasar sin ellos.⁴

Me han indicado algunos amigos cautelosos, que el momento para elevar protestas como las que yo recomiendo tan encarecidamente a nuestros representantes escoceses podría ser ahora menos favorable que antes; tan desfavorable, que presentan el caso como caso perdido. Aun admitiendo todo lo que yo decía en mi primera epístola, estos hombres *prudentes*⁵ no ven otro recurso que el acatamiento más sumiso a los mandatos de aquéllos en cuyo seno, dicen, se aloja ahora el poder omnímodo para decidir escuchar a la razón, a la justicia, incluso a la compasión, o para preferir ejercitar su propia voluntad en lugar de atender a los dictados de todas ellas.

—Los derechos de primogenitura —prosiguen estos consoladores de Job—, te los van a quitar en cualquier caso por superioridad numérica. Entrégales, por tanto, graciosamente, y da gracias a Dios si te dan un plato de lentejas a cambio; todo eso habrás ganado.⁶

Estas personas pusilánimes explican el estado de total insignificancia en el que, según ellas, hemos caído, remitiéndose a la unión con Irlanda, que ha añadido cien miembros más al Parlamento;⁷ de modo que el puñado que le corresponde a Escocia (que nunca tuvo mucha influencia en la Cámara Baja, por lo que a números se refiere) ahora perderá valor por contraposición a las mayorías de un Ministro categórico que, como el “implacable Macdonwald,” recibe refuerzos de la isla occidental.⁸

No hace falta mucha aritmética para calcular que el número fatídico, cuarenta y cinco,⁹ resulta menor en relación con seiscientos trece que con quinientos trece, que era el número de representantes en la Cámara de los Comunes tras la unión de Escocia con Inglaterra. Y sin embargo, señor director, yo no me siento totalmente descorazonado ante esta inquietante perspectiva. Creo que puedo ver algún medio de alivio que surge de las propias dificultades del caso. Examinemos el asunto con más detalle.

En primer lugar, voy a considerar lo que podemos hacer mediante nuestra representación escocesa actual, es decir, con nuestras propias fuerzas.

⁴ Es de un poema de Robert Burns, *The Author's Earnest Cry and Prayer* (1786) dirigido a los representantes escoceses en la Cámara de los Comunes.

⁵ Scott usa el escocesismo *douce*, en cursiva. Es un préstamo del francés que no se da en el inglés del sur.

⁶ *Job* en el texto, a pesar de que la alusión, como la anterior, es a la historia bíblica de Jacob y Esaú.

⁷ En 1801 se firmó el Tratado de Unión con Irlanda, creándose el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda. La Unión con Escocia (1707) había creado el Reino Unido de Gran Bretaña.

⁸ Referencia a *Macbeth* (1,2) de Shakespeare, donde se hace alusión a tropas mercenarias de Irlanda.

⁹ Como ya se ha dicho, 45 eran los representantes escoceses, pero además “el 45” era la forma de referirse a la última rebelión jacobita, de 1745, en la que Escocia fue muy castigada por el ejército británico.

Después, intercambiaré algunas palabras amistosas con los representantes de Irlanda, porque es posible que en este caso los ingleses¹⁰ encuentren entre ellos menos seguidores incondicionales de los que temen mis agallinados consejeros. Finalmente, me dirigiré a los parlamentarios de Inglaterra, y especialmente a aquéllos que, en las grandes ocasiones, prefieren el ejercicio de su propio entendimiento antes que la sumisión absoluta y obsequiosa a los dictados de un gobierno, por mucho que respeten a los estadistas que lo componen, o estén de acuerdo con los principios generales que los impulsan.

Por lo que se refiere al primer punto, deseo recordarle que se deriva un efecto mucho mayor del esfuerzo decidido, conjuntado y simultáneo, llevado a cabo por una fuerza relativamente pequeña, que de los empeños de un cuerpo más numeroso que no se encuentre unido por los mismos fuertes lazos del deber y la necesidad. Las batallas a menudo se han ganado, y las medidas políticas a menudo se han sacado adelante, gracias a la decidida insistencia —o la no menos decidida resistencia— de un número relativamente insignificante de personas.

*Nos numerus sumus*¹¹ es un argumento lógico que entiende perfectamente un ministro inglés, y que siempre ha tenido un gran peso. Voy a poner un ejemplo grotesco de ello. Había un cierto anciano de la nobleza que, por medio de ciertas circunscripciones, enviaba a ciertos miembros al parlamento de Westminster, los cuales miembros, una vez allí, invariablemente sostenían las mismas opiniones que el noble lord, y votaban en la Cámara de los Comunes exactamente igual que su señoría en la de los Loes. Este gran hombre, que era el alma motriz de esa Santa Alianza, tuvo ocasión de pedir algún favor al Gobierno. Probablemente se trataba de algo muy poco razonable; en cualquier caso, le resultaba tan desagradable al primer ministro que, según me dicen, antes hubiera preferido la propuesta de dar plata a cambio de un billete de veinte chelines del Banco de Escocia.¹² El primer ministro le presentó excusas corteses; el lord, como respuesta, observó: *somos siete votos*. El primer ministro se calló, se aclaró la garganta, cambió de argumento. *Somos siete voces*, fue de nuevo la única respuesta. El otro gran hombre, normalmente adulado, se convirtió en adulator; luego suplicó; incluso amenazó. El lord seguía siendo tan inasequible, en su proposición numérica, como la dulce niñita campesina de ese poema que es casi pecado parodiar:

Dijera lo que fuera el ministro
El noble lord siempre decía lo mismo,
y era: *No, somos siete*.¹³

¹⁰ Scott usa la palabra *Sassenagh*, que en gaélico (tanto de Escocia como de Irlanda) se usa para nombrar a los ingleses (“sajones”).

¹¹ “Nosotros somos el número” (los suficientes).

¹² Es decir, una libra. La libra se dividía en 20 chelines, y cada chelín en 12 peniques, hasta la conversión al sistema decimal en 1971.

¹³ La alusión es al poema de Wordsworth “We are seven”, del libro *Lyrical Ballads* (1798).

Se separaron en estos términos. El ministro se retiró a descansar, y soñó que veía al pertinaz lord que avanzaba para tomar el Gabinete por asalto, después de haberse partido, como el gran Kehama,¹⁴ en siete subdivisiones de igual fuerza, y que, por medio de esa multiplicación, se lanzaba a esa audaz empresa por siete avenidas diferentes. La visión le resultó excesivamente horrible; y una nota “privada y confidencial” aseguró al noble lord que el número mágico Siete tenía tanto peso en Westminster como el que le atribuye el Dr. Slop en los misterios católicos.¹⁵ Y así los siete planetas continuaron girando regularmente dentro de la órbita política que les correspondía.

Esta es una prueba muy concluyente, señor mío, de que *vis unita fortior*,¹⁶ y contiene una buena lección para nuestros representantes en la presente ocasión. Resultaría verdaderamente extraño que ellos, en quienes su patria ha depositado su confianza, vacilaran a la hora de salvarla de la deshonra y la profunda aflicción —que pueden conducirla a la ruina (y esto lo demostraré más adelante)— cuando lo único que se necesita es que se muestren tan decididos e inflexibles, en un asunto que atañe al bienestar de un antiguo reino, como pertinaces se mostraron el viejo y egoísta lord comprador de circunscripciones y sus amigos políticos al perseguir algún miserable objetivo de lucro personal.

Así pues, los parlamentarios escoceses deberían unirse sin perder tiempo —ni un solo instante— en su condición nacional de Representantes de Escocia. Si el lugar de la cita fuera la taberna llamada *British Coffee House*,¹⁷ la hora las seis y media de la tarde, y los preliminares al trabajo consistieran en unas copas de clarete para unos cuantos brindis nacionales, mi opinión sobre el sentido de esa reunión no sería por eso menos favorable. La primera resolución que deberían tomar tendría que ser la de dejar de lado toda diferencia partidista que pueda interferir con el gran objetivo de este momento, que es detener un peligro tan evidente, tan general, tan inminente. Puede que al principio resulte bastante incómodo que un *whig* y un *tory*¹⁸ se acerquen uno a otro amablemente, pues el poco espíritu escocés que nos queda se ha desperdiciado tristemente en alimentar una controversia en la que siempre habremos de desempeñar un papel subordinado, y estas diferencias partidistas ya se han convertido entre nosotros en hábito hasta tal punto que no es fácil dejarlas de lado. En efecto, los pobres escoceses somos tan conscientes de que nuestras guerras civiles no son más que insignificantes y oscuros episodios en la gran refriega política, que casi siempre hemos intentado llamar la atención sobre ellas y

¹⁴ Alusión al poema de Robert Southey, *The Curse of Kehama* de 1810. Scott había publicado una reseña de este extenso poema de inspiración hindú en la revista *Quarterly Review* en 1811.

¹⁵ Alusión a un personaje de la novela *Tristram Shandy*, de Laurence Sterne, publicada entre 1760 y 1767.

¹⁶ “La fuerza unida es más fuerte”.

¹⁷ Las *Coffee Houses* eran lugares en donde se hacían reuniones políticas y de negocios. La famosa compañía Lloyd’s se fundó en una de ellas, y la Bolsa de Londres comenzó en otra.

¹⁸ Los dos grandes partidos de la época; liberales y conservadores.

hacer que parezcan importantes mediante la violencia personal y la vocinglera ferocidad con que las libramos. Nosotros, *whigs* y *tories* de Escocia, hemos desempeñado en nuestras peleas domésticas los respetables papeles de dos perros bulldog a los que les parece obligatorio rodar bajo la mesa mordiendo-se las orejas sólo porque sus amos comedores de rosbif se han citado para pelearse. Los cuadrúpedos se enzarzan en una lucha sin cuartel, pero nadie se fija en ellos hasta que la riña de los bípedos termina, ya sea porque alguien logre apaciguarlos o porque uno logre imponerse. Entonces los amos respectivos separan a patadas a los chuchos sangrantes y llenos de espumarajos. Nosotros representamos entre los *dramatis personae* el papel de *chusma a izquierda y derecha*, que aparece por el foro y arma una escaramuza allá al fondo, berreando para que al menos se oigan sus voces, ya que nadie va a prestar atención a lo que puedan decir con lenguaje articulado. Puede que usted mismo, señor periodista, haya servido de comparsa de esta clase para uno de los dos grandes partidos. Yo sí que lo he hecho, y me temo que a veces he ocasionado algún altercado, aunque generalmente me he esforzado en evitarlos, porque, como el buen caballero Jacques de Lalain, “*De feu bouler ne voulois-je etre consentant*”.¹⁹ De todos modos, por limitada que haya sido mi participación en esas refriegas, ya he vivido lo suficiente para arrepentirme amargamente de haber tenido lo más mínimo que ver con ellas, si es que cabe imaginar que las opiniones de un personaje tan mediocre como yo puedan haber añadido hiel al amargor que ha separado a unos escoceses de otros. Que acaben de una vez estos desatinos, y que no nos ocurra como a nuestros antepasados en Falkirk, y caigamos víctimas de las envidias entre nosotros, cuando los corazones, y las voces, y las manos deben estar unidos en contra del extranjero *enemigo*.²⁰ He estado a punto de borrar esa última palabra, pero dejémosla ahí, con esta explicación: que reconocemos que el propósito que guía a esta invasión de nuestros derechos es amable y amistoso. Pero como la medida no está respaldada por la justicia, se ha preparado sin respetar la fe a los tratados, y es contraria a nuestros privilegios nacionales, sólo podemos calificar este empeño de hostil. Cuando Enrique VIII de Inglaterra envió un poderoso ejército invasor para obligar a los escoceses a conceder la mano de su joven reina, María Estuardo, a su hijo Eduardo, un viejo noble escocés comentó con agudeza que a él podía parecerle bien la boda, pero lo que no podía soportar era el modo de cortejar. Nosotros también somos conscientes de la buena voluntad de Inglaterra, pero ocurre que no nos agrada el modo en que la está manifestando actualmente.

Los parlamentarios escoceses, si adoptasen una actitud conciliadora y depusieran sus disputas partidistas, o al menos las olvidaran por el momento, habrían decidido la suerte de su país mediante ese mismo acto. Y al brindar

¹⁹ Aproximadamente, “Yo no quería echar más leña al fuego”. Remite a la *Chronique de Jacques Lalain*, de Chastelain, del siglo XV, publicada en 1638.

²⁰ En la batalla de Falkirk (1297), los escoceses perdieron contra los ingleses porque algunos nobles escoceses, envidiosos de la fama que estaba adquiriendo William Wallace (líder de la resistencia escocesa contra la invasión de Eduardo I de Inglaterra) lo abandonaron en el campo de batalla.

por la concordia entre los escoceses de todas las opiniones políticas, habrían forjado con sus copas “una unión mejor que aquella sobre la cual ya han reinado cuatro reyes sucesivos ciñendo la corona británica.”

Así unidos, señor, su tarea resultará muy fácil. Que cada uno, con su estilo propio y el grado de talento que le haya sido concedido—desde el simple sentido común hasta la poderosa elocuencia—, presente ante el Gobierno las opiniones de sus votantes, y las de su propio corazón. Que quede perfectamente entendido que los representantes de Escocia hablan en nombre de su país, y están decididos, como un solo hombre, a que esta amenazadora y detestable medida sea abandonada, y no están dispuestos a participar en ningún asunto público hasta entonces. No puedo dejar de pensar que semejante protesta, en un caso que es de importancia vital para Escocia y de tan escasa trascendencia para Inglaterra, sería de por sí más que suficiente. Pero si no lo es, nuestros representantes deben mantenerse firmes. Yo recomendaría que, ante todas las indicaciones que se suelen hacer, del tenor de “se ruega encarecidamente su presencia en el debate de tal tarde puesto que se va a presentar tal y cual medida”, se diera la escueta respuesta “*Somos cuarenta y cinco*”; y que ninguno de los parlamentarios escoceses acudiera en semejantes ocasiones, a no ser aquéllos que se sientan libres en conciencia para votar en contra del Gobierno. ¿Será esperar demasiado de nuestros compatriotas, a quienes hemos encomendado de forma tan absoluta la salvaguarda de nuestros derechos y el deber de denunciar nuestros agravios? A ellos les preguntamos con el lenguaje del elocuente Lord Belhaven: “¿Es que el recuerdo del valor y la constancia de nuestros nobles antecesores no ha de reavivar a nuestros espíritus decaídos? ¿Es que las almas de nuestros valientes antepasados se han imbuido tanto del espíritu de la berza y la coliflor inglesas como para que nosotros tengamos la menor inclinación en ese sentido? ¿Acaso tenemos los ojos tan cegados, los oídos tan ensordecidos, los corazones tan endurecidos, las lenguas tan trabadas, las manos tan cargadas de grilletos como para que en estos nuestros días—oídme, compatriotas—, en los días que nos quedan de vida no nos importen ya las cosas que afectan al bienestar, más aún, a la simple existencia de nuestro antiguo Reino, antes de que dejemos de ver la luz del día?”²¹ Si entre ese grupo de escogidos hay un escocés de espíritu mezquino, que prefiera las órdenes del ministro a la voz unánime de su patria, que le implora que proteja a sus hijos, entonces que Inglaterra se quede con él. Semejante hombre está sordo no sólo a la voz del patriotismo, sino a la del interés propio. No puede tratarse de un terrateniente escocés, pues pone en peligro sus propias rentas; no puede ser un escocés dedicado al comercio, pues está minando su propio negocio; no puede tratarse de un profesional, pues sacrifica las leyes de su propio país; no puede ser un escocés de espíritu, puesto que traiciona el honor de Escocia. Dejemos pues que se vaya de entre nosotros: no es de los nuestros. Yo digo que se quede en Inglaterra, y que a ésta le aproveche tal residente. Que se quede con su título y su pensión, pues el perro se merece su collar

²¹ Son palabras del discurso llamado *La visión de Belhaven*, que pronunció en 1706, en la última sesión del Parlamento de Escocia antes de la Unión, John Hamilton, barón de Belhaven, que se oponía a ella.

y su hueso. Pero que no regrese a Escocia, porque su presencia puede resultarnos tan desagradable como a él ingrata nuestra acogida.

Huelga decir que lo que Escocia exige de sus representantes en la Cámara de los Comunes lo espera, con igual ardor y confianza, de esa pequeña pero honorable parte de la Cámara de los Lores cuyos títulos y honores proceden precisamente de la propia Escocia. Los antepasados de esos hombres han mandado sus ejércitos, acordado sus tratados, dirigido sus gobiernos; la han servido con el corazón y con las manos, con la espada y con la pluma. Mediante esos honorables méritos, se ganaron los títulos y distinciones que se han transmitido hasta la generación actual, y estamos convencidos de que ésta sabrá mantenerlos sin mancillar su honor. Un lord escocés se atreve a todo, salvo a aquello que sea deshonoroso, y ¿cómo cabe imaginar que uno solo de ellos vaya a abandonar a la Madre de la que proceden sus distinciones, en el preciso momento en que ella le pide su auxilio filial? Señor director, yo me comprometo a pintar tal cuadro de la aflicción que amenaza a este país que cualquier escocés, pero especialmente un escocés de sangre noble, tendrá que tomar opio y mandrágora si pretende conciliar el sueño después de haber contribuido a causarla. Si la voz pública, por las calles y caminos, no le gritara la vergüenza de su degeneración, los mismísimos objetos inanimados encontrarían el modo de reprochársela. Las piedras de su antiguo castillo hablarían, y los retratos de sus antepasados fruncirían el ceño y le lanzarían torvas miradas mientras vagaba por las salas solitarias, privado del apoyo de los poderosos y el homenaje de los vasallos. Mas en verdad que yo no temo esto. Una cierta indolencia —un poco de indiferencia— tal vez se haya extendido algo entre nuestros jóvenes aristócratas; es la moda y el defecto de nuestros días. Pero los clarines de guerra siempre han ahuyentado tales humores letárgicos, y la llamada de la patria común, esa invocación que Escocia envía ahora de una punta a otra de esta tierra, es un requerimiento aún más imperioso, y tengo la confianza de que responderán con la misma prontitud.

Se puede argumentar que la medida que me atrevo a recomendar a nuestros representantes escoceses, en el sentido de que grapen, por así decirlo, su Petición de Derechos a cualquier otra medida, y la conviertan, siempre que puedan, en un requisito *sine quo non*²² para tratar con el Gobierno, podría llegar a paralizar la administración del Imperio en general.

A esta objeción contesto, *en primer lugar*, que sólo recomiendo esta conducta como *ultimum remedium*, una vez que se haya recurrido a todos los otros medios, más suaves, para intentar lograr una reparación, y que éstos se hayan agotado sin ningún efecto. *En segundo lugar*, que en caso de necesidad no se podrá negar que el plan que propongo es un remedio parlamentario, y se corresponde con la conducta de otros patriotas en otras ocasiones, cuando consideraron que la magnitud del objetivo justificaba que hicieran los esfuerzos más vigorosos para alcanzarlo. *En tercer lugar*, sostengo que no resultará difícil demostrar que, sea cual fuere el perjuicio que se derive de un aplazamiento temporal de otros asuntos, siempre será infinitamente menor que el mal que ineluctablemente se producirá en caso de adoptarse esta odiosa me-

²² “*Sin el cual no se puede hacer nada*”.

dida. Y será un mal cuyos efectos no se limitarán a Escocia (pues ninguna de las partes componentes del Imperio puede padecer males tan locales que sus consecuencias no se extiendan a las demás), sino que también afectarán a Inglaterra e Irlanda. Cuando una extremidad del cuerpo humano se descoyunta o rompe, el cuerpo entero se resiente.

Pero volvamos a la opinión de mis prudentes amigos, que creían que al ser tan pequeño, en proporción, el número de representantes escoceses, comparado con el de ingleses e irlandeses, no se podía esperar ningún buen resultado de sus esfuerzos, por más unidos que estuvieran y más empeño que pusieran. Yo les contesto que su patria tiene derecho a esperar que ofrezcan resistencia en nombre de ella, no ya mientras quede una chispa de esperanza, sino incluso cuando esa última chispa se haya extinguido. No hay lugar para el pacto o la rendición. Nuestros estadistas de hoy tienen que ser como nuestros soldados del pasado, y deben luchar “hasta fundir la mano con la empuñadura; con corazón indómito luchar contra fortuna.” Si lo hacen así, no sólo se habrán comportado como hombres leales y dignos patriotas, sino que se habrán ganado un prestigio entre sus votantes que les permitirá actuar como mediadores útiles y, con ayuda de Dios, efectivos, en tiempos que —me temo— pueden resultar muy difíciles para el país.

Pero, además de esto, puedo decirles a mis timoratos amigos, como dice Hotspur cuando lee la cautelosa carta, “que es en este matorral, el peligro, donde cogemos esta flor, la seguridad”.²³ Ahora que el Parlamento Imperial está formado por todos los reinos de la Unión, no creo que éste sea tan proclive a formarse una idea apresurada y parcial de cualquier petición escocesa como lo podía ser antes, cuando teníamos que defender nuestras causas tan sólo ante el Parlamento de Gran Bretaña. Confío en que en ningún caso nos habrían tratado dura o injustamente, y pronto daré mis razones para creerlo; pero, si fuéramos a debatir esta cuestión a partir de la suposición poco generosa y casi calumniosa de que si no logran vencernos con argumentos corremos el riesgo de ser vencidos por la fuerza de los números, yo consideraría que la presencia del tercer reino en la discusión sería motivo de esperanza más que de miedo.

Entre Escocia e Inglaterra, señor Director, han existido, como usted bien sabe, antiguos motivos de contienda, que han permanecido adormilados durante los últimos cincuenta años. Pero últimamente, una cantidad de pequeñas agresiones, culminada por la zancada de siete leguas que ahora nos ocupa, ha venido a demostrar que quizá nuestros vecinos no los habían olvidado del todo, como habíamos llegado a pensar cándidamente, y que los ministros ingleses quizá no se mostrarían reacios ante la oportunidad de arrancarnos los colmillos, por mucho que nos hagan falta para alimentarnos, por si acaso en algún momento nos sintiéramos inclinados a hacer uso diferente de ellos. Esta línea de conducta de la que nos quejamos también se puede comparar con una conocida operación a la que se recurre para templar la fiereza de aquellos animales machos a los que se quiere domesticar para emplearlos en labores tediosas. El animal se vuelve gordo, paciente y lustroso, y en esa medida sale

²³ En *La primera parte de El rey Enrique IV* (II, 3) de Shakespeare.

beneficiado de la operación; pero si se le hubiera pedido su consentimiento previo, ¿qué habría dicho el pobre toro escocés?

Mi sagaz y afectuoso amigo Patrick, ¿qué te parecería esta receta para la domesticación, si emprendiera viaje hacia tu tierra? Tú tienes tus propias penas y tus propios motivos de queja. ¿Estás dispuesto a perder la posibilidad de expresarlos enérgicamente? Si es así, tan sólo tienes que unirme al Gobierno en este debate; lo único que has de hacer es mostrar qué poca consideración te merecen los artículos de un Tratado de Unión que no tiene mucho más de un siglo, y entonces te quedará tiempo para reflexionar tranquilamente sobre las consecuencias de haber dado ese ejemplo. En ese caso, cuando te llegue el turno (y estate seguro de que te llegará) ya habrás firmado tu propia sentencia. Le habrás proporcionado a Inglaterra el precedente fatal de la aniquilación de un solemne tratado de unión incorporativa, y les habrás dado a los representantes de Escocia razones vengativas para devolverte la injuria que con tu ayuda nos infligió Inglaterra. Por el contrario (ven para acá, Pat; ya ves que nadie nos escucha), ¿por qué no habríamos de entendernos tú y yo amistosamente, y ayudarnos el uno al otro, ya que somos las partes más débiles, frente a cualquier agresión que se pueda llevar a cabo contra cualquiera de los dos “en beneficio de la uniformidad?”. Nuestros reyes escoceses llamaron a tus antepasados “sus antiguos amigos de Irlanda”, y por mi parte, no me cabe duda de que Malachi, que llevó el collar de oro, tuvo que ser antepasado mío.²⁴ En vista de eso, ¿qué me dices de una alianza ofensiva y defensiva contra todas las medidas que tiendan a suprimir cualquier justo derecho que le pertenezca a cualquiera de los dos países, en virtud de los respectivos Tratados de Unión? Tú eres un erudito, Pat,

*“Tua res agitur, proxima cum paries ardet.”*²⁵

Entre tú y yo, Patrick, John Bull²⁶ desea, como es natural, acaparar algo más de lo que le corresponde en la conducción del gran tiro de seis caballos nacional. Quiere llevar cuatro riendas; y aunque hasta ahora te ha permitido tener un postillón propio, en algún ajuste económico te lo puede despedir si no andas bien despierto, y quedarse él solo con las riendas de los seis caballos. Las porciones de su antigua independencia que les han quedado reservadas a Escocia e Irlanda en sus respectivos Tratados de Unión son diferentes. Escocia retuvo sus antiguas leyes, e Irlanda una representación típica de su soberanía nacional. Pero ambos derechos se sostienen por el mismo principio, y si Irlanda sienta el precedente, al ayudar en una infracción flagrante del

²⁴ Hubo dos reyes cristianos de Irlanda con el nombre de Malachi. El primero reinó de 844 a 850. Malachi II, el último monarca absoluto de Irlanda, reinó de 954 a 978 y de nuevo de 1014 a 1023. No hay que olvidar que los escotos, celtas que colonizaron Escocia y sometieron a los pictos, procedían de Irlanda.

²⁵ “Cuando arde una pared colindante con tu propiedad, se trata de tu propiedad (es algo que te atañe)”.

²⁶ John Bull se usa para personificar a Inglaterra, al parecer a partir de una serie de folletos políticos, con el título *History of John Bull*, que publicó John Arbuthnot en 1712, abogando por que se pusiera fin a la guerra con Francia.

Tratado de Unión escocés; si ayuda a Inglaterra a destruir meramente por capricho –perdón, quiero decir meramente “en beneficio de la uniformidad”– hasta la más pequeña señal de independencia que nos queda; si tolera ese deseo evidente de destruir todos los privilegios particulares que corresponden a las distintas naciones de la Unión, para englobar toda la administración en comisiones que, reunidas en Londres y copadas por ingleses, se encargarán de dispensar el mecenazgo y dirigir el progreso de otra nación de la Unión, entonces Irlanda habrá acelerado su propia degradación –que ya no lamentaremos–. *Lo que nos ocurre hoy a nosotros, hermanos de Irlanda, os pasará a vosotros en cuanto gocéis de un poco de tranquilidad, cuando os pillen sesteando y estéis en disposición de que os practiquen sin riesgo la ceremonia antes mencionada. Quiero decir sin riesgo para el oficiante, pues el peligro para la propia criatura es lo de menos. ¡Veo que sólo de pensarlo echas mano a la shillelagh! Ya es suficiente; nos entendemos: seamos amigos. Patrick ayuda a Saunders hoy, y Saunders se lo devuelve a Patrick mañana, ¡o yo tiro mi cardo, quemó mi cruz de san Andrés y reniego de mi Patria!*²⁷

Pero, ¿qué digo de hoy o de mañana? La causa de Irlanda se está juzgando JUNTO A la de Escocia. En este mismo momento está en el banquillo de los acusados junto a su nación hermana, y la prohibición del sistema monetario que ha generado tanta fertilidad por toda Escocia, se extiende hasta abarcar a Irlanda en el preciso momento en que ésta se disponía a recurrir a ese sistema, por considerarlo adecuado para mejorar su rico suelo, y prometedor en cuanto a la extensión de los medios de cultivo, allí donde el cultivo es tan necesario y resultaría tan productivo. Estoy seguro de no equivocarme cuando digo que, en el transcurso del último verano, varias compañías bancarias escocesas estuvieron a punto de establecerse en distintas partes de Irlanda, y que se buscaba ávidamente a escoceses con experiencia, capaces de entender y dirigir tales establecimientos, para invitarlos a que acudieran en calidad de superintendentes. Sería muy presuntuoso por mi parte pronosticar que el sistema que ha tenido tanto éxito en Escocia puede resultar igual de adecuado para Irlanda. Pero es muy probable que tuviera éxito, siempre que no se esperase demasiado de él desde el primer momento, y que se empleara la discreción necesaria al poner límites a la emisión de billetes y a la concesión de créditos. En todo caso, fueran las que fueran esas probabilidades, se trataba al menos de un experimento que Irlanda aparentemente tenía todo el derecho a llevar a cabo, un experimento que presentaba expectativas razonables de beneficios; y si estaba dispuesta a emprenderlo bajo su propio riesgo, no se me ocurre nada más injusto que impedirlo, si no es la iniquidad aún mayor de prohibir en Escocia un sistema cuyos beneficios ya ha demostrado la experiencia de un siglo, periodo durante el cual siempre ha funcionado ventajosamente, y –sobre todo en los últimos cincuenta años– con el éxito más brillante.

Irlanda, por lo tanto, está obligada a intervenir en esta ocasión, no sólo por la posibilidad de verse, en un futuro no lejano, en la misma situación

²⁷ El cardo es la flor nacional de Escocia, y la cruz de san Andrés es la que figura en su bandera.

en la que ahora se encuentra Escocia, sino por el interés que tiene en la cuestión que ahora se dirime. No debe olvidar que Roma subyugaba a los estados libres de su entorno no tanto por la fuerza que poseía ella misma, sino por el hábil uso que hacía de aquéllos a quienes había convertido en sus herramientas bajo el nombre de auxiliares. Utilizaron a los bátavos en la conquista de Britania, y se llevaron a lo mejor de los britanos, arrancándolos de su tierra, para que les ayudaran a subyugar a los germanos. Pero no es fácil que semejante política, si es que se llegara a pensar en ella, engañe a las naciones de nuestra época, cuando a los estadistas se los juzga no tanto por el trato que dan a los países con menor capacidad de resistencia, sino por el que ofrecen a aquéllos a los cuales tal vez no resulte conveniente infligir los mismos términos injustos.

Irlanda puede leer su futuro destino en el de Escocia, como si fuera un espejo. ¿Sigue albergando algún deseo de imitar el sistema escocés? La medida prohibitoria que está a punto de aprobarse lo hace imposible. ¿Espera que aún la consulten ocasionalmente sobre el gobierno de sus propios asuntos? Ya puede olvidarse para siempre de esa halagüeña esperanza, a no ser que haga causa común con su hermana Escocia, en donde todo ser humano está rogando e implorando que se le conceda ese privilegio, el más querido de un país libre. Finalmente, crucemos unas palabras de explicación con la propia Inglaterra.

Y antes de nada quiero decir que, aunque la urgente necesidad del caso requiere que éste se presente de todas las formas posibles que puedan imaginar sus abogados; aunque yo le insisto a Escocia en la necesidad de ser persistentes, constantes y unánimes; aunque le muestro a Irlanda el profundo interés que debe sentir también por el asunto que nos ocupa, sin embargo es a la propia Inglaterra, y a sus representantes en el Parlamento, a quienes dirijo mi apelación más inmediata, y —espero— no menos efectiva, arrogándome, por indigno de ello que sea, la tarea, tal vez ingrata, de hablar en nombre de mi país.

El lema que acompañaba a mi epístola cuando se publicó por primera vez pudo parecer un tanto belicoso, pero, al emplearlo, tan sólo recurrí a la llamada que mis compatriotas han estado más acostumbrados a obedecer.²⁸ Saunders, sépanlo sus señorías, lleva tanto tiempo acostumbrado a no mostrarse erguido en presencia de ustedes, que si quiero que se comporte como un hombre (como sir Lucius O'Trigger cuando apoyaba a Bob Acres)²⁹ de vez en cuando tengo que darle una palmada en el hombro y decirle algo sobre su *honor*. Pero eso no es una señal hostil hacia ustedes. Tambores y cornetas

²⁸ (Nota de Scott). Era la siguiente estrofa de una vieja canción:

Cuando empiezan a tocar las gaitas
tutti taittu al son del tambor,
sacad las espadas y los rifles también,
¡y a por los bribones otra vez!

La he omitido en esta edición, pues según algunos amigos prudentes se podría interpretar mal.

²⁹ Referencia a dos personajes de la obra *The Rivals* de Richard B. Sheridan, estrenada en 1775.

también llaman “a las armas” cuando se moviliza a los soldados para fines pacíficos. La última vez que la Cruz de Fuego corrió por las Tierras Altas (fue en territorio del clan Grant), se llamó a los hombres del clan no a luchar contra un enemigo, sino a detener el avance de un pavoroso incendio que se había producido en el bosque.³⁰ Me dirijo a mis compatriotas con el lenguaje de muchos recuerdos, en la certidumbre de que no se irritarán más allá de los confines de la protesta constitucional y comedida, pero deseoso de despertar en ellos, por cualquier medio que me sea posible, el sentido del peligro nacional en que se encuentran.

Inglaterra... si a mí me cupiera dictar las formas, mi patria debería dirigirse a ella empleando casi las mismas palabras que su propio poeta, Mason, aunque las tengo un tanto alteradas, me temo, en mi recuerdo:

Hermana, Escocia no empleará contigo
hechizo más potente que el que se halla
en las notas de dulce Persuasión
mezclado con los lazos de *Armonía*.³¹

Así pues, compatriotas míos, concedamos la interpretación más benévola a los motivos que impulsan a los ministros y sus amigos en esta ocasión. No debería sorprendernos el que los estadistas ingleses, y los ingleses en general, no sean plenamente conscientes del alcance de los privilegios escoceses, o que no recuerden con tanta precisión como nosotros que tenemos un sistema de leyes propio, garantizado por unos tratados. Estas peculiaridades no han sido sometidas a su consideración y memoria por ninguna cuestión que se haya suscitado últimamente. A medida que una generación crece, y otra va muriendo, los recuerdos que atesora la parte más débil de un tratado nacional naturalmente van siendo olvidados por la más fuerte, y se empiezan a ver, quizá, como se contempla un antiguo hito de piedra, medio hundido en el suelo, cubierto por el musgo, que no requiere ninguna atención hasta que se apela a él como prueba de un límite de propiedad. Barreras tan anticuadas no están calculadas para detener inmediatamente el avance de estadistas en pos de un objetivo favorito, del mismo modo que, cuando se encuentra en la soledad del monte un mojón como el que acabó de describir, éste no suele refrenar el ímpetu de un extraño que, sobre el páramo, persigue la caza de cerca y ávidamente. Pero si explicamos al ardiente cazador del sur que está allanando la propiedad ajena; si convencemos al estadista inglés de que no puede obtener su objetivo favorito sin infringir derechos nacionales, entonces, según la idea que yo tengo del honor y la buena fe de los ingleses, el primero retirará sus

³⁰ La Cruz de Fuego era la manera de llamar a las gentes de un clan a la batalla. Dos corredores salían en distintas direcciones, cada uno llevando una cruz en llamas, e iban gritando y avisando a los demás. Cuando el portador no podía más, le pasaba el relevo a otro. Las tristemente famosas cruces de fuego del Ku Kux Klan están inspiradas en éstas.

³¹ Parece hacer alusión a un poema del poeta y clérigo inglés William Mason (1724-97), que se hizo amigo, admirador e imitador del poeta Thomas Gray (1716-71) en Cambridge.

pies de la propiedad privada con tanta rapidez como si hubiera pisado cal viva, y el otro moderará sus puntos de vista sobre el bien público, y una vez moderados los restringirá a los límites que prescribe la fe pública. En ninguno de los dos casos se olvidarán de los preceptos reiterados tan a menudo en las Escrituras, enmarcados allí con solemne anatema, y aceptados como jurisprudencia pública por las leyes de todos los países civilizados: “No traspases el término antiguo; ni entres en la heredad de los huérfanos.”³² El elevado y viril sentido de la justicia que ha distinguido honorablemente a la nación inglesa por todo el mundo no se degradará a sí mismo, estoy seguro, mediante la agresión a un pueblo que no es, ciertamente, incapaz de defenderse, pero que, aunque no teme la desigualdad, y no atiende a las amenazas, sin embargo está dispuesto a someterse incluso al agravio antes que arriesgarse a sufrir las fatales consecuencias que se pueden derivar de una defensa obstinada, *via facti*,³³ de sus justos derechos. Que el sentido de la justicia y del honor de los ingleses sea nuestro juez; sin duda sería muy duro ponernos en una situación en la que tan sólo nuestra propia conciencia del perjuicio general que podría derivarse para el Imperio pusiera freno a los sentimientos que embargan a los hombres valientes, cuando se les llama a defender el honor nacional. Habría tan poca gallardía en una agresión de ese estilo como en arrestar a un prisionero que se encuentra en libertad condicional.

Con el fin principal de explicar más detalladamente a la nación inglesa las auténticas y profundas razones que tiene Escocia para combatir el actual designio del Gobierno, he emprendido la redacción de esta segunda carta.

Ya he dejado dicho en mi carta anterior que el sistema monetario que está a punto de abolirse se ha venido utilizando en Escocia desde hace unos ciento treinta años, con el mayor provecho para el país y sus habitantes. También he demostrado, apelando al Tratado de Unión, que no puede alterarse, a no ser que quede establecido previamente, de modo que convenza al Parlamento, que esa alteración es EVIDENTEMENTE VENTAJOSA *para los súbditos de Escocia*. En ningún momento se ha insinuado siquiera que hubiese ventaja alguna, evidente u oculta, en lo que a Escocia se refiere. Lo único que se ha dicho es que será ventajosa para Inglaterra, a cuyas medidas debe amoldarse Escocia, aunque ello se haga en contra del artículo que fue estipulado por nuestros comisionados, y al que accedieron los de Inglaterra, en el momento de redactar el Tratado de Unión. Por lo tanto, he ganado mi causa ante cualquier tribunal imparcial.

Pero, aun afirmando que ya he hecho lo suficiente para merecerme un veredicto, no tengo ninguna objeción a dar un paso más, y, asumiendo una carga que en justicia no se me podría imponer, la de ofrecer más pruebas, estoy dispuesto a explicar de modo general y popular la particular naturaleza de la moneda de papel en Escocia, y muy especialmente las precauciones y salvaguardas mediante las cuales está protegida contra malas consecuencias como las que se han dado en Inglaterra, producto de un sistema que tiene el

³² Proverbios, 23: 9-11. Se ofrece la traducción de la Biblia de Reina y Valera.

³³ “Por vía del hecho”.

mismo nombre, pero que en la práctica opera de modo muy diferente.

La gente de Escocia no está en absoluto expuesta —como se podría inferir a partir de una ojeada rápida a su sistema monetario— a que se aprovechen de ella, o a sufrir pérdidas debidas a las especulaciones toscas e imprudentes de cualquier hombre o asociación de hombres que, sin la experiencia ni el capital adecuados, decida entrar en un negocio bancario y emitir sus propios billetes.

Las compañías bancarias de Escocia que asumen la responsabilidad de emitir billetes, son, desde luego, independientes unas de las otras en la medida en que cada una de ellas contrata directamente con el público. Pero un cierto grado de correspondencia y acuerdo mutuo entre ellas resulta indispensable y, en ese sentido, se puede decir que todos los bancos y compañías bancarias de Escocia forman una república, y que la cuidadosa supervisión de toda la profesión abarca el control de la firmeza o la debilidad del sistema general en cada punto en particular, o, dicho de otro modo, la gestión de cada compañía individual.

Ninguna institución bancaria nueva se puede aventurar a emitir billetes al público hasta que se haya llegado al acuerdo pleno de que esos billetes serán aceptados como efectivo por parte de los otros bancos. Sin esta seguridad, jamás se produciría una emisión de billetes, ya que no podrían circular libre y generalmente. A los bancos ya establecidos no les interesa crearse rivales dentro de su propia profesión, y resulta directamente contrario a ese interés aceptar pagos en billetes de una compañía nueva sobre cuya solvencia existe la menor duda. Así pues, sólo permiten la circulación de aquellas nuevas emisiones sobre las que se ha obtenido información satisfactoria que indica que es seguro hacerlo. De esta manera, el público tiene la mejor garantía posible contra las especulaciones imprudentes y mal planeadas, y esa garantía procede de quienes no sólo están mejor informados sobre el asunto, sino que, al ser quienes más interés pueden tener en examinar cualquier proyecto nuevo de esta clase, son menos susceptibles de dejarse engañar y de mostrar una confianza imprudente, y tienen el poder de evitar desde el primer momento que se emprenda una aventura dudosa.

La circulación de una compañía bancaria escocesa, una vez establecida, no podría mantenerse ni una semana si no pudiera cumplir su compromiso con los bancos que reciben sus billetes, aceptándolos y abonando su valor o bien en billetes de esos otros bancos, recíprocamente, o en metálico. Así se impone un control, que actúa continuamente, y cada uno de los bancos de Escocia se ve obligado a presentar, dos veces por semana, una declaración sobre los billetes puestos en circulación, para que sea inspeccionada por este tribunal con ojos de Argos, en Edimburgo.³⁴ Una información fidedigna que indicase que había compañías bancarias que, lejos de allí, se estaban apartando de los caminos seguros y moderados del comercio, y embarcando su capital en especulaciones precarias, pronto arrastraría sobre ellas la sospecha de los intereses acaudalados en general, y ciertamente acabaría con su existencia antes

³⁴ En la mitología griega, Argos tenía muchos ojos (hasta cien, según algunas versiones).

de que pudiera llegar a causar daño al público.

Este importante sistema de control se desconoce en Inglaterra; es más, seguramente resultaría imposible implantarlo allí, ya que la metrópoli, que es naturalmente el punto de unión común, resulta casi inaccesible a los billetes de las compañías bancarias privadas. Al poner de manifiesto una circunstancia que no es conocida generalmente, quizá yo pueda ayudar a destruir algunos de los prejuicios que se han extendido hasta el sistema escocés, como si éste se hallara expuesto a los mismos inconvenientes que el de la nación hermana.

Los créditos en efectivo, como se les llama, son una característica principal de nuestro sistema bancario, y, por lo que sé, exclusiva de él.

La naturaleza de la transacción es de lo más sencillo posible. Una persona, ya sea un profesional ocupado en el comercio o la manufactura, o bien alguien cuya situación hace que le resulte conveniente poder disponer de dinero ocasionalmente, obtiene una póliza de crédito en una cuantía proporcional a sus fondos, ya sea poniendo su casa, tienda, o cualquier otro bien mueble como garantía, o presentándole al banco dos avales aceptables que puedan responder del balance que quede a favor de la compañía bancaria (si es que lo hay) cuando se cierre la cuenta. El beneficiario del crédito entonces puede retirar del banco las cantidades que pueda necesitar eventualmente, dentro de esos límites. Por otra parte, él va ingresando en el banco las cantidades que vaya recibiendo como ganancias de sus negocios, o procedentes de otras fuentes. El interés se calcula sobre los anticipos retirados del banco al cinco por ciento, y sobre los depósitos del cliente tan sólo al tres por ciento; y se hace balance de la cuenta dos veces al año. El interés varía según el tipo de referencia del mercado del dinero. Lo he indicado aquí teniendo presente el tipo de referencia, al que nunca sobrepasa ni puede sobrepasar.

Este acuerdo tan sencillo está tan extendido por Escocia, que no se inicia ninguna empresa de la más mínima entidad sin que se hayan reunido fondos suficientes mediante este sistema, de modo que se puedan soportar los gastos iniciales sin dificultades hasta que empiece a haber beneficios. Gracias a estos créditos, el mercader lleva a cabo su comercio, el agricultor saca adelante sus tierras, el profesional puede hacerse con los anticipos necesarios para su negocio, y el terrateniente mantiene su crédito, y puede cubrir sus gastos, mientras espera a cobrar, con retraso, sus rentas. Los comisarios que ejecutan obras públicas tienen acceso al mismo sistema. Casi todo aquél que no sea demasiado rico como para necesitar un anticipo de vez en cuando (algo muy raro en Escocia) o demasiado pobre para conseguir crédito, obtiene fondos y actúa gracias a una póliza de crédito de este tipo, funcionando así una especie de sistema fluctuante de préstamo. Gracias a ello, el cliente toma prestados del banco los anticipos que necesita, en las cantidades y en los momentos en que le son necesarios, mientras que, de no existir este sistema de acomodo mutuo, el préstamo se tendría que pedir como una cantidad única, y habría que devolverlo de una sola vez, aunque en algunas ocasiones eso pudiera suponer pedir más dinero del inmediatamente necesario, y en otras, pudiera resultar inconveniente devolver toda la cantidad de golpe.

Suponiendo que el dinero ingresado sea superior al crédito concedi-

do, el cliente pasa a ser acreedor del banquero por el balance que se le debe, y recibe por ello un interés estipulado, a la vez que ese dinero está a su inmediata disposición, como si se tratara de una cuenta de ahorros normal. No hay duda de que este sistema, como todo lo terrenal, está expuesto a que se abuse de él. Pero la prosperidad general del país, basada casi exclusivamente en este acuerdo entre quienes comercian con el capital y quienes necesitan utilizarlo, ha demostrado que el abuso parcial no guarda la más mínima proporción con el beneficio universal. El sistema ha sido, en su aplicación práctica, “*dos veces bendito*”, como dice Shakespeare de la clemencia.³⁵ Ha favorecido tanto a quien presta como a quien toma prestado, y así como el titular del crédito ha podido obtener riqueza a partir de proyectos que no podría haber ejecutado sin esa ayuda, el incremento de los fondos del banquero, y el aumento de su capacidad para servir al país, y ayudar, en casos similares, al avance del progreso general, incrementan la suma de la riqueza nacional.

También se debe observar que la conexión íntima entre los banqueros que conceden, y los respetables particulares que reciben créditos en efectivo, que van de las cien a las mil libras o más, tiende en gran medida a dar seguridad a los primeros. Esos clientes, de los cuales cada banco próspero tiene muchos, son quienes principalmente están en posesión y disponen de sus billetes; y, al estar unidos a los bancos que les han suministrado el crédito por el vínculo del beneficio mutuo, tienen tanto el interés como la credibilidad necesarios para calmar cualquier alarma poco razonable, y asegurar a la compañía contra lo que se conoce como pánico bancario, una circunstancia a la que los bancos escoceses nunca se han visto expuestos materialmente, y que está muy poco en consonancia con el carácter de nuestra gente.

Estos hechos indiscutibles sirven, por lo que a Escocia se refiere, para refutar de forma definitiva un argumento que se ha esgrimido para sostener que hay que suprimir la emisión de billetes pequeños. Se ha alegado que esas emisiones suelen estar, en su mayor parte, en manos de las clases inferiores, y que éstas son muy propensas a dejarse agitar por los rumores, de modo que se convierten en la causa de los pánicos bancarios a los que me refería antes, de la misma manera que hay personas que mueren aplastadas en una aglomeración, cuando los que tienen alrededor caen presas del terror por alguna causa, muy probablemente vana. Se diría que el privar a los hombres de una rama lucrativa de su profesión tan sólo porque, en ciertas circunstancias, puede llegar a ser peligrosa para su estabilidad, se parece mucho a la receta de Sheepface, en la farsa, que mata las ovejas de su amo para evitar que mueran.³⁶ Pero en Escocia no hay ni el más leve asomo de la enfermedad que justifique el anticiparse a ella de forma tan desesperada, pues los temidos pánicos bancarios, con retiradas masivas en metálico por parte de quienes poseen billetes pequeños, jamás han sucedido en los bancos escoceses y, por las razones señaladas, no es fácil que sucedan. Pero aun en caso de que así fuera, la intervención de los clientes del banco, que son partes tan interesadas,

³⁵ En *El mercader de Venecia*, acto 4, escena 1, Porcia a Shylock: “la clemencia...es dos veces bendita”.

³⁶ Se refiere a una comedia de Clunn Lewis, *The Village Lawyer*.

detendría semejante movimiento de precipitación del mismo modo que una fuerza policial fuerte y bien organizada lograría contener la fatal agitación de una turba, antes de que se pisotearan unos a otros hasta matarse.

El principio general que impulsa la concesión de estos créditos es uno que, al menos en un país pobre, y entre comerciantes pobres, resulta muy deseable. Proporciona al agricultor, al comerciante, o al terrateniente un modo conveniente y equitativo de conseguir un fondo de crédito para llevar a cabo sus empresas poniendo como garantía sus propiedades. Se asemeja, en cuanto al principio, aunque con unas bases mucho más equitativas y generosas, a la pignoración de bienes muebles, que ofrece facilidades sin las cuales las pequeñas pero indispensables relaciones del tráfico comercial no se podrían llevar a cabo. Con toda humildad, permítasenos formular una comparación que bien podría hacer hervir nuestro orgullo. En Londres, y en otras grandes ciudades, las mujeres del mercado, y otras personas de ese estilo, consiguen pequeños créditos de forma habitual y repetida empeñando sus pequeños artículos de valor, ya sean ornamentos, ropas u otras cosas parecidas. De ese modo pueden mantener a flote su comercio, hasta que el sábado les llegan sus ganancias semanales, y entonces se desempeñan los adornos, que quizá se lucen el domingo, y se los devuelve a *la lavanda* (como se dice popularmente) el lunes. Hace ya muchos años que algunas personas benévolas y bienintencionadas, al conocer esta práctica, quedaron impresionadas y escandalizadas cuando se enteraron de lo elevado de los intereses que se les exigían a estas pobres gentes, e hicieron o propusieron una ley que prohibiera este tipo de préstamos. Señor periodista: la carga de miseria general que iba a producirse como resultado de la bienintencionada intervención de la legislatura era tan evidente y tan alarmante, que o bien se abandonó el proyecto antes de aprobarlo, o la ley fue abrogada inmediatamente; no recuerdo bien cuál de las dos cosas sucedió.

*Paullo majora.*³⁷ El principio es, efectivamente, el mismo según el cual, para recuperar el crédito público, el mismísimo Banco de Inglaterra está a punto de adelantar tres millones de libras con el aval de mercaderías.

De igual manera, en Escocia nos hemos acostumbrado a respaldar nuestro crédito del modo que se ha descrito antes, con el fin de poder disponer de un capital. Las ventajas que obtienen ambas partes están muy equitativamente equilibradas, pero aunque el sistema fuera tan inicuo como el del más codicioso de los prestamistas, el hábito y las costumbres han hecho que nos resulte absolutamente indispensable; y cuando a un país se le arranca a la fuerza una fuente de crédito general en la que ha confiado durante tanto tiempo, literalmente le estáis quitando la muleta al cojo, tan sólo porque, en vuestra opinión, no resulta elegante.

Después de todo, ¿no resulta justo que a nosotros, que somos la parte afectada, se nos permita tener un voto preponderante en este asunto? Si a la larga vamos a salir perdiendo por aferrarnos a un sistema antiguo y ya comprobado, no podremos culpar a nadie, y tendremos que sufrir por nuestra propia obstinación. Pero si Escocia se va a sumir en la miseria por haberle sido impuesto un sistema que es incapaz de mantener o llevar adelante, ¿quién

³⁷ “Un poco más importantes” (son los hechos que siguen).

responderá de los males que nos puedan afligir?

Gracias a los beneficios que obtienen por emitir sus billetes pequeños los banqueros pueden ofrecer los ventajosos anticipos que la costumbre ha convertido en indispensables para llevar a cabo casi cualquier tipo de negocio en Escocia. Y sobre todo, sin esos beneficios, los banqueros no podrían, como hasta ahora, seguir ofreciendo un tipo de interés sobre el dinero que se deposita en sus manos. Examinemos someramente algunas de las ventajas que supone esta peculiaridad del sistema.

La utilidad general de que el banquero pague interés sobre los depósitos es evidente. A un individuo le resulta mucho más conveniente recibir algún interés por su dinero disponible que dejarlo parado en su cajón. Que ese dinero se ponga en estado productivo, en lugar de permanecer como capital no productivo, tiene que resultar mucho más provechoso para el país. Esto no precisa comentario alguno.

Además, ello ha contribuido mucho a la disminución de la delincuencia y el crimen en Escocia. Ya nos hemos olvidado del periodo anterior al sistema bancario, pero no es difícil recordarlo. Sólo hay que mirar los antiguos periódicos y revistas de la época en la que la circulación monetaria se basaba sobre todo en el metálico, una fácil tentación para los rufianes. El asesinato de ganaderos y tratantes que regresaban de las ferias en las que habían vendido su ganado no era cosa infrecuente. Las mejores casas de labranza, y las casas señoriales de la pequeña nobleza, estaban defendidas con rejas en las ventanas de las plantas inferiores y superiores, como las de las prisiones. No obstante, estas moradas a menudo eran allanadas por bandas de audaces que querían adueñarse de los dineros que entonces tenía que atesorar el aparcerero para pagar la renta, y su arrendador para los gastos corrientes de la casa. Actualmente —*Cantabit vacuus*—³⁸ el arreador o ganadero lleva un recibo bancario por el precio de su ganado, metido en el viejo almanaque que le hace de monedero, y no teme que le roben, mientras que la casa de labranza, o la señorial, están seguras frente al ataque de los rufianes, que seguramente no hallarán allí metal más precioso que el del atizador y las tenazas de la chimenea.

Dejando aparte que el sistema actual tiende a evitar el crimen, paso a hablar de cómo contribuye a promover la industria y la virtud, y puedo afirmar con confianza que el grado de moralidad, sobriedad y frugalidad que generalmente se reconoce que existe en Escocia ha sido muy fomentado, aunque sin duda no producido en su totalidad, por el hecho de que los bancos paguen intereses sobre cantidades pequeñas, cosa que ya no podrán permitirse si se aprueba la actual medida prohibitoria. Consideremos el efecto de un cambio tan violento tan sólo con relación al orden inferior de impositores, los que ingresan en el banco cantidades de entre diez y cincuenta libras. El primer motivo para ahorrar entre los pequeños comerciantes, mecánicos, empleados agrícolas, sirvientes, y similares, es el placer de juntar un capital productivo, y, entre esa clase, el hábito del ahorro y la frugalidad son los cimientos de una sociedad sobria, bien regulada y útil. Todo granjero juicioso pone escrúpulos

³⁸ “Cantará en vano” (quien intente robar).

antes de depositar su total confianza en un sirviente o peón, hasta que se cerciora de que está en posesión de un capital de unas pocas libras depositado en algún banco de la vecindad. Una vez que ha conseguido eso, ese hombre se vuelve diez veces más constante y digno de confianza. Ha habido casos, que tengo por ciertos, en tiempos anteriores a estos bancos, en los que el amo, para lograr que este paso tan beneficioso en la vida de su dependiente se produjera lo antes posible, le adelantaba a un sirviente de probado carácter algún dinerillo para completar un depósito, cuando los ahorros de éste no llegaban a las diez libras, que es la cantidad mínima que aceptan los bancos. Y, dicho sea de paso, resulta difícil comprender cómo estas excelentes instituciones bancarias podrán continuar existiendo en Escocia, si el Banco de Inglaterra ya no concede esos intereses, pues nos encontramos a una distancia demasiado grande para poder beneficiarnos de los fondos públicos destinados a ese fin.

En cualquier caso, la supresión del pago de intereses por parte de los bancos, que vendrá unida a la abolición de la emisión de billetes pequeños, perjudicaría seriamente, si es que no la destruiría del todo, a la formación de esos hábitos virtuosos y frugales que son tan esenciales tanto para la clase social que es un poco más rica que aquella a la que atienden esos bancos, como para la clase inferior, a las que estas valiosas instituciones ofrecen estímulo y protección.

¿Qué ha de hacer un pobre campesino o pastor con sus veinte o treinta libras, las laboriosas ganancias de toda su vida, en las que confía, con la ayuda de Dios, para evitar que su viuda y su familia queden en manos de la caridad parroquial, si los banqueros ya no le pueden ofrecer algunos intereses a cambio de poder utilizarlas? ¿Dónde va a obtener alguna seguridad decente para su pequeño capital? O bien le estafará algún abogaducho sin escrúpulos, o le convencerán para que se lo entregue a algún familiar necesitado; en cualquier caso, no volverá a verlo jamás. Ya es bastante difícil, incluso hoy en día, que los amos que se interesan por el bienestar de sus sirvientes consigan que depositen sus ahorros de forma segura en el banco. Si se elimina este recurso, ¿dónde lo van a meter, con alguna garantía de seguridad? Creo que puedo adivinar cuál será el destino de ese dinero, amigo periodista. Los bancos le devolverán a la fuerza su depósito al pastor o al peón agrícola, justo en el momento en el que, de mala gana, tendrán que apremiar a su amo por el balance de su crédito, exigiéndole el pago antes de que sus bien calculadas aunque aún incompletas mejoras, emprendidas con la fe puesta en el crédito continuado, hayan llegado a ser productivas. El granjero, en la hora de la necesidad y el apremio, le pedirá prestado a su sirviente su pequeño capital; no podrá devolvérselo, y entonces, cuando los dos estén hasta el cuello en la miseria, podrán salir a mendigar juntos. Y lo harán “en beneficio de la uniformidad”.

Si llega alguna vez ese día de ajuste de cuentas, señor periodista, en el que los banqueros, apremiados para que devuelvan los depósitos que están en sus manos, se ven obligados a ser igual de rigurosos con aquéllos a quienes han adelantado dinero —ese horrible día en que los cientos de miles, qué digo, los millones, hasta entonces repartidos entre los bancos y el público se tengan

que reclamar de inmediato, y haya que cerrar las cuentas entre unos y otros—ese día será recordado en Escocia durante tanto tiempo como lo fue el Lunes Oscuro.³⁹

Pero ¿qué pueden hacer los banqueros? La profesión entera tendrá que sufrir un cambio universal, para que los descuentos y cualquier otro tipo de facilidades se restrinjan a límites lo más estrechos posible. Actualmente, los beneficios divididos entre la profesión, sobre quizá un millón y medio de billetes pequeños, les permiten adelantar dinero generosamente a los particulares sobre la base de cualquier aval razonable. Pero si de ahora en adelante la ocupación del banquero ha de consistir en proveerse de una gran abundancia de oro, y con ese fin emprender una lucha eterna, no para *conservar* (pues eso es imposible), sino para *restablecer* una proporción eternamente vacilante entre la circulación en metálico y las necesidades del país, seguramente esa carísima tarea, POR SÍ SOLA, ya será más que suficiente para su talento y sus fondos.

El perjuicio que se les causará a los banqueros, privándolos de una rama tan importante y tan lucrativa de su profesión, no se puede dejar de lado. Los ingleses tienen la costumbre, en otros casos, de poner especial cuidado antes de alterar un particular estado de cosas mediante el cual se haya dado un uso constante y productivo a la propiedad. Pero la medida que se propone habrá hecho todo lo posible para destruir los beneficios de la profesión si retira de la circulación un millón y medio de billetes. Se les priva precisamente de los billetes que viajan más lejos de casa, y que regresan más lentamente; es más, de aquéllos que, debido a distintas circunstancias, a veces ni siquiera regresan. Por lo tanto, es inútil decir que la profesión no resulta perjudicada cuando se va a ver limitada a emitir billetes de valor igual o superior a cinco libras. *Con el mismo razonamiento se podría argumentar, en un caso de mutilación, que un hombre había quedado en plena posesión y uso de su mano, puesto que el acusado tan sólo le había cortado los cinco dedos.*

Por lo tanto, si la medida propuesta se pone en práctica, la profesión de banquero sufrirá enormemente; más aún, tendrá que dejar de existir en su forma actual. Como nación, no podemos permitirnos vernos privados de un medio tan honroso y tan rentable de situar a nuestros hijos en el mundo. No nos podemos permitir perder un recurso que ha sido, para muchas familias respetables y honorables un medio *ad reaedificandum antiquam domum*,⁴⁰ y que ha ofrecido a otros un modo eficaz de alcanzar, gracias a su laboriosidad generosa y eficiente, la posesión de riqueza, para beneficio tanto de ellos como de Escocia. De todo ello nos veremos privados si se aprueba la medida propuesta, y cuando vayamos a calcular lo que hayamos ganado al hacer el cambio de una circulación monetaria en papel a otra en metálico, me temo que nos encontraremos con un magnífico ejemplo del proverbio que dice que *el oro se puede comprar demasiado caro.*

Las sucursales establecidas por los bancos en localidades remotas de Escocia tendrán que ser clausuradas. Las centrales se esforzarían en vano por

³⁹ *Mirk Monday*, o Lunes Oscuro, el 8 de abril de 1652, cuando se produjo un eclipse de sol total, visible desde Escocia.

⁴⁰ “Para volver a edificar su antigua casa”.

intentar arrancar metálico de Londres e inyectarlo, a cualquier precio, en distritos más fértiles de Escocia, que, naturalmente, lo recibirían en pequeñas cantidades, y pagarían por ello un fuerte recargo. Pero por lo que se refiere a las regiones más remotas y estériles, como es el caso de las Tierras Altas o de las islas de Escocia, se producirá allí lo que sucede ahora en algunas zonas remotas de Irlanda, en las que apenas existe el metálico como moneda de cambio, y en las que, debido a la ausencia de ese representante del valor, o de papel moneda que lo sustituya, los hombres se ven obligados a regresar al primitivo sistema de trueque para todo. El campesino paga su renta en trabajo, y el pescador cobra en enseres. La miseria está generalizada; el crédito ha sido desterrado; y, a pesar de encontrarse rodeados de todas las dádivas de la naturaleza, dispuestas a recompensar la industria, los tendones de esa industria se ven partidos en dos, ¡y el hombre muere de hambre allí donde la Naturaleza ofrece en abundancia!

Gran Bretaña acabará siendo como la estatua del sueño de Beltsasar.⁴¹ Su cabeza, Londres, quizá sea de oro puro; las fértiles provincias de Inglaterra, como el pecho y los brazos, podrán ser de plata; la mitad sur de Escocia tal vez llegue a conseguir algo de bronce o cobre. Pero las provincias del norte quedarán sin valor alguno, como las piernas, que eran de hierro y barro. Qué fuerza sea la que vaya a obligar al oro a circular hasta esas baldías extremidades de la isla es algo que no puedo imaginar. Y, una vez que se consiga forzarlo a llegar hasta allí, me temo que su tendencia natural a regresar a la misma fuente de la que se emite hará que todos los esfuerzos por retenerlo sean tan arduos como el empeño de los hombres de Gotham, cuando intentaron cercar al cuco.⁴² Nuestros banqueros, o aquéllos que continúen en la profesión con ese mismo nombre, pero con ocupaciones y perspectivas muy diferentes, se verán condenados a la labor de Sísifo, ocupados eternamente en hacer subir un barril de oro rodando por un monte de la Tierras Altas, con riesgo de verse aplastados por él cuando prevalece la influencia de la gravedad y éste se precipita hacia ellos.⁴³

La señora Primrose, esposa del excelente vicario de Wakefield, ponía en práctica con su familia un sistema de metálico a un interés mucho más barato que el que va a poder pagar Escocia para conseguir el mismo objetivo.

—Yo les daba un chelín a cada una —dice el buen hombre, hablando

⁴¹ Remite a la historia bíblica de Daniel, llamado Beltsasar, quien interpretó el sueño del rey Nabucodonosor, que vio una estatua de oro, plata y hierro, con los pies de barro. (*Daniel*, II, 31-34).

⁴² Alusión a un cuento popular inglés, que aparece en una colección titulada *The Wise Men of Gotham*, o “Los sabios de Gotham” (pueblo de Nottinghamshire al que se le atribuyen historias de personajes locos o tontos). Se publicó anónimamente en 1540, y la historia del cuco es la más conocida: los hombres del pueblo, al oír un cuco cantando en un arbusto, decidieron rodearlo con una valla para retener así la primavera. El pájaro salió volando, y ellos se lamentaron: “si la hubiéramos hecho más alta, no se habría podido escapar.”

⁴³ En la mitología griega, Sísifo fue condenado por los dioses a empujar una enorme piedra montaña arriba; la piedra siempre volvía a bajar rodando, y tenía que recomenzar su tarea.

de sus hijas—, aunque por el honor de la familia se debe tener presente que jamás salieron sin dinero, pues mi esposa generosamente les dejaba llevar siempre una guinea a cada una, con instrucciones severas de *no cambiarla nunca*.⁴⁴

Nuestra situación no es tan favorable, señor periodista. Nos veremos obligados a desembolsar nuestra guinea cada mañana de nuestras vidas, y a comprar otra cada tarde, con un interés que irá aumentando, para pagar los gastos del día siguiente. Además, la señora Primrose era más razonable (con perdón por la expresión) que nuestros amigos ingleses; porque, aunque ponía en práctica el sistema del dinero en metálico dentro de su propia familia, no se nos dice que jamás intentase introducirlo en la de su vecino Flamborough.

No es mi intención entrar en la cuestión general de la diferencia entre la circulación del metálico y la del papel. Hablo de ambas relativamente, y tan sólo en la medida en que son aplicables a las necesidades y los deseos de Escocia. Pero tengo que decir que resulta extraño que, bajo un sistema liberal, cuya auténtica alma es la libertad de comercio, ¡se impongan severas restricciones a nuestra opción nacional, en lugar de dejarnos en libertad para adoptar la representación del valor, sea en oro o en papel, que más nos convenga!

Pero, volviendo a las remotas Tierras Altas y a las islas, señor periodista, no me hace falta decirle que están habitadas por una raza de hombres que, en palabras del Dr. Currie son “pacientes con el trabajo y pródigos con la vida”.⁴⁵ Para cubrir sus necesidades bastaría con la décima parte de la paga de un carbonero inglés, pero son, no obstante, criaturas humanas, y para vivir al menos tienen que comer algo. Son hombres, y merecen compasión humana; son cristianos, y merecen comprensión cristiana. Pero su condición de hombres y de cristianos no es todo lo que tienen que alegar frente al Gobierno y frente a Inglaterra. La miseria a la que se van a ver expuestos muy pronto se volverá contra todo el Estado de un modo un tanto imprevisto.

Esas regiones remotas y estériles han sido agraciadas por la Providencia con tesoros propios, sacados de las procelosas profundidades por sus robustos habitantes. Las industrias pesqueras de las lejanas Tierras Altas y de las islas, bajo la gerencia de un consejo administrador ilustrado, han logrado por fin lo que fue durante mucho tiempo el mayor anhelo de todos los patriotas británicos, y han desbancado a los holandeses, que han dejado de ser rivales en esta importante rama de la industria nacional. Las industrias pesqueras del norte exportan a nuestras colonias y al continente europeo, por encima del medio millón de libras al año, y dan empleo a un gran número de esforzados hombres de mar. El valor de tan rica fuente de prosperidad, tanto si consideramos el abastecimiento de nuestra marina como si pensamos en su efecto en nuestras manufacturas, resulta lo suficientemente obvio. Observe usted ahora, señor periodista, cómo se administran en la actualidad esas compañías pesqueras.

Las sucursales que esas detestables instituciones, los bancos escoceses, mantienen en lugares convenientes y céntricos en el norte de Escocia, suminis-

⁴⁴ Alude a la novela de Oliver Goldsmith *El vicario de Wakefield*, publicada en 1766.

⁴⁵ Alusión a un poeta del que Scott incluyó un poema en su antología *English Minstrelsy* de 1810.

tran a todos los numerosos y remotos lugares en donde hay industrias pesqueras los billetes pequeños y la moneda de plata para pagar el trabajo de los pescadores, y a su vez aceptan a los conserveros de pescado los billetes que reciben de sus consignatarios. Esto lo hacen a cambio de un beneficio moderado, que es el único principio sobre el cual la industria, la empresa y el capital privados pueden conducir al bienestar público. Los billetes pequeños que de este modo circulan en las zonas más remotas de Escocia regresan, desde luego, con el tiempo, a los bancos que los emitieron; pero el camino de su regreso es tan lento y tortuoso, que el interés que acumulan durante su ausencia reembolsa ampliamente al capitalista por las molestias y el riesgo que le supone suministrarlos. Pero que cualquiera que conozca el país, o quiera esforzarse en hacerse una idea de su pobreza y esterilidad, se imagine, si puede, las dificultades, los costes y los riesgos de llevar oro hasta lugares hacia los que jamás habría circulado de forma voluntaria, y desde donde, a no ser que quede escondido, acaparado por algún avaro (práctica que seguramente va a revivir con la circulación de dinero en metálico y la supresión del interés sobre los depósitos) regresará a Londres con la celeridad de una paloma mensajera.

La manufactura de productos a partir de las algas de *kelp* se lleva a cabo con gran intensidad por todas las costas de las Tierras Altas y las islas, y da de comer a cientos de hombres y a sus familias —de no ser por eso tendrían que emigrar o morir de hambre—.⁴⁶ Es la principal fuente de ingresos de muchos terratenientes de las Tierras Altas, y se encuentra en una situación parecida, si no idéntica, a la de las industrias pesqueras. Se lleva adelante básicamente gracias al mismo sistema monetario y, como en el caso de las compañías pesqueras, los banqueros suministran billetes pequeños para esos fines, obteniendo a cambio un beneficio razonable, y beneficiando enormemente al país y sus recursos productivos.

Regresando de nuevo al estado de miseria en que se encuentran los distritos aislados de Irlanda, tengo que preguntar una vez más: si estas cosas le ocurren al árbol verde, ¿qué le ocurrirá al árbol seco? Si la falta de circulación monetaria crea pobreza y miseria en la tierra relativamente fértil de Irlanda, ¿qué va a ser de esos desiertos baldíos, en los que incluso hoy es necesario el trabajo más duro que pueda soportar el cuerpo humano para poder arrancar el mínimo sustento con el que mantenerse en vida? Los habitantes de esas zonas son hoy personas sanas, emprendedoras y laboriosas, y su industria, que les proporciona los medios de subsistencia, es de gran beneficio para su país. Si se destruye el modo por el que obtienen el pago por su trabajo, incluso si tan sólo se interrumpe, el Estado se verá obligado a alimentar a muchos pobres ociosos, que antes fueron una floreciente raza de trabajadores, o bien tendrá que transportarlos a sus expensas hasta Canadá o Nueva Gales del Sur, y dejar totalmente baldía una tierra en la que muy pocos, salvo quienes están ligados a ella por el *Amor patriae* querrán vivir, incluso si aún quedan los medios para procurarse la subsistencia.

⁴⁶ De las grandes algas de *kelp* (*laminaria*) que abundan en las costas de Escocia, se extraía yodo, y diversas sales. Se utilizaban también para abono.

¿Acaso puede cualquier cosa que no sea DE LA MÁS ABSOLUTA NECESIDAD justificar un experimento que amenaza con dejar despoblada una parte del Imperio, y destruir el bienestar de miles de personas? ¿Cómo es posible que exista tal necesidad y que, a lo largo de los ciento treinta años que lleva funcionando este sistema, no haya habido ni el más mínimo indicio de que se sentía o al menos se intuía su existencia?

Destruid el conducto que ahora existe, y permitidme que pregunte una vez más: ¿qué bomba de presión, qué artilugio recién inventado, aunque fuera por el mismísimo Joseph Bramah⁴⁷ va a lograr impulsar el metálico hasta esas regiones inaccesibles? La dificultad de hacer que lleguen las cantidades necesarias se ve aumentada por el riesgo de transportar riqueza sin protección a través de zonas de gran pobreza. Yo sé que mis compatriotas son “medianamente buenos”, como dice Hamlet;⁴⁸ sin embargo, yo no le aconsejaría al genio que propugna el sistema de dinero en metálico que viajara por Escocia, por muy moral que sea esta tierra, del modo que lo hacía la bella peregrina, en la hermosa canción de Moore,⁴⁹ sólo para poner a prueba la integridad de los habitantes. Créame, la ausencia de la tentación no es mala guardiana de la virtud. Si hay que enviar convoyes de oro a través de solitarios parajes de montaña, me atrevo a predecir que los contrabandistas se convertirán en salteadores, y que nuestros novelistas no necesitarán volver al pasado en busca de personajes como John Gunn o Rob Roy Macgregor.⁵⁰

De lo que sí estoy seguro es de que si la mera autoridad de un decreto legislativo puede impulsar una cantidad suficiente de oro hacia esas zonas como para que sigan adelante la pesca y las manufacturas de *kelp*, puede hacer mucho más en favor de sus pobres pero resistentes habitantes. ¿Por qué van a ser tan cicateros nuestros estadistas, si su generosidad depende tan sólo de los decretos legislativos? ¿Por qué no aprobar un decreto mediante el cual se instituya que, puesto que la ropa que actualmente llevan los amantes súbditos de Su Majestad en Lewis, Uist, Harris, Eddrachilis, Cape Wrath y Loch Horrible⁵¹ es escasa, delgada e indecorosa, cada uno de los habitantes de esos distritos llevará en el futuro un traje bien cortado de seda negra, o de terciopelo? ¿Y por qué no decretar que, así como hasta ahora su única representación de la riqueza ha sido un papelucho escocés con las esquinas dobladas, en el futuro no podrá pretender salir de su cabaña sin tener, y llevar encima, la cantidad de al menos cinco soberanos de oro? Confeccionar esas ropas podría ser un

⁴⁷ Joseph Bramah (1784-1814), inventor inglés, uno de los más importantes de la Revolución Industrial, que ideó, entre otras cosas, la prensa hidráulica.

⁴⁸ Sobre sí mismo, a Ofelia (*Hamlet*, III, 1).

⁴⁹ Thomas Moore, de Dublín, poeta y músico, publicó sus *Melodías irlandesas* entre 1807 y 1835.

⁵⁰ El propio Scott había escrito su *Rob Roy* en 1817, basándose en la historia del bandolero de principios del s. XVIII.

⁵¹ Los tres primeros topónimos corresponden a las islas Hébridas. Cape Wrath, que está en la costa en el noroeste de las *Highlands*, se traduciría por “Cabo de la Ira” y, seguramente llevado por ese nombre, Scott añade, quizá como broma a los lectores ingleses, Loch Horrible.

modo de aliviar a los hambrientos tejedores de Spitalfields⁵², y no debería resultar difícil que las escoltas que acompañasen los cofres de metálico llevarsen también los trajes hasta allí.

No estará de más subrayar que este violento experimento que se va a llevar a cabo con nuestra circulación monetaria no lo ha solicitado nadie en Escocia (es más, nos ha sido impuesto contra el criterio de cuantos pueden presentar sus razones). Si sale mal, supondrá la más absoluta miseria, e incluso si sale bien, no presenta ninguna perspectiva buena. Pues bien, este experimento sólo se puede llevar a término con un gasto considerable para Inglaterra. Ella tendrá que acuñar al menos un millón y medio de libras en metálico; soportar las pérdidas por desgaste y deterioro; afrontar las eventualidades de accidentes y robos, y de que la moneda desaparezca de la circulación por hurto o acaparamiento. Además, tendrá que hacer el gasto de suministrar esa enorme cantidad de metales preciosos no para beneficio, sino más bien para la probable ruina de nuestro fiel país. Lo que se propone es prácticamente meternos el oro por el gaznate, con tan poco provecho para nosotros como lo fue cuando el precioso metal, derretido, fue vertido por la garganta de Ciro —o de Craso, ya no me acuerdo muy bien—.⁵³

Los estadistas ingleses han sido incapaces de presentar ningún argumento para apoyar esta medida que no sea el de la “uniformidad”. Según ese principio, si lo amplían un poco más, mañana podrían introducir la Ley de Insurrección irlandesa en Inglaterra, y pasado, alterar todo el derecho nacional de Escocia. Así pues, yo creo que ese argumento viene a demostrar bastante más de lo que pretende, y por lo tanto, no es argumento. Ante esta ausencia de motivos declarados, y una tremenda oscuridad en cuanto a las razones imaginables, las mentes de los hombres han albergado las más extravagantes fantasías para intentar explicar el celo con que se persigue la implantación de esta odiosa medida. Algunos, que pretenden que pueden ver más que otros en las profundidades de una rueda de molino, dicen que la verdadera razón es la de aplacar los celos del Banco de Inglaterra, evitando la posibilidad de que los billetes escoceses circulen en Inglaterra. No es difícil adivinar cuán perplejas deben de estar las gentes, en busca de algún indicio del posible motivo, cuando acaban inventándose semejantes patrañas. ¿Acaso resulta concebible que nuestros intereses más cercanos se pongan en peligro por semejante causa? Es muy cierto que en los condados de Inglaterra que lindan con Escocia, los posaderos, por cortesía, así como los arreadores de ganado y otros que hacen tratos en las ferias escocesas, aceptan de buen grado los billetes escoceses como pago. ¡Pero de ahí a pensar que unos billetes que nadie tiene la obligación de aceptar, y que los bancos ingleses se niegan a cambiar, puedan llegar a

⁵² Zona de Londres en donde se habían asentado muchos tejedores, refugiados protestantes franceses, cuando fue revocado el edicto de Nantes en 1685. Se hizo famosa por las ricas telas de seda y damasco y brocados que se tejían allí, pero en el siglo XIX esa industria textil artesanal había decaído frente a la mecanizada.

⁵³ Fue al rico prestamista romano Craso (114-53 a.C.) a quien mataron echándole oro fundido por la garganta.

circular hasta tal extremo que llegue a alarmar al Banco de Inglaterra hay un abismo! Vamos, señor mío, antes estoy dispuesto a creerme que en la época de las guerras anglo-escocesas la ciudad de Londres llamaba a las armas, sacaba las patrullas y reforzaba las murallas porque una banda de cuatrerros escoceses había cruzado y se había llevado un hato de ganado de Nortumbria. ¿En qué situación va a quedar la excelencia comparativa de la circulación en metálico que se va a implantar en Inglaterra, si existen temores de que no pueda tenérselas frente al denostado sistema de papel moneda escocés? En nombre de Dios, ¿es que tienen miedo de que la gente prefiera el papel al oro, calculando mal, como la madre de Hamlet, y abandonando las literalmente doradas praderas de Inglaterra para venir a cebarse en los páramos escoceses? Eso es como esa historia ridícula que se cuenta según la cual hay una norma, o al menos un acuerdo tácito, para que ningún escocés sea elegido director del Banco de Inglaterra, no vaya a ser que en el transcurso de unos pocos años nuestros compatriotas copen todos los puestos directivos. ¡Pero, señor director, si esas opiniones le recuerdan a uno la importancia que se le da a la Piedra del Destino que está en la Abadía de Westminster, de la que se dice que los escoceses reinarán allí donde se encuentre esa piedra!⁵⁴ No, señor director, no debemos tragarnos esos halagüeños cumplidos. ¡El Banco de Inglaterra celoso de la circulación parcial de unos pocos billetes escoceses en el norte de Inglaterra! Sería como suponer que el bendito sol se pone celoso porque nosotros producimos luz de gas.

Tan sólo unas observaciones generales sobre la reciente conducta de Inglaterra para con nosotros, y me despido.

Se puede percibir una diferencia muy considerable, en el espacio de los últimos veinticinco años, en el trato que dispensan los ingleses a aquellos escoceses que visitan la metrópoli como meras aves de paso, o bien se afincan allí como residentes. Los tiempos han cambiado mucho desde los días de “Wilkes y libertad” cuando la mera sospecha de que uno era de más al norte de la frontera del río Tweed ya era motivo de odio, desprecio y maledicencia.⁵⁵ La buena naturaleza y liberalidad de los ingleses parece haber provocado ahora una reacción en sus sentimientos hacia sus vecinos, como si quisieran expiar los prejuicios nacionales de sus padres. Todo escocés debe reconocer explícitamente y con gratitud que cualquier aspiración al mérito que hayan formulado con fundamento sus compatriotas desde hace más de veinte años, ya sea en la política, las artes, las armas, la distinción profesional o la literatura, ha sido admitida por los ingleses, no ya de buen grado, sino incluso con par-

⁵⁴ La piedra sobre la que se sentaban, en su coronación, los antiguos reyes de Escocia. Eduardo I de Inglaterra se la llevó a Londres cuando invadió Escocia a finales del siglo XIII, y allí permaneció durante siete siglos, hasta que fue devuelta a Escocia en 1996.

⁵⁵ El parlamentario John Wilkes se convirtió en símbolo de la libertad de expresión cuando en 1763 el gobierno de lord Bute le cerró el periódico que había fundado, *The North Briton* (*El británico del norte*, es decir, de Escocia), para contrarrestar la opinión de *The Briton*, periódico que apoyaba a Bute. Se hizo muy popular, y al grito de “Wilkes y libertad” hubo motines en 1768 a su regreso de Francia. Fue reelegido parlamentario tres veces, y llegó a ser alcalde de Londres.

cialidad. La réplica de Britania del Norte no puede ser otra que expresar buenos deseos y sincera amabilidad hacia su hermana del sur, y ofrecer una bienvenida acogedora a aquéllos de sus hijos cuya curiosidad les lleve a visitar Escocia. A esto se debe añadir el más sincero agradecimiento.

Pero si bien es cierto que se da esta disposición amistosa entre el público de ambas naciones, y se manifiesta cuando los individuos de una y otra entran en contacto —y quiera Dios que así continúe—, tengo que decir que la conducta de Inglaterra hacia Escocia como reino cuya corona se unió por primera vez a la inglesa *porque nosotros les dimos un rey a ellos*,⁵⁶ y cuyos derechos nacionales más queridos le fueron entregados mediante una Unión incorporativa, no ha sido últimamente la que mereceríamos.

Ha ido surgiendo gradualmente, por parte de Inglaterra, un deseo de acaparar en exclusiva la gestión de los asuntos de Escocia que se pone de manifiesto por una serie de circunstancias que, si bien aisladamente pueden parecer insignificantes, forman una curiosa cadena de pruebas cuando se ensamblan unas con otras. La mayoría de ellas indica el propósito de privarnos, como al viejo rey Lear, de nuestro séquito, y acostumbrarnos a que nos sometamos a pequeños desprecios y mortificaciones, cada uno de ellos tal vez demasiado pequeño como para ser motivo de una queja seria, pero que, al tender a rebajarnos ante nuestros propios ojos, parecen sentar las bases para nuevas usurpaciones; y un ejemplo de ello puede ser esta premeditada medida.

Esta diferencia en el trato, y en la estima, que se profesa a los *individuos* de la nación escocesa y a la *nación en sí*, como ente colectivo, parece a primera vista una inconsistencia. Si un escocés llega a Londres con alguna pretensión de tener renombre como predicador, filósofo, poeta, economista u orador, se encuentra con una acogida y unos saludos de bienvenida que a veces sorprenden a aquéllos a quienes ha dejado al norte del río Tweed, poco conscientes, quizá, del dechado de virtudes que acaba de emigrar hasta que oyen las aclamaciones con que se le recibe. Si un caballero escocés adinerado toma el mismo camino, se encuentra admitido libre y gustosamente entre la clase social que le corresponde por rango y condición. Si el visitante pertenece a la numerosa clase de quienes cambian de lugar con la esperanza de mejorar su fortuna, se entiende que su condición de escocés implica las deseables cualidades de instrucción, prudencia, formalidad, y sentimientos morales y religiosos; incluso le dan preferencia los empleadores, que buscan personas de confianza cuando contratan oficinistas, capataces, jardineros-jefe y gente para otros puestos similares, en los que se exige la cualidad de la honradez.

Pero, por otra parte, si el estadista inglés tiene que dirimir una cuestión de mayor o menor importancia con Escocia *como país*, nos encontramos con que él y sus amigos se ven embargados inmediatamente por un humor envidioso, tenaz, pendenciero y prepotente, y no sólo insisten en llevar todo el asunto según su propia voluntad, sino que además no resultan tan accesibles a las llamadas a la razón, la justicia y la humanidad como sería de esperar en

⁵⁶ Jacobo VI de Escocia pasó a ser Jacobo I de Inglaterra al morir Isabel I, sin descendencia, en 1603, que es cuando se produce la Unión de las Coronas.

personas que en otros casos son tan sabias y generosas. Inmediatamente dejamos de ser los atenienses del norte –según la jerga en boga–, ese pueblo moral y virtuoso al que, de forma práctica y a título individual, se considera digno de especial confianza. Pasamos a ser los pillastres de la isla, en lugar de sus pilares. En su opinión, volvemos a transmutarnos en los escoceses que describe Churchill: una raza avispada y usurera, cuya sabiduría no es sino astucia, y cuyo espíritu público consiste tan sólo en un nacionalismo cicatero que nos impulsa a obtener ventajas a expensas de los ingleses, utilizando para ello cualquier artimaña posible.⁵⁷

Señor director: el inglés, que es justo y generoso en sus actos comunes y naturales, es dado a sufrir ataques febriles de sospecha, durante los cuales tiende a pensar que esas cualidades de franqueza y generosidad lo convierten en fácil blanco para los abusos. Siempre estará dispuesto a *dar* de buen grado, pero a menudo se vuelve mezquino y peleón a la hora de *negociar*. En estos aspectos, John Bull es igual que su compatriota Hotspur, quien en su disputa con Glendower sobre la desviación del curso del río Trent exclama:

“Me es igual. Daré tres veces otro tanto de terreno al amigo que lo tenga merecido; pero en materia de trato, notadlo bien, discutiré por la novena parte de un cabello.”⁵⁸

El continente europeo ha conocido a John de estos dos humores, y, sin ser capaz de comprender la razón del cambio, ha tendido a suponer que sus hábitos se habían alterado radicalmente, cuando lo único que sucede es que ven al mismo hombre en dos estados de ánimo diferentes y extremados. En uno de ellos, se muestra muy dispuesto a socorrer a un vagabundo pedigrüño, porque a fin de cuentas el bribón tiene que vivir; en el otro, a duras penas se conseguirá que le pague la cuenta a un pobre comerciante, por miedo a que se aprovechen de él. El modo en que los ingleses que viajaban por el continente pagaban sus deudas, y el modo en que lo hacen ahora, sirven para ilustrar este humor cambiante. Antiguamente, John viajaba *en prince*, e incluso hacía la vista gorda ante los abusos de posaderos y *valets-de-place*, como asuntos poco dignos de la atención de un hombre *tel que lui*. Ahora, insiste en redactar un contrato preliminar al encargar el menú: un pacto solemne sobre su *côtelette* y su *vin du pays*, y eso no se debe a un excesivo amor al dinero, ni a la falta de éste, sino a una tremenda aprensión ante la posibilidad de que le engañen en la cuenta, que le hace comportarse de tal modo que el mundo entero exclama “¡Qué vergüenza!”⁵⁹

Al primero de estos temperamentos de nuestros vecinos –mejor, más natural y preponderante– es al que yo atribuyo las muchas muestras de benevolencia y amabilidad para con los escoceses que da la mayoría de los

⁵⁷ Charles Churchill publicó una feroz sátira sobre los escoceses, *The Prophecy of Famine*, en 1763.

⁵⁸ Shakespeare, *La primera parte de Enrique IV*, III, 1.

⁵⁹ (Nota de Scott): Véase la entretenida obra “*The English in Italy*”. Se refiere a la obra de Constantine H. Phipps, primer marqués de Normanby, publicada en 1825.

ingleses. A esa determinación suspicaz, tenaz y mezquina de siempre salirse con la mejor parte en cualquier trato; al talante descortés que se olvida no sólo de los sentimientos generosos sino incluso de la justicia por miedo a que alguien se aproveche de su buena voluntad, a éstos me veo obligado a atribuirles gran parte de su reciente comportamiento en las negociaciones internacionales. Durante esos ataques de envidia, los hombres se comportan como quienes llevan lentes de color verde. Todos los objetos que ven están teñidos por ese color predominante, que existe no en los objetos que ven, sino en el medio a través del cual los perciben. Habladle a un estadista inglés de la propuesta más razonable y equitativa para el desarrollo de Escocia como nación, de la petición más justa e indiscutible en beneficio de sus instituciones públicas o sus funcionarios, y la idea de *timo escocés* surge como una aparición, y ahuyenta de la cabeza del ministro toda capacidad de decisión equitativa. En vano argumentaréis incluso que los gastos de la medida propuesta habrán de ser sufragados por la propia Escocia: la nación hermana ya tiene preparada la respuesta del colegial abusón a su discípulo más débil: “todo lo *tuyo* es *nuestro*, y todo lo *nuestro* es *de nosotros*.” Que la balanza de la Justicia sea ajustada con la mayor exactitud posible, si así lo deseáis; pero no permitáis que la Autoridad ponga la espada en el plato de la balanza por puro temor a que, después de haber hecho todo lo posible para asegurarse la ventaja, se vea engañada en el peso.

Según una antigua ley escocesa, si alguien era declarado culpable por ser egipcio, o gitano, eso equivalía a afirmar que existía el convencimiento de que la parte acusada era un ladrón habitual y notorio. Y en verdad los ingleses parecen creer (en los asuntos públicos, aunque en absoluto en las relaciones privadas) que ser escocés equivale a ser malversador de dinero público, chanchullero y desfalcador. Mas cuando suponen que podemos y queremos aprovecharnos de ellos en todos estos asuntos, menosprecian por igual su propia perspicacia y nuestra integridad.

Debido más a este desgraciado estado de ánimo hacia nosotros que a un verdadero deseo de causar ofensa, en los últimos tiempos Inglaterra ha reducido su consideración por nosotros en muchos aspectos en los que se ve comprometido, hasta cierto punto, nuestro rango como uno de los reinos de la Unión.

El año pasado, un proyecto de ley que afectaba muy directamente a los intereses nacionales de Escocia, porque alteraba muchos aspectos fundamentales de nuestra judicatura, estaba en trámite en el Parlamento. A los cuerpos jurídicos y a otras personas en Escocia les pareció que se debían plantear graves objeciones a algunas de las medidas concretas propuestas. Pidieron, no que se rechazara totalmente el proyecto de ley, sino que se suspendiera su tramitación al menos hasta que el país en el que había de tener efecto, y que iba a ser el único beneficiado o perjudicado por esa legislación, hubiera tenido tiempo de considerar la medida en todo su alcance, y de expresar la opinión nacional sobre ese asunto. ¿Se podrá creer que fueron necesarias las mayores protestas por parte de la más alta instancia judicial ante los ministros de Su Majestad hasta lograr obtener un aplazamiento de unos pocos meses, como si la demolición, o al menos la alteración, de nuestras leyes fuese algo tan poco merecedor de un mes de aplazamiento como la ejecución de algún flagrante

criminal, condenado justa y necesariamente por haber cometido los crímenes más atroces? Veamos uno o dos casos más.

Hasta hace poco, normalmente había un almirante en Edimburgo. Pero desde que el valiente sir John Beresford arrió su bandera, esa marca de distinción parece habérsenos retirado, me temo que para siempre. Nuestra guarnición militar ya no es ni sombra de lo que era, y apenas resulta digna de estar a las órdenes del distinguido general de división que ahora la manda, aunque es tan sólo él quien tiene el mando de las tropas, en lugar de haber, como era lo normal hasta hace pocos años, un capitán general, con un teniente general y dos generales de división a sus órdenes. No hace falta que diga que yo desearía que esta mengua de nuestra dignidad se viese enmendada, al menos en cierta medida, no por el *relevo* del valiente general, sino por su *ascenso*.

Se me podrá responder que dejarnos en esta situación es un cumplimiento; que somos un pueblo moral, y por lo tanto no precisamos una fuerza militar que mantenga la paz; que somos leales, y por lo tanto no es necesaria una fuerza armada que sofoque los tumultos; que disponemos de nuestra propia y valiente milicia voluntaria que, en tiempos no remotos, se mostró capaz de proteger a su país de la mejor forma posible, anticipándose a la discordia con su presteza, y evitando el mal antes de que hiciese crisis. Pero ¿acaso esos voluntarios, que por dos veces en un espacio de pocos meses abandonaron sus hogares con escasas horas de aviso, marcharon muchas millas, y, con su demostración de prontitud, acabaron con un asunto muy serio que podría haber resultado desastroso, acaso, pregunto, han recibido por parte del Gobierno el reconocimiento que merece su buena disposición, y que les debería haber sido dispensado tanto por política como por justicia?⁶⁰ Según tengo entendido, no. Me dicen que a ellos, o al menos a dos agrupaciones de ellos, se les niega la pequeña soldada que se les asigna los días en que se los llama para la instrucción y, o bien tienen que pagar los gastos del entrenamiento —que siempre resulta bastante caro e inconveniente— de sus propios bolsillos, como han estado haciendo algunos de ellos durante los dos últimos años, o bien tienen que dejar que su disciplina y preparación se deterioren. ¿Será que nuestros hermanos ingleses han llegado a la conclusión de que los sables no son más que espadas montañasas corvas, y que éstas son armas peligrosas en manos escocesas? No los creo capaces de semejante cicatería. Pero nos desprecian un poco demasiado.

Señor director, el Descontento es hijo de la Aflicción, y ésta es hija del Experimento a destiempo. Si de nuevo volviésemos a ver cómo se forman asociaciones alborotadoras, y se vierten amenazas de violencia abierta; si volviese a haber un invierno y una primavera como los de 1821, es posible que, si se nos ha infligido una medida como ésta con la que ahora se amenaza a Escocia, no resulte tan fácil como lo fue entonces reunir, en un lugar concreto,

⁶⁰ Alude a los hechos conocidos como “Insurrección de 1820”, promovidos por un movimiento radical obrero centrado en Glasgow que reivindicaba la independencia de Escocia. Fue desarticulado en parte gracias a las milicias voluntarias gubernamentales, y tres de sus líderes, Wilson, Hardie y Baird, ejecutados. En 1821 otros 19 cabecillas fueron deportados a Tasmania.

y en el plazo de uno o dos días, a mil doscientos o mil cuatrocientos voluntarios para que apoyen al puñado de militares que queda en Escocia. Estoy seguro de que ese espíritu de lealtad general seguirá siendo el mismo. Pero cuando los terratenientes se encuentran humillados, los arrendatarios en penuria y las gentes del comercio en la precariedad y corriendo riesgos, los hombres pierden a la vez el entusiasmo y los medios para servir al público. Esto que digo no es indigno de seria consideración.

En mi carta anterior aludí a otra circunstancia por la cual creo que mi país tiene motivos para quejarse. Me refiero a ese estado de tutelaje completo y absoluto al que Inglaterra parece dispuesta a reducir a su nación hermana, sometiéndola en todas sus relaciones a la autoridad despótica de juntas y comisiones inglesas, que ejercen una jurisdicción exclusiva sobre los asuntos escoceses sin tener en cuenta sus peculiaridades locales, y con una actitud muy próxima al desdén en lo que se refiere a sus derechos como país unido a Inglaterra, sí, pero que jamás ha renunciado a su derecho a ser cuando menos consultado en lo que se refiere a sus propios intereses. Entonces mencioné las restricciones y —tal como yo las veo— las incapacitaciones degradantes que se han impuesto a nuestras oficinas de recaudación. Podría hacer esas observaciones extensivas a los reglamentos de la oficina del Timbre. Recuerdo que cuando se estaban preparando, se comentaba entre la buena sociedad que las instrucciones definitivas (verbales, creo) que se le dieron al capaz funcionario en quien había recaído la tarea de examinar y ajustar los cambios oportunos en ese departamento, y que fue enviado a Escocia expresamente, venían a decir que había de proceder en Escocia sin mostrar más miramiento por la independencia particular de ese país que el que mostraría si se encontrase en el condado inglés de Yorkshire. Éstos, sin embargo, eran asuntos que afectaban a la Hacienda general; los servidores de la Corona tenían derecho a regularlos como mejor les pareciera. Pero si se regularon con la intención evidente y declarada de mermar la importancia de Escocia, arrojar un descrédito implícito sobre sus habitantes como personas indignas de confianza, y hacer caso omiso de sus recuerdos y sentimientos, lo que se logra es crear eslabones en una cadena que parece dispuesta a enroscarse en torno a nosotros en cuanto nuestra paciencia lo permita.

Éste, señor director, es un modo poco sabio, más aún, poco seguro, de proceder. Una cadena vieja, que se ha llevado durante mucho tiempo, forma una callosidad en la extremidad que rodea, y, por incómoda que resulte, se acaba soportando como cosa acostumbrada. No sucede lo mismo con las restricciones recién impuestas. Éstas rozan, irritan, causan gangrena; el hierro entra primero en la carne, y luego en el alma. Yo proclamo lo que hombres más prudentes desearían callar. Puede que pierda amigos al hacerlo; pero aquél que, como Malachi Malagrowth, es viejo y desafortunado, no tiene ya muchos que perder, y arriesga poco al decir las verdades con antelación, cuando aquéllos que albergan ambiciones y esperanzas crecientes preferirían dejar que las desvelara el propio acontecimiento. El árbol viejo y la hoja marchita se separan fácilmente.

Pero, dejando aparte estas cuestiones de pundonor, señor periodista, veo que se ha desarrollado en Inglaterra un sistema que consiste en asumir

gradual y progresivamente la dirección de los asuntos que son entera y exclusivamente propios de Escocia, como si fuéramos totalmente indignos de poder gobernar nuestros propios intereses. Todo tiene que estar centrado en Londres. No se podía hacer el Canal de Caledonia si no era con comisarios ingleses, que se reunían en Londres.⁶¹ ¡Poca utilidad hubiera tenido el canal si no llega a ser por la feliz invención del barco de vapor —*Deus ex machina*—, que llegó justo a tiempo para salvarles de haber acometido la empresa más costosa y más inútil de esta clase desde que Noé construyó el arca! No se nos podía confiar la tarea de erigir nuestras propias iglesias en las Tierras Altas, ni la de construir nuestros propios puentes y carreteras en esas mismas regiones salvajes; esos trabajos tuvieron que quedar bajo la atenta supervisión de hombres que no sabían nada sobre nuestro país, sus necesidades o sus posibilidades, pero que, sentados en sus despachos en Londres, ¡tenían que decidir, sin posible apelación, cuál iba a ser el trazado de las carreteras en Lochaber! ¡Por Dios bendito, señor director! ¿Dónde hemos ido a parar? O, mejor dicho ¿qué es lo que nos consideran los ingleses? ¿Tontos de baba, incapaces de ocuparnos de nuestros propios asuntos, o desfalcadores ávidos en los que no se puede confiar? ¿Con qué motivos se nos considera lo uno o lo otro?

Pero quizá haya quien me conteste que estas operaciones se llevan a cabo con partidas de dinero público, y que, por lo tanto, los ingleses —sin lugar a dudas las personas más desinteresadas, con mayor espíritu público y más de fiar del mundo— deben quedar habilitados en exclusiva para controlar ese gasto. ¡Sí, sí, dinero público! Me gustaría saber de qué bolsillos sale. Escocia, según siempre he oído decir, contribuye con CUATRO MILLONES DE LIBRAS al erario público. Me gustaría saber, antes de que se nos venga con cuentos sobre el dinero público, qué parte de esos cuatro millones se invierte en Escocia y cuánto se emplea en los gastos generales del Imperio. Y si en el balance resultara, como sospecho, que Escocia pone mucho más de lo que recibe, entonces con más razón me gustaría saber por qué los ingleses tienen derecho a asumir el control y el gasto de cualquier mísera cantidad, producto de nuestros esfuerzos, a la que se permite revertir a la nación de la que procede. Si Inglaterra nos estuviera dando limosnas, tendría derecho a vigilar su administración, por si acaso se producía alguna malversación o apropiación indebida. Pero si lo único que hace es acceder a concedernos una pequeña parte de lo recaudado en nuestro reino, me parece a mí que tenemos algún derecho a que se nos consulte sobre cómo se emplean esos fondos; es más: se nos debería confiar su administración.

Esta manera de asumir una tutela no solicitada hace que la circulación sanguínea se acelere un poco, y que uno se sienta inclinado a decirles a sus compatriotas:

⁶¹ El Canal de Caledonia atraviesa Escocia de suroeste a noreste. En 1773 el gobierno británico le encargó el primer estudio a James Watt (el inventor de la máquina de vapor, que era escocés). Las obras comenzaron en 1803 y se inauguró un tramo en 1822, pero no estuvo completo hasta 1847. Une varios lagos de agua dulce como el Ness, el Oich y el Lochy.

Mi sangre se ha mostrado excesivamente fría y serena, inapta para proceder contra estas indignidades...⁶²

No podría usted retener a un criado decente en su casa, señor mío, y mucho menos a un socio, si lo tratara abiertamente como a una persona en la que no se puede tener ninguna confianza, ni siquiera en lo que se refiere a sus cometidos específicos. Últimamente ha surgido una moda ridícula que consiste en mantener, en cuanto a la apariencia, y por lo que se refiere al almanaque, la antigua lista de instituciones escocesas. Para empezar, a un elevado cargo de Estado se le retiran todos sus emolumentos, y luego se une ese cargo a otro al que aún se le permite llevar aparejado alguno. De esta forma quedan emparejados, como rebanadas de pan con mantequilla pegadas cara contra cara (“al estilo inglés”, lo llamaban los colegiales), con esta gran diferencia: que sólo una de las rebanadas lleva mantequilla. Es una mejora que no agradaría mucho a John Bull. El cargo de Lord Secretario ha quedado así unido al de Guardián del Sello, pero sólo se perciben los emolumentos que corresponden a este último.⁶³ En otro momento se propuso, con el mismo talante generoso, unirle también el cargo de Lord Presidente de la Audiencia (suprimiendo el salario) aunque creo que este proyecto de ley no fue aprobado.

En verdad, señor director, esto es poner a los pocos cargos que nos quedan como señales de nuestra antigua independencia en un nivel más ridículo que el de los duques de Normandía y Aquitania, a los cuales sus imaginarios vasallos de Inglaterra hacían revivir en cada coronación, y se les concedía ser representados por un hombre entero a cada uno,⁶⁴ mientras que los altos cargos de Estado de la pobre Escocia recuerdan a los “dos caballeros distintos combinados en uno” de Coleman, o mejor aún, a los arreglos famélicos de una compañía de teatro ambulante, en donde un actor hace dos papeles, y por un solo salario. Quizá todo esto resulte emblemático, no obstante. Tal vez lo que se pretenda es representar la unión entre dos reinos, o una unión incorporativa, en la que uno disfruta de todas las ventajas y de la autoridad preeminente, y el otro permanece

Magni nominis umbra.⁶⁵

No creo que esta farsa pueda durar mucho. A su debido tiempo, me imagino, nos pondrán totalmente bajo control inglés, privándonos incluso de los pocos dignatarios y cargos que nos quedan, y nos proporcionarán un equipo de superintendentes ingleses para cada uno de los diferentes departamentos. Lo harán siguiendo el mismo razonamiento de Gonerila al que ya nos hemos referido:

⁶² Shakespeare, *La primera parte del rey Enrique IV*, I, 3.

⁶³ (Nota de Scott): El muy honorable Lord Secretario se ha ganado lo que sin duda le parecerá mejor que el cargo o el salario: el agradecimiento solemne de sus compatriotas por el tono franco y decidido con el que se ha pronunciado en este asunto de la Moneda.

⁶⁴ (Nota de Scott): El buen gusto que se impuso en la última augusta ceremonia prescindió de la aparición de estos fantasmas. (Se refiere la coronación de Jorge IV.)

⁶⁵ “(Como) la sombra del gran nombre”.

¿Qué necesidad tenéis de que os acompañen veinticinco, ni diez, ni cinco, a una casa donde el personal, dos veces mayor que el vuestro, tiene la orden de servirlos?

Patrick, ¿vas a hacer tú de Regania, y añadir como un eco:

¿Qué necesidad tenéis ni de uno?⁶⁶

¡Ten cuidado, amigo mío! Porque no te va a tocar gran cosa de nuestros despojos y pronto te verás incapacitado y sometido al estatuto de lunático, como nosotros.

Pero, ¿qué va a obtener Inglaterra con este espíritu acaparador? No serán míseros cabos de vela o cortezas de queso; esas cosas, supongo, las desprecia. Será, pues, el mero placer que proporciona la autoridad absoluta; la gratificación de su capricho que exige un niño malcriado y consentido, que no se conforma hasta que no tiene el juguete en la mano, aunque lo rompa al momento siguiente. ¿Es que se deriva algún poder real del hecho de centralizar el control directo e inmediato de todo en Londres? Lejos de ello. Por el contrario, la gran metrópoli ya resulta una cabeza un tanto abultada para el Imperio, y, en caso de que le entre vértigo, las extremidades no serían capaces de soportarla. La desgracia de Francia, durante la Revolución, y en todas sus fases, fue que ninguna parte del reino era capaz de pensar o actuar por sí misma; debido a la costumbre, todas tenían la necesidad de mirar hacia París. Quienquiera que se impusiera allí –y en una metrópoli corrupta es fácil que prevalezca el peor partido– se convertía, sin posibilidad de oposición efectiva, en gobernante incontrolado y despótico de toda Francia, ¡*Absit omen!*⁶⁷

Insisto, ¿es que el Imperio Británico se volvería más fuerte si fuera posible anular y disolver todas las desemejanzas y peculiaridades que, emanadas de las circunstancias, los acontecimientos históricos y las diferencias en costumbres y climas, hacen que las partes integrantes sigan siendo, en algunos aspectos, tres naciones distintas, aunque incorporadas íntimamente en un solo Imperio? Todo cordelero sabe, señor director, que tres ramales diferentes, como se les llama, si se incorporan y se trenzan, producen un cable diez veces más fuerte que el que se consigue con la misma cantidad de cáñamo combinada en un solo cabo. La razón resulta evidente hasta para el intelecto más simple. Si uno de los ramales está un poco defectuoso, existe la doble posibilidad de que los otros no tengan imperfecciones precisamente en ese mismo sitio, de modo que el ramal enfermo puede ceder un poco, pero la cuerda entera seguirá siendo sólida. Si el cabo único falla en cualquier punto, se acabó todo. ¡Por amor de Dios, señor periodista, quedémonos como nos hizo la Naturaleza, ingleses, irlandeses y escoceses, todos con la impronta de nuestros distintos países! No seríamos mejores súbditos, ni miembros más valiosos del Im-

⁶⁶ Shakesperare, *El rey Lear*, II, 4.

⁶⁷ “¡Esté ausente todo mal presagio!”

perio común, si todos nos pareciéramos unos a otros como otros tantos chelines desgastados. Amemos y apreciemos nuestras virtudes recíprocamente; del mismo modo, seamos tolerantes con nuestros defectos, sensibles con nuestros prejuicios, y escrupulosamente respetuosos con nuestros respectivos derechos. Finalmente, tomémonos prestadas las innovaciones unos a los otros, pero no antes de que resulten necesarias y sean demandadas. El grado de diversidad nacional entre los diferentes países no es más que una muestra de esa variedad general que la Naturaleza parece haber tomado como principio para todas sus obras, aparentemente tan ansiosa por evitar cualquier forma de “uniformidad” absoluta como lo están los estadistas modernos por imponerla.

Se podrá alegar que algunos de los agravios de los que me he quejado son puras nimiedades. Lo concedo, salvo en lo tocante a los sentimientos e intenciones hacia Escocia que indican. Pero, según la máxima de Bacon, se puede determinar la dirección del viento lanzando una pluma al aire, cosa que no se conseguirá lanzando una piedra. Las afrentas casi siempre son más ofensivas que las injurias, aunque a menudo no sean por sí solas más que nimiedades. El omitir disparar una o dos salvas de saludo, el izar o arriar una bandera o una vela, han sido motivo de grandes guerras. Inglaterra perdió América por culpa de unos míseros cajones de té, y puso en peligro la India por recortar un mostacho. Pero rebajémonos hasta nuestra propia condición, y limitemos nuestras protestas al agravio inmediato, que sin duda no se puede considerar algo puntilloso o poco importante.

Así pues, le decimos a Inglaterra: déjense apelar de Philip ebrio a Philip sobrio.⁶⁸ Déjense de lado las circunstancias exasperantes que se dan por ambos lados, y examínese nuestra protesta, no con ese sentimiento receloso del que tenemos motivos para quejarnos, sino con el tono caballeroso y generoso que le conviene a una gran nación, y que, debo decir, cuadra mucho mejor con vuestro temperamento natural. Del mismo modo que deseáis que vuestros legisladores den valor a vuestra voz libre y pública, permitid que llegue también hasta ellos la influencia natural de la palabra de Escocia, en un asunto que afecta exclusivamente a sus propios intereses, pero está tan íntimamente relacionado con su bienestar, que desde el año 1748 no ha ocurrido nada de tal importancia.⁶⁹ El precedente es malo en cualquier caso; las circunstancias serán mucho peores.

⁶⁸ La expresión “We appeal from Philip intoxicated to Philip sober” aparece en un escrito político-religioso de Anna Barbauld, de 1790, *An address to the opposers of the repeal of the Corporation and Test Acts*, pidiendo comprensión para sus argumentos. Debe de tener un origen más antiguo.

⁶⁹ Scott puede referirse al hecho de que en 1748, tras la firma del tratado de Aix-la-Chapelle, Charles Edward Stewart, el “Joven pretendiente” Estuardo que intentó hacerse con la corona en la rebelión jacobita de 1745, y que había sido acogido en Francia como un héroe tras su derrota en 1746, fue expulsado de París, y con ello la amenaza de otra guerra de sucesión en Gran Bretaña se desvanecía definitivamente.

Prevenid esto, resistidlo, no permitáis que suceda, no sea que vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos griten contra vosotros: “¡Dolor!”⁷⁰

Nobles y caballeros de nuestra Escocia: el mejor modo que tengo para exhortaros a que os resistáis a este proyecto de ley en cada uno de sus pasos, con la oposición más continua e incesante; a que no os desaniméis por nada; a que tengáis esperanza hasta el final; a que combatáis hasta el final, es utilizar una vez más las palabras del patriótico Belhaven: “La situación extrema del hombre es la oportunidad de Dios. Él es una ayuda presente en tiempos de necesidad; un liberador, y desde el primer momento. Ocurrirá alguna providencia imprevista que determine hacia dónde cae el fiel de la balanza. Algún José preguntará: ¿por qué lucháis unos contra los otros siendo hermanos? Algún Judá dirá: que no caiga sobre él nuestra mano; es nuestro hermano. Levantémonos, pues, y pongámonos en camino; y que nuestros nobles patriotas se comporten como hombres, y quién sabe cuán pronto nos podrá llegar una bendición.”⁷¹

Quedo, Señor director,
Suyo afmo.

MALACHI MALAGROWTHER.

⁷⁰ Shakespeare, *El Rey Ricardo II*, IV, 1.

⁷¹ Remite una vez más al discurso de Belhaven (ver nota 21). Las referencias bíblicas son a la historia de José, en el *Génesis*.

TERCERA CARTA
AL DIRECTOR DE
THE EDINBURGH EVENING JOURNAL
SOBRE
**EL CAMBIO PROPUESTO PARA NUESTRO
SISTEMA MONETARIO**

Estimado Sr. Director:

Esta tercera entrega de “las últimas palabras del señor Baxter”¹ viene a poner aún más a prueba su paciencia, teniendo en cuenta cuánto *balaam* (por decirlo de forma técnica) he conseguido desplazar de su periódico hasta ahora,² y de qué modo les he comido el terreno a las secciones de noticias locales y de debates políticos, hasta el extremo de que esta publicación ha estado a punto de perder su preciada cabecera para pasar a llamarse LA CRÓNICA DE MALACHI.

Señor director, regresé de la reunión de ciudadanos que se había convocado el viernes pasado para considerar esta cuestión, con una sensación gratificante a causa de lo que había visto y oído, si bien un poco decepcionado porque no apareciera nadie por parte del lado contrario, salvo un caballero (“remando él solo”, como dice el capitán Crowe “contra toda la tripulación del barco”),³ cuya elocuencia no se empleó más que en un argumento: el de

¹ Alusión al pastor puritano inglés Richard Baxter (1615-1691), autor muy prolífico de obras religiosas, de las que escribió más de 160. Fue muy leído en su época. Sus últimas palabras fueron “Siento dolor; no hay argumentos contra los sentidos. Pero tengo la paz, tengo la paz.” La alusión de Scott parece referirse más bien al carácter casi inagotable de su obra.

² *Balaam* era un término empleado en la jerga periodística inglesa para referirse a texto que se tenía “en la reserva” o se redactaba sólo para rellenar columnas o espacios en blanco al componer la página, haciendo alusión a la historia bíblica de la burra de Balán (o Balaam), que habló.

³ Quizá sea el capitán de la marina británica Josias Crowe, comandante en jefe de la isla de Newfoundland (Terranova), que en 1711 estableció allí una primera asamblea legislativa y promulgó unos estatutos conocidos como “Captain Crowe’s Law” para el gobierno de la isla. La reunión debe de ser el acto público del 3 de marzo de 1826, en la que sólo una persona apoyó la propuesta del gobierno.

recomendarnos la deferencia ante la sabiduría de los ministros. Yo mismo soy un firme defensor del partido *Tory*, pero no hasta ese punto de sumisión. Jamás he negociado una rendición implícita de mi opinión personal en una cuestión nacional como ésta. Yo no soy más que una unidad, pero de unidades se compone la suma total de la sociedad. Sobre esta cuestión que nos ocupa, aunque yo hubiera sido un criado en casa de los ministros, les hubiera dirigido las palabras del servidor de Cornwall, cuando interviene para evitar que su amo le arranquen los ojos a Gloucester:

Os he servido desde la infancia, pero nunca os hice mejor servicio que ahora al rogaros que os contengáis.⁴

O en un pasaje aún más intenso de ese mismo drama:

Sea Kent descortés si Lear está loco.⁵

Pero volvamos al asunto. Debido a la unanimidad que se dio en la reunión perdí la oportunidad de hacer un bonito discurso extemporáneo, que me había pasado media noche preparando. Dejar que tanta elocuencia muriese dentro de mí sin ser articulada suscitó sentimientos parecidos a los de Sancho cuando, en los desiertos de Sierra Morena, las cosas buenas se le pudrían en el estómago.⁶ No obstante, para consolarme, cuando regresé a mis habitaciones en Lawn-Market, me encontré con mis propias y flamantes elucubraciones en forma de dos hermosos y responsables folletos.⁷ Caí sobre ellos como si no los hubiera visto nunca, y recité en voz alta los pasajes más vibrantes, paseando arriba y abajo por una habitación en la que, debido a sus dimensiones, no resulta muy práctico pasear. Acabé leyendo en voz alta los versos que yo, en lo más orgulloso de mi corazón, tenía pensado poner como preludio a mis gemelos inmortales, cuando, hombro con hombro, viajen hacia la posteridad bajo la misma hermosa encuadernación, en octavo, y al precio de una corona:

Llevóse la corneta hasta los labios
y lanzó un trompetazo tan agudo
que hizo temblar los árboles del bosque,
por como resonó en todos los montes.⁸

⁴ Shakespeare, *El rey Lear*, III, 7.

⁵ *El rey Lear*, I, 1.

⁶ En realidad el pasaje ocurre en el capítulo 21 de la 1ª parte de *El Quijote*, antes del episodio de Sierra Morena. Sancho Panza le dice a Don Quijote, que le ha impuesto silencio: “Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? Que después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querria que se mal lograra.” A principios del capítulo 25, ya en Sierra Morena, Sancho se queja de que Don Quijote no le deje hablar.

⁷ Se refiere a las dos cartas anteriores, editadas en forma de folleto.

⁸ Parecen versos adaptados por Scott a partir de una balada “Rose The Red and White Lily” recogida en su antología *Minstrelsy of the Scottish Border* (1803).

Pero mientras yo, mentalmente, reclamaba para mí el honor de alar-
mar a toda Escocia, desde Coldstream Bridge hasta lo más remoto de las
Tierras Altas, estaba alarmando mucho más, por el ruido que hacía, a mi
vecino Christopher Chrysal, que tiene la pequeña ferretería y tienda de objetos
diversos al pie de la escalera. Ahora bien, señor mío, debe usted saber que
Chrysal comercia ocasionalmente con cucharillas de té rotas y pinzas de azúcar
seltas, medallones y collares desmontados (que han pasado, más o menos
formalmente, de las señoras a sus doncellas), sellos a los que los criados per-
sonales les han quitado la piedra para poder utilizar la montura, y otros obje-
tos pequeños de este estilo; de hecho, una vez vi que hasta estaba en posesión
de una vieja cafetera de plata. Debido a que por vocación está vinculado a los
metales preciosos, mi vecino Chrysal se ha erigido en patrono y protector del
oro y de la plata, y en firme defensor del dinero en lingotes. Con media
corona en una mano, y un billete de veinte chelines en la otra, es capaz de
perorar como el actor que, haciendo de Hamlet, compara los dos cuadros, y
es conmovedor oírle dirigirse a una y a otra alternativamente:

ÉSTA es la cosa auténtica... ¡Fuera, fuera, prestados!⁹

Mas a pesar de todo el desprecio que expresa por el sustituto de
papel, he observado que siempre lo reintegra subrepticamente al sosiego de
su cartera. De hecho, el barbero sostiene que el señor Chrysal tiene otros
motivos para desear un cambio de moneda, o una moneda de cambio, ya
que, si se trata de papeles, los que él tiene firmados quizá no le resulten com-
promisos fáciles de cumplir en estos tiempos duros. Usted ya me comprende;
pero yo detesto el escándalo.

En cuanto me hube disculpado ante el señor Christopher por el al-
boroto que había causado (cosa que hice con semblante algo avergonzado), le
ofrecí cortésmente un ejemplar de mi folleto. Me lo agradeció, pero añadió
con una sonrisa (ya sabe usted que nadie es profeta en su propia escalera) que
en este momento no tenía necesidad de envolver nada en particular.

– Pero, la verdad, señor Malachi –añadió–, estuve hojeando su folleto
en la sala de lectura, y debo decirle, como amigo, que se ha puesto usted en
ridículo, señor Malachi.

– ¡En ridículo! –repliqué–. ¿Cuándo, cómo y de qué manera?

– Ha empezado usted, señor mío –repuso él (pues Chrysal es una
especie de orador, y habla de forma tan docta y sabia como sus vecinos)–,
dando por sentado el principio que debería haber demostrado. Dice usted
que, como consecuencia de restituir el saludable flujo de los metales precio-
sos, en lugar de seguir usando esos raídos trozos de papel, Escocia va a expe-
rimentar una falta de circulación monetaria. Afirma que debido a esa carencia

⁹ Aunque lo primero es una alusión a *Hamlet* III, 4, cuando Hamlet compara los retratos de su tío y de su padre, la cita que sigue, “This is the thing itself—Off, off ye lendings!” evoca palabras del rey Lear al bufón, “Thou art the thing itself”, y después a las ropas que él se quita: “Off, off, ye lendings!” (*Lear*, III, 4). Astrana traduce lo primero como “Tú eres el ser humano mismo”.

la industria escocesa se va a ver agobiada, las manufacturas decaerán, las industrias pesqueras se perderán, etcétera. Pero usted no sabe nada sobre la naturaleza de los metales preciosos. Claro, ¿cómo iba a saberlo?

— Desde luego, no comerciando con dedales viejos, hebillas rotas y silbatos de niño, ni haciendo de perista —le repliqué—. Pero dígalo claro, hombre, ¿de qué modo delato mi ignorancia acerca de la naturaleza de los metales preciosos? Vamos, dígalo.

— Pues sepa, señor Malachi Malagrowth —sentenció mi vecino, airado—, que yo lo proclamo ignorante de los más elementales principios de la Economía Política. En ese irreflexivo escrito suyo, ha demostrado usted ser tan irascible como Balán, y tan testarudo como su burra.¹⁰ Se está poniendo usted nervioso, y está haciendo que otros también se pongan así, cuando dice que no habrá bastante oro para reemplazar a ese papel de fumar que a usted le gusta. Pues en eso yo digo que es usted un ignorante —aquí levantó la voz, como si hablase *ex cathedra*.

— El oro —prosiguió—, es una mercancía en sí mismo, aunque también pueda ser el representante de otras mercancías, del mismo modo que un banquero es un hombre, aunque su negocio sea comerciar con el dinero. Por lo tanto, el oro, como cualquier otra mercancía, fluirá hacia el lugar en donde esté en demanda, del mismo modo que si usted cava un pozo recogerá el agua subterránea de los alrededores, que colará hacia él. Hace veinte años no le hubiera sido posible ver un cigarro puro en Edimburgo. Gillespie, que era el mejor estanquero de su época, no hubiera sabido qué era lo que usted quería si le hubiera pedido uno; y ahora todos los escaparates de las tabaquerías están repletos de puros habanos. ¿Y por qué? Porque todo aprendiz de oficinista va con un puro en la boca. Es la demanda lo que crea la oferta, y así pasará con el oro. La balanza del libre comercio, tanto si la mercancía es grano como si es oro, se inclinará hacia donde haya bocas que alimentar, en el primer caso, o una moneda a la que apoyar, en el segundo. ¿Qué es lo que llevó el dinero en metálico a las lagunas de Venecia y a los pantanos de Holanda en el pasado, y al emporio de Londres ahora, mientras que otras grandes ciudades, situadas en climas mejores y en tierras más fértiles carecían, y carecen, relativamente, de metales preciosos? ¿Qué, si no la tendencia del comercio, como la del agua, a encontrar su propio nivel, y a enviar todas las mercancías que están bajo su influencia, incluidos los metales preciosos, a los lugares en donde más se las necesita?

Verá, señor periodista, yo soy un hombre que tengo un pronto rápido, pero soy algo lento de ingenio; y aunque me pareció que había algo falaz en ese argumento, como venía reforzado por su metáfora favorita, me sonaba tan admisible, que no se me ocurrió enseguida la respuesta adecuada. Chrystal continuó triunfante:

— Habla usted de la industria pesquera y de la manufactura de productos a partir de algas de *kelp*, y cosas parecidas, y parece temer que se arruinen debido a la falta de circulación monetaria. Pero, señor mío, tendrá

¹⁰ Véase el *Libro de los Números*, cap. 22, del Antiguo Testamento.

que pasar una de estas dos cosas: EN PRIMER LUGAR, supongamos que estas ramas de la industria son provechosas para los individuos, y les proporcionan beneficios ventajosos; en esa medida, tendrán el poder habitual de atraer hacia sí el metálico necesario para poder seguir adelante y, por lo tanto, no ocurrirá ningún cambio. Puede ocurrir, EN SEGUNDO LUGAR, que estas pesquerías y otras empresas no produzcan beneficios adecuados al trabajo invertido en ellas, y sean por lo tanto una especie de manufacturas obligatorias, como las que vemos languidecer en los países despóticos, o aquéllas que sólo mantienen una existencia enfermiza gracias al desembolso del Monarca, y no debido a su propio vigor natural. En este segundo caso –continuó–, esas actividades de pesca y de elaboración de abonos no son productivas; son inútiles para el país, y deberían dejar de llevarse a cabo. Lo único que causan es que se invierta mal mucho capital, y que se pierda mucho trabajo. Deje usted las rocas de algas de *kelp* para el disfrute exclusivo de focas y sirenas, si es que las hay. Le resultará más barato comprar barrilla en Sudamérica.¹¹ Mande a sus pescadores de las Tierras Altas a América y a Australia, en donde encontrarán comida en abundancia, y que dejen su actual y estéril lugar de residencia en la soledad y tranquilidad absolutas que la Naturaleza quiso para él. No piense que causa ningún mal al obedecer la ley universal de la naturaleza, que lleva a que las necesidades y las ofertas encuentren su nivel justo y adecuado, y se igualen. Eso es lo que atrae al oro a aquellos lugares en donde se puede emplear con beneficio, y sólo a éstos. Eso es lo que induce al hombre a trasladarse de los dominios del hambre a esas regiones más felices en donde el trabajo es leve y los medios de subsistencia abundantes.

– Finalmente –prosiguió el irrazonable Christopher–, quítese usted de la cabeza, señor Malachi, todas esas bobadas absurdas de la antigua tradición y la historia y los privilegios nacionales. Lo mismo le daría enfadarse con el alcalde que derribó las casas de las *Lucken-booths*.¹² No corresponden a nuestros días, en los que han ocurrido tantos cambios, y se esperan tantos más. Buscamos aquello que sea ÚTIL, señor mío, y sólo aquello que sea útil. Y nuestra marcha hacia la utilidad no ha de verse interrumpida por alusiones a tratados anticuados o a prejuicios obsoletos. Así que mientras está usted ahí plantado, blandiendo su espada escocesa, señor Malachi, en lo alto de su Tratado de Unión, componiendo una estampa muy parecida a la de un montañés pintado en el cartel de una destilería de whisky, tenga cuidado de que no le pase como al gigante que construyó su castillo en lo alto de la famosa mata de judías. La verdad llega como la vieja con el hacha; no hacen falta más que uno o dos buenos golpes para derribar a Malachi con todo su sistema. –Dicho esto, mutis de Christopher, con ovación.

El sujeto en cuestión hablaba con tal audacia y verosimilitud, y exponía sus argumentos con tanta fluidez y confianza, que yo me sentí momentáneamente confundido en mis ideas, y me vi obligado a adoptar la que ha sido,

¹¹ De la planta llamada barrilla se obtienen productos similares a los que se sacan de las algas de *kelp*.

¹² Una serie de antiguas tiendas que se encontraba en una de las avenidas de Edimburgo, la *Royal Mile*. Hubo opiniones en contra de ese derribo.

durante muchas generaciones, la actitud reflexiva de la familia Malagrowth: me arrellané en nuestra poltrona hereditaria, con los ojos clavados en el techo, pero, al mismo tiempo, entrecerrados. Los dedos de las manos estaban entrelazados, y los pulgares giraban uno en torno al otro lentamente, en un movimiento que resulta muy útil para desmadejar y aclarar el enmarañado hilo de las ideas. Sentado de este modo, en algo menos de dos horas conseguí desliar la madeja y dejar el hilo enrollado ante mis ojos de manera tan ordenada como si lo hubiera tocado la varita del príncipe Percinet en el cuento de hadas,¹³ y estoy a punto de comunicarle el resultado. Tengo que admitir que mis descubrimientos me llevaron hasta un punto en el que tendría que haberle implicado a usted en un análisis detallado de los principios generales sobre los que se sustenta la doctrina monetaria. Pero, dado que, *entre nous*, nos podríamos haber metido en aguas demasiado profundas para nosotros en este tema, me he limitado a los aspectos de la cuestión que son aplicables a Escocia en la práctica.

Mi objetivo actual es indagar de qué modo se va a llevar a cabo este meditado cambio de circulación monetaria, suponiendo que se nos imponga por la fuerza. En otras palabras, ¿mediante qué arte de magia se va a transformar nuestro papel en oro, sin que se produzca, *in transitu*, alguna gran angustia, más aún, convulsión, nacional?

Mi vecino estima que la preocupación en cuanto a este punto resulta ridícula. El oro, dice, es una mercancía, y allí donde su presencia se haga necesaria, aparecerá. Las guineas, según Christopher, son como las copas de las hadas en el cuento de Parnell,

..... que con un deseo se acercan,
y con otro se retiran.¹⁴

No sé lo que ocurrirá en cuanto a las necesidades nacionales, pero tengo algunas razones para pensar que, por lo que se refiere a experiencia personal, el amigo Chrysal no ha encontrado que esta máxima se cumpla jamás, lo mismo que yo. Qué más quisiera yo, desde luego, que esta reconfortante doctrina se aplicara también a los casos individuales, y que cuanta más falta de dinero tuviera un pobre desgraciado, más pudiera estar seguro de que sus necesidades se iban a ver satisfechas mediante la aparición de esa complaciente mercancía, de la que se dice que se presenta siempre que hace falta. Desde los tiempos de Fortunatus generalmente ha sucedido lo contrario, y no puedo negar que nos resultaría muy conveniente que se volviese a instaurar ese sistema suyo.¹⁵

¹³ El cuento de Percinet y Graciosa aparece en los *Contes des Fées* de la condesa de Aulnoy, de 1698, que fueron traducidos al inglés en 1699.

¹⁴ Thomas Parnell (1679-1718), poeta inglés, es autor de un poema llamado "A Fairy Tale in the Ancient English Style".

¹⁵ La historia de Fortunatus y su bolsa, que siempre se volvía a llenar, data del siglo XV, y se recoge en muchos cuentos de la literatura europea.

Y, sin embargo, hay cierta verdad en lo que dice mi vecino, porque si un hombre se ve indispensablemente obligado a poseer una cierta cantidad de dinero, bien tendrá que hacer cualquier esfuerzo posible para reunirla. Suponiendo que yo tuviera negocios, y me viera amenazado con la insolvencia, me podría encontrar en la necesidad de conseguir dinero en efectivo vendiendo propiedades a precios inferiores a los reales, o buscándome préstamos con unos intereses usureros, con el aval de lo que aún me quedara, y de ese modo ruinoso lograría reunir el dinero, pues de lo contrario una ruina aún más cierta me estaría esperando. La cuestión es ¿cuánto durarían los aportes monetarios obtenidos de ese modo? Pues ni un instante más a partir del momento en que yo dejara de tener artículos que vender o empeñar. Después de eso, mis necesidades habituales seguirían siendo igualmente acuciantes, pero por más que lo deseara no encontraría ni un penique para aliviarlas. No va a venir un hada a dejarme una monedita en el zapato. Pues me temo que Escocia va a tener que comprar y mantener su moneda en metálico mediante sacrificios violentos como los del caso supuesto, si se prohíbe el papel que ahora usamos.

Así que la proposición del señor Chrysal no debería ser que el oro aparece cuando más se necesita, sino que la debería haber expresado del modo siguiente: en los países en donde la presencia del oro se convierte en indispensable, hay que obtenerlo al precio que sea, mientras queden medios para pagar ese precio.

Él se divierte, sin duda, y confunde a sus interlocutores, cuando afirma que el oro es como el agua, y que, al verterlo, como el agua, acabará por encontrar su nivel. Una metáfora no es argumento que tenga consistencia, pero creo que en este caso me las puedo arreglar para volver el ingenio hidráulico de mi amigo contra él. Escocia, señor mío, no se encuentra *por debajo* del nivel al que fluye el oro naturalmente. Está *por encima* de ese nivel, y puede morir por falta de él antes de ver una sola guinea, a no ser que ella, o el Estado en su lugar, se comprometa al gasto perpetuo de mantener, mediante el desembolso constante de un elevado porcentaje, esa moneda metálica cuya tendencia natural es la de escapar del país pobre para volver al rico. Exactamente del mismo modo, un hombre podría morir de sed en la cima de un monte escocés, aunque al pie de éste hubiera un lago o un río. Por lo tanto, si insistimos en esta tan querida comparación del oro con el agua, tendremos que concebir la posibilidad de que el dorado río Pactolo fluya hacia arriba por la ladera de Glencroe en dirección opuesta a la del elemento natural, que baja brincando desde la célebre piedra que invita a “descansar y dar gracias”.¹⁶

Si mi amigo fuese a consultar al secretario de la Compañía del Agua, en su despacho oficial, éste le aclararía el asunto enseguida.

– Pónganme –pide el señor Chrysal– una conducción de agua hasta mi casa.

¹⁶ El rey Midas se libró del don de convertirlo todo en oro sumergiendo la cabeza en el río Pactolo, que desde entonces lleva oro. En el valle de Glencroe, en lo alto de un monte, hay una piedra con la inscripción tallada “Rest and be thankful”. El poeta Wordsworth la cita también, en un soneto escrito en 1831.

– Por supuesto, señor. Le costará cuarenta chelines al año.

– ¡Y un cuerno! Vamos a ver, ¿acaso no se encuentra la zona de Lawnmarket más baja que el depósito de agua de Castlehill? Es consustancial con el agua llegar a nivelarse. ¿Con qué derecho me cobran ustedes, cuando el elemento no hace sino obedecer las leyes de la naturaleza, y descender hasta su nivel?

– Eso es muy cierto, señor –le contesta el secretario–, pero no fue una ley de la naturaleza lo que la llevó hasta el depósito, a una altura que era la necesaria para permitirnos distribuir el caudal por toda la ciudad de Edimburgo. Por el contrario, se trató de un logro del arte sobre la naturaleza. Se obligó al agua a ir hasta allí mediante mucho trabajo e ingenio. Se construyeron embalses, se levantaron acueductos, se hicieron presas en los ríos, se tendieron muchas millas de tuberías. Si no hubiera sido por ese enorme desembolso, jamás se hubiera podido traer el agua, y si usted no paga la tarifa, no puede beneficiarse de ella.

Esto es exactamente lo que pasa con la moneda de oro. Debe de tener una tendencia natural a centrarse en Londres, pues el intercambio resulta totalmente desfavorable para Escocia. Nosotros tenemos que enviar allí todo nuestro erario, cuatro millones de libras al año. Independientemente de esa copiosa sangría, tenemos que mandar a Inglaterra las rentas de los propietarios no residentes, y otros mil pagos que hay que hacer a Londres, y que hay que hacer en metálico, o con billetes pagaderos en la metrópoli. Así pues, la circulación monetaria se dirige hacia allí por su libre albedrío como un caballo llevado de la brida, mientras que los intentos de Escocia por detenerla son como los de un montañés salvaje, que agarra su poney por la cola. También podemos decir, por usar una comparación muy antigua, que Londres es como el pozo de Abulcásim, lleno de oro, joyas, y toda clase de objetos valiosos.¹⁷ Los ricos contenidos se extraen de allí mediante operaciones semejantes a las de una bomba de presión, que obligan a que pequeñas porciones lleguen hasta los confines remotos del reino; pero todos estos arroyuelos dorados, en cuanto se los deja solos, vuelven a fluir hacia el embalse principal.

La idea de mi vecino de que exista un suministro de dinero en metálico que sea voluntario, no solicitado y no adquirido es como el razonamiento del viejo señor Merrythought cuando, con tan sólo un chelín en el bolsillo, proclama su intención de seguir llevando una vida rumbosa.¹⁸

– ¿Pero cómo vas a encontrar los medios para hacerlo, Charles? –le pregunta su esposa.

– ¿Que cómo? Pues ¿qué es lo que he hecho en estos últimos cuarenta años? Jamás he entrado en mi comedor sin que, a la hora de comer y a la de

¹⁷ “Aboulcasem’s well”. Puede ser una referencia inexacta. Hay un Aboulcasem que posee estancias llenas de riquezas en los *Persian Tales or the Thousand and One Days* (*Cuentos persas o los 1001 días*), traducidos por A. Philips en 1714. Por otra parte, Cásim, hermano de Ali Babá, se queda encerrado en la cueva llena de tesoros en las *Mil y una noches*, de la que había traducción francesa (de Galland) desde 1712.

¹⁸ Alusión a un personaje de la comedia *The Knight of the Burning Pestle* (*El caballero del almirez ardiente*), de Francis Beaumont y John Fletcher, estrenada en 1609.

cenar, encontrase un excelente despliegue de comida y bebida sobre la mesa. Nunca he tenido un traje raído sin que, al día siguiente, el sastre me trajese otro nuevo, y sin duda, así seguirá siendo siempre; la costumbre lleva a la perfección.

El dramaturgo saca a su alegre epicúreo del atolladero en que se encontraba antes de que se le agote su escaso capital, pero no resulta tan fácil imaginar de qué modo va a poder aliviarse Escocia de los dispendios que están a punto de serle impuestos a un país en donde la industria y la habilidad lo más que pueden hacer es jugar a no perder frente a las desventajas nacionales.

Cuál pueda ser el desembolso necesario para comprar, al principio, y para luego mantener disponible constantemente un millón y medio de libras en oro, es cosa que yo no puedo pretender calcular, pero algo se puede deducir de lo siguiente: para empezar, como en la receta para guisar liebre de la señora Glasse, *primero, cácese la liebre*,¹⁹ es decir, en primer lugar compre usted el oro sea cual sea el sacrificio en el cambio; después añádale al precio un beneficio razonable para aquéllos que le vayan a adelantar el dinero para la compra. Luego, asegure su metálico contra los piratas y los salteadores, y contra los peligros de los vientos, las olas, y las rocas, de la Casa de la Moneda al muelle, del muelle a Leith, de Leith a Edimburgo, y de Edimburgo a los confines más recónditos de Escocia, sin protección policial de ninguna clase. Los seguros no resultarán ninguna bagatela. Aparte de eso, puede suceder que algún accidente, como el naufragio del *Delight* el otro día, que llevaba 4.000 libras en metálico a bordo, suponga una considerable adición a otros gastos, tales como los de los vehículos, los guardias, y demás. Sume todo esto, y luego calcule la pérdida de intereses sobre la suma total. Se puede calcular, de forma moderada, un gasto por todo ello de más del *cinco por ciento*, una carga que en última instancia tendrá que recaer sobre las manufacturas, las operaciones agrícolas, las pesquerías y otras iniciativas privadas y públicas de Escocia, muchas de las cuales no rinden actualmente más de un doce o a lo sumo un quince por ciento de beneficios.

El razonamiento de mi amigo Chrysal se basaba en este gran error: que él confunde la necesidad de conseguir oro a la que nos conduce el sistema nuevo y las reservas que esa necesidad nos va a obligar a comprar, con la determinación voluntariosa de unos tesoros no comprados que fluyen cuesta arriba para encontrar su nivel en lugares remotos de Escocia como Stornoway, Tongue u Oban. Se imagina que el metálico, por el que vamos a tener que pagar onerosamente, vendrá a ponerse a nuestro servicio por su propia voluntad. Y yo replico, en una palabra, que el oro vendrá si lo compramos Y NO DE OTRO MODO. El gasto que acompañará a esta operación no será más que un impuesto para quienes lo paguen, pero con esta diferencia, que no se suma al erario público. Cada moneda de oro de una libra que nos llegue, que por

¹⁹ La frase "first catch your hare" se atribuye a Helen Glasse, autora del libro de cocina *The Art of Cookery made Plain and Easy* (1747), aunque en realidad no aparece así, pues la receta dice: "Coja la liebre una vez pelada...". La frase se ha utilizado bastante en inglés. Winston Churchill la usó diciendo que era su receta para la II Guerra Mundial: primero derrotar a Hitler, luego vendrá lo demás.

supuesto pasará por veinte chelines, antes de que llegue al norte de Escocia habrá costado *veintiuno*. Hay infinitas maneras de ilustrar una proposición tan sencilla. Supongamos que el Gobierno grava con un impuesto de timbre cualquier bien, y que yo, junto con algunos otros vecinos, estoy pulsando la opinión sobre los efectos que va a tener. Como parte interesada, pregunto:

– ¿Pero cómo vamos a conseguir esos timbres? La rama del comercio a la que se aplican no es capaz de soportar ese impuesto.

Se levanta a contestar mi amigo Chrystal:

– El papel timbrado –afirma– es una mercancía, y como toda mercancía, afluye hacia el lugar en donde existe una demanda.

Cierto, mas, por desgracia cuando el papel timbrado se materializa en presencia física, no puedo obtener ni un pliego hasta que haya pagado el impuesto, y si mi comercio no me da para hacerlo, ¡tendré que dejarlo, o verme en la ruina!

Las mismas consecuencias que se derivarían de un impuesto de cualquier otro tipo se tendrán que derivar del aumento de gasto que supondrá la nueva circulación monetaria que se propone. Las manufacturas, las obras públicas y las inversiones privadas que están obteniendo beneficios –lo que les permitirá sufragar los gastos que implica este medio de circulación monetaria más caro– seguirán defendiéndose lo mejor que puedan, con menos beneficios y más desventajas, derivadas de que el dinero en metálico estará a la merced del viento y de las olas, sujeto a un largo y peligroso transporte antes de que les llegue ese oro. Por otra parte, aquéllos cuyo comercio les proporciona beneficios más precarios ya no podrán aguardar a que lleguen tiempos mejores. Abandonarán sus negocios, y las consecuencias para Escocia –y también para Inglaterra–, omitiendo cualquier alusión a la penuria individual, serán desastrosas.

Ya he dejado dicho que la industria pesquera y la manufactura de productos derivados de las algas de *kelp* probablemente serán las primeras víctimas. Y mi vecino replica, con un argumento arrollador, que las empresas que no se pueden mantener mediante sus propios esfuerzos y los naturales beneficios, no deberían ser fomentadas por el gobierno. Dice que eso son tan sólo planes vanos, en los que se malgastan el trabajo y el capital sin que se produzcan los beneficios necesarios, y que la energía que se emplea en mantener a flote estas iniciativas yermas e infructuosas debería dirigirse, lo antes posible, hacia un canal más productivo. Y si yo objeto que, aunque estas iniciativas no han rendido, por ahora, todos los beneficios que se esperaba de ellas, sin embargo dan sustento a muchas personas, habitantes de unas Tierras Altas demasiado pobres para ofrecerles otro medio de vida, pues también para eso tiene preparada una respuesta: que emigren, o que sean deportados a Australia, y que se ocupe su lugar con cabras o con ovejas; con lo que sea o con nada en absoluto.

No pretendo negar, señor periodista, que encierran cierta verdad general aquellas máximas que recomiendan que al comercio libre hay que dejarlo que se sostenga mediante sus propios esfuerzos, que reprueban el sistema de forzar el comercio cuando éste no ha florecido por sus medios naturales, y que previenen contra el sistema de establecer colonias en lugares insalubres o

desolados, en donde los colonos han de perecer, o bien subsistir en un estado mísero y precario, dependientes de las dádivas de la tierra. Yo suscribo de buena gana esas verdades políticas. Pero conocí a un anciano civilista que siempre me decía: *fraus latet in generalibus*,²⁰ y no se puede aplicar ninguna máxima general de forma sabia, justa o segura, hasta que se haya reflexionado seriamente sobre hasta qué punto está controlada por las circunstancias particulares de cada caso. Los mismísimos preceptos de la religión, tal como están expresados en los textos más sagrados de las Escrituras, han sido manipulados hasta convertirlos en sofismas. Los principios políticos más sólidos se pueden estirar, gracias a las hábiles sutilezas de la charlatanería metafísica, de tal modo que, aparentemente, autoricen las agresiones contra los derechos nacionales así como contra los dictados de la sensatez y la humanidad.

Tengo más de una respuesta para las doctrinas de Economía Política de mi vecino (aunque sean ciertas en lo abstracto), cuando las considero aplicadas al asunto que nos ocupa.

En primer lugar, niego que las pesquerías escocesas se encuentren en las dificultades a las que se refiere la máxima que tan triunfalmente invoca mi amigo Chrysal. Yo digo que ya se están sosteniendo por sí solas, y que producen un beneficio moderado pero seguro. Lo que sucede es que este beneficio es aún tan moderado, que desde luego no podrá soportar un impuesto que probablemente sea del cinco o seis por ciento del capital bruto invertido. Por lo tanto, insisto, es de muy mala política asfixiar, mediante semejante carga, iniciativas nacionales importantes que, sin una nueva imposición como ésta, se hallan en condiciones de mantenerse. Sería quebrar el junco antes de que llegue a alcanzar su fuerza, y apagar la hojarasca humeante justo antes de que estalle en llamas y prenda la hoguera.

En segundo lugar, aun admitiendo que, debido a la pobreza de los habitantes y a otras circunstancias adversas, las industrias pesqueras escocesas han precisado durante mucho tiempo el apoyo del Gobierno, yo sigo afirmando que las inversiones en ese apoyo se han hecho de forma buena y sabia. Del mismo modo, un terrateniente actuaría no ya de forma generosa, sino prudente, si le ofreciera unas condiciones ventajosas a un arrendatario que le fuese a mejorar su finca en gran medida. Cuando se acaba de plantar un arbusto exótico, hay que regarlo y cuidarlo; un niño necesita ternura e indulgencia hasta que ha superado los años enfermizos y desvalidos de la infancia. Una pesquería, o una manufactura, establecida en una tierra salvaje, y entre una población de hábitos indolentes, no acostumbrada a la industria ni a disfrutar de los beneficios que de ella se derivan, necesitará, en principio, ayuda del Estado, hasta que se superen las viejas costumbres y se venzan las dificultades. Hay algo en la naturaleza de esa gente, secularmente deprimida por la pobreza, que se asemeja a las cualidades de la turba de su tierra. Si se la deja sola, es el más aséptico e inerte de los productos de la naturaleza. Pero cuando, siguiendo el proceso de elaboración de *compost* inventado por el ingenio del

²⁰ “El fraude se oculta en las afirmaciones generales.”

fallecido lord Meadowbank, se entremezcla este *caput mortuum*²¹ con una pequeña cantidad de estiércol activo, entonces se calienta, fermenta, altera su naturaleza perezosa, y fertiliza todas las tierras circundantes. Ningún agricultor repara en los gastos que supone la cantidad de estiércol necesaria para comenzar esta operación vivificadora; y ningún gobierno sabio lamentará las cantidades invertidas en espolear a la industria, aumentando así el bienestar y mejorando la condición de sus habitantes. En el caso que nos ocupa, el Gobierno ha cumplido ampliamente con este deber: el árbol ha arraigado, el niño avanza rápidamente hacia la juventud y la plena hombría. Las industrias pesqueras se encuentran en pleno avance hacia el éxito triunfal. La pregunta no es si aún hay que continuar con el estímulo, ni si al público se le ahorrará algún gasto en caso de suprimirlo. En esas cuestiones existiría una razón inmediata y palpable, la de ahorrarle dinero al Estado, que, al menos, sería un motivo real, si bien no adecuado, para acabar con estas industrias. Pero el punto que hay que debatir es algo muy diferente. Se trata sencillamente de saber si, mediante un acto legislativo que resulta odioso para Escocia, y en el cual Inglaterra no puede alegar ningún interés inmediato o remoto, los ingleses están dispuestos a adoptar una medida que casi con toda seguridad va a suponer la ruina de estas iniciativas, ahora que ya han llegado a la prosperidad. El deseo que albergaban muchos de los patriotas ingleses más sabios ya se ha cumplido: las baldías y desoladas tierras costeras han visto compensada esa pobreza gracias a las riquezas del mar. Los extranjeros ya no pueden seguir aumentando su riqueza a base de venderle a la propia Gran Bretaña, y con pingües beneficios, los productos de las costas británicas, como hacían antes. Ya se pueden encontrar prósperas aldeas en donde antes apenas se veían los chamizos más abyectos. Una población vaga e indolente, porque no tenía motivos para esforzarse, se ha convertido, al encontrar empleo, en una recia y emprendedora raza de pescadores, bien preparada para enriquecer a su patria en tiempo de paz, y defenderla en tiempo de guerra. *Todo esto YA SE HA GANADO. ¿Vamos a perderlo todo de nuevo, para hacer que el sistema monetario sea uniforme en Inglaterra y Escocia? ¿Lo vamos a sacrificar todo por algo que sólo puedo calificar de acertijo político? En mi opinión, sería lo mismo que si los holandeses abrieran los diques y dejaran que el mar se adueñara de la tierra que ellos le han conseguido arrancar con su industria. En el caso de Holanda, al menos se ahorraría el dinero que le cuesta mantener esas murallas. En nuestro caso, el Estado no gana nada y lo pierde todo.*

Finalmente, quiero decir algo a favor de la gente de Escocia simplemente en cuanto seres humanos y, por lo tanto, merecedores de ser tratados con la debida consideración. Voy a suponer que este cambio propuesto ha sido recomendado debido a que se espera obtener con él algunas ventajas de gran importancia, cuya naturaleza se nos ha ocultado prudentemente. Voy a

²¹ “Cabeza muerta”, expresión latina con que los alquimistas se referían al residuo no líquido de sus experimentos, y que se usa en el sentido de algo huero o inerte. El hijo del lord Meadowbank inventor del *compost*, juez y amigo de Scott, fue quien, en una cena en 1827, desveló oficialmente un secreto a voces: que Scott era el autor de sus novelas, hasta ese momento “anónimas”.

suponer lo que no es fácil de comprender: que de algún modo ininteligible, Inglaterra va a ganar con creces lo que Escocia está condenada a perder. (Por cierto, que el proceso se parece al que recomienda el médico de Molière, que prescribe sacar un ojo para que el otro pueda ver más lejos y con mayor agudeza.)²² Voy a suponer que nuestros estadistas, al poner en práctica esta medida, condenan a la emigración, es decir, a ser deportados —el castigo que Gran Bretaña aplica a los criminales— a los habitantes de parajes remotos y baldíos, tanto en tierra firme escocesa como en las islas Hébridas, con el fin de ahorrarle a Inglaterra algún gasto, y también porque esa nación piensa que unas tierras tan distintas de sus propios valles fértiles no pueden ser aptas para el asentamiento humano. En ese caso lo que yo diría es lo siguiente: consideren ustedes, en primer lugar, el carácter de la población a la que están a punto de condenar de forma sumarásimas a las consecuencias que se derivan de destruir su medio de vida actual. Mis compatriotas tienen sus defectos, y soy plenamente consciente de ellos, pero quiero decir una cosa: existe más vicio, más crimen, y no sólo eso, sino también más necesidad, más auténtica miseria, más pobreza degradante y más irremediable desdicha en la parroquia de Saint Giles de Londres que en todas las Tierras Altas y los distritos ganaderos de Escocia, y muy probablemente que en Escocia entera. Por muy pobres que sean los montañeses, sus necesidades están limitadas por sus circunstancias, y disfrutan de cosas que les compensan, según ellos lo entienden, por unas privaciones que no les suponen demasiados sufrimientos. Su tierra es para ellos tierra de muchos recuerdos. No quiero extenderme sobre este tema, para que no se me tache de estar alejado de la realidad al insistir en una cantinela tan conocida. Pero cualquiera que tenga corazón debería comprenderme al menos un poco cuando yo afirmo que aman a su tierra, por áspera que sea, porque en ella están las iglesias en las que rezaron sus antepasados, y los cementerios en donde yacen.

Y esto no es todo. Las zonas montañosas instilan en sus habitantes fuertes sentimientos de arraigo, lo que quizá viene a demostrar, si proseguimos nuestra argumentación hasta la Gran Causa Final, que, aunque a Dios le plugo que hubiera hombres en todas las partes del mundo que Él se dignó crear, la Beneficencia del Padre Común agregó ciertas circunstancias consolatorias para compensar a los montañeses por la falta de la fertilidad y el buen clima de los que disfrutaban los habitantes del llano. Algunos filósofos, fijándose en las causas secundarias, han atribuido este sentido de apego a lo local que se da entre los montañeses a la influencia del paisaje sublime aunque desolado que los rodea, que parece marcar en sus corazones de forma más profunda la idea de la peculiaridad de su tierra. A mí me parece que la causa principal es que esas tribus casi nunca cambian de morada, y por lo tanto llegan a estar más unidos a sus parajes natales que los habitantes de aquellas zonas en donde la población fluctúa frecuentemente. La tierra no es tan sólo suya *ahora*: ha

²² En el acto III de la comedia *El enfermo imaginario*, del francés Molière (1622-73), Toinette, disfrazada de médico, recomienda sacarle un ojo a Argan para que el otro se desarrolle mejor.

pertenecido a una larga lista de antepasados, y hasta el más frío de los filósofos tiene que sentir más apego por lo que solemos llamar una finca solariega que el que pueda sentir por una adquisición reciente.

Pero, independientemente de esto, los habitantes de los distritos más salvajes de Escocia realmente disfrutan de algunos placeres, tanto morales como físicos, que les compensan por la falta de mejores medios de subsistencia y de viviendas más cómodas. En una palabra, gozan de mayor libertad que los habitantes de las tierras más ricas. A los ingleses esto les sorprenderá y les parecerá una paradoja, y, no obstante, es bien cierto que, si el gran privilegio de la libertad es la capacidad de ir a donde a uno le place, el campesino escocés disfruta de ese privilegio en mayor medida que el inglés. El placer de contemplar “la hermosa faz de la naturaleza”, así como muchos otros goces primitivos, cuya ausencia difícilmente se vería compensada por dieta y alojamiento superiores, están más al alcance del hombre pobre en Escocia que en la nación hermana. Un terrateniente escocés, en las zonas más salvajes, no suele excluir a sus vecinos pobres de sus tierras con severidad; yo he conocido a muchos que las han abierto voluntariamente a todas las personas pacíficas y decentes que quisieran disfrutar de ellas. La caza de estos propietarios generosos, sus plantaciones, sus cercas, y todo aquello que pueda ser objeto de codicia de los intrusos ha estado mejor protegido, según tengo observado, que allí donde se adoptan medidas de exclusión más severas. *Haud inexpertus loquor.*²³

Pero en muchos distritos, la parte de terreno que, apropiándose de todo lo posible, puede lograr apartar el primogénito de Egipto²⁴ para su uso exclusivo no es más que una pequeñísima porción en relación con los parajes no cultivados. Cuando el montañés pasea por su páramo salvaje, su solitaria montaña, y junto a su lago anchuroso, lo hace con paso mucho más libre que el de quien se ve constreñido a seguir un camino polvoriento. Este último recibe advertencias contra cualquier desviación casual por medio de letreros que le avisan de la reivindicación sumarisima del monopolio que ejerce el propietario sobre su extenso parque mediante el uso de escopetas ocultas que se disparan al pisar un resorte, o de cepos para hombres, o bien le formulan la menos inmediata, pero no por ello menos formidable amenaza de que “los infractores serán perseguidos”, sin que quede muy claro si será por la ley o de forma más literal.²⁵

Sobre todo, el campesino vive y muere como lo hicieron sus mayores, en el lecho en que nació, sin tener que conocer jamás los horrores del asilo.²⁶ Esto puede compensar la falta de abundante rosbif y cerveza, tratándose de gentes a quienes esta dieta no les ha llegado a ser indispensable debido a la costumbre.

²³ “No hablo como un inexperto”.

²⁴ Scott alude al Antiguo Testamento para referirse a los hijos mayores, herederos.

²⁵ En el original, “what is often, and scarce unjustly spelled, “*persecution* according to law” en donde se utiliza *persecution* en lugar de *prosecution* (el término jurídico para procesar a alguien).

²⁶ *Workhouse* o “casa de trabajo”. Eran asilos públicos parroquiales, y generalmente tenían condiciones de vida muy duras.

Es de esperar que este modo experimental de legislar se tome una pausa antes de condenar al destierro a una raza que se halla contenta con su situación, únicamente porque en la actualidad tan sólo puede contribuir a las reservas de prosperidad nacional con sus robustas virtudes y su quehacer industrial, en lugar de incrementar considerablemente la riqueza nacional. Aun si se les considera paupérrimos, siguen teniendo derecho al mínimo apoyo que sea necesario para que se puedan sostener gracias a su propia industria. Si a los pobres de otras partes se los pudiera mantener sin que tuvieran la degradante sensación de estar recibiendo limosna, sería muchísimo mejor para ellos y para su país.

Voy a conceder, tan sólo por seguir argumentando, que los fondos públicos destinados a establecer esas industrias pesqueras se podrían haber empleado mejor. Aun así, puesto que ese gasto ya está hecho, no deberíamos precipitarnos a retirarles nuestro apoyo, por mucho que pensemos que fue poco prudente concedérselo al principio. En la fantástica historia de Frankenstein, el científico actuó de forma poco sensata al crear el ser antinatural al que logró dar vida y movimiento mediante su arte.²⁷ Pero una vez que, cual nuevo Prometeo, había dotado de sentidos y de la capacidad de pensar a la criatura producto de su habilidad y su ciencia, no tenía derecho a abandonar al gigante al que había llamado a la vida, y la historia nos demuestra que no resultó nada bueno del hecho de que él se sintiera descontento de su propia obra. Pero lo que yo sostengo es que lo único que presentan las iniciativas a las que me refiero son logros que deberían provocar que quienes las fundaron y fomentaron se sintieran orgullosos de sus patrióticos esfuerzos.

Por lo tanto, espero fervientemente que la actual situación de contento de tantos congéneres, que además va mejorando rápidamente, sea tenida en cuenta como algo que también mueve el fiel de la balanza cuando se llegue a ponderar un proyecto de ley que, en opinión de todos cuantos tienen algo que ver con el norte de Escocia, amenaza con privar a esas gentes de su modo de vida.

Sobre otros asuntos nacionales ya he dicho bastante. Aquéllos que tan sólo se fijan en los cuadernos y los estados de cuentas, consideran que los sentimientos suscitados por cuestiones de honor nacional valen tan poco como un cero a la izquierda. Con razón o sin ella, lo cierto es que esos temas todavía afectan a la gente de Escocia, como podrán testimoniar todos aquéllos que estuvieron presentes cuando Su Majestad honró a la capital de sus antepasados con su presencia.²⁸ Tampoco queremos exagerar el valor de tales asuntos, ni aferrarnos tenazmente a pretensiones anticuadas que puedan obstaculizar el bienestar general del imperio. Pero abominamos de esa clase de cambio que se lleva a cabo tan sólo por el gusto de innovar. Una nación orgullosa no puede tolerar semejantes experimentos cuando tocan a su honor; una pobre

²⁷ La novela *Frankenstein, o el moderno Prometeo*, de Mary W. Shelley, había aparecido en 1818.

²⁸ En 1822 Jorge IV visitó Escocia. Era la primera vez que lo hacía un monarca británico después de la Unión, y Scott, que lo había persuadido, actuó de maestro de ceremonias.

no puede soportarlos si le suponen fuertes pérdidas. Todos somos conscientes de que muchos cambios tienen que darse necesariamente; el ambiente político está ominosamente cargado con esos síntomas,

“y los acontecimientos venideros proyectan su sombra hacia delante.”²⁹

Estos cambios tendrán que producirse en su momento; pero confiamos en que no se los impulsará súbitamente, sino sólo cuando la mente pública esté preparada y las circunstancias del país lo requieran.

Las reformas que se hacen a su debido tiempo son como las lluvias oportunas y regulares que, cayendo suave y silenciosamente sobre la tierra en el momento más adecuado, despiertan sus poderes de fertilidad. La innovación precipitada es como el impetuoso huracán, que, a la larga, puede acarrear, efectivamente, circunstancias beneficiosas, pero que, en sus inicios y en su avance inmediato, va acompañado del terror, el tumulto y la desgracia.

El nuestro es sin duda un tiempo en el que se propugnan con osadía cambios de todo tipo, que reciben apoyos ingeniosos; es más, reciben esos apoyos precisamente por ser singulares, del mismo modo que las doctrinas más disparatadas del fanatismo religioso a menudo han sido predicadas con la mayor elocuencia y abrazadas con el máximo celo. Un filósofo desea convertir el país entero en asilos, igual que el Comodoro Trunnion quería ordenar las parroquias según el sistema de un barco de guerra.³⁰ Hay otra clase de filósofos que ha echado de casa el sistema ético y que descubre en el exterior del cráneo las pasiones cuyo origen antes buscábamos en el interior. Un grupo de fanáticos se une para destronar a la Deidad, y otro para entronizar al príncipe Hohenlohe.³¹ Los partidarios de cualquier causa encuentran predicadores, discípulos y seguidores acérrimos, y, si fueran perseguidos, encontrarían mártires. En un momento tan dado a la especulación, tenemos que ser muy cautos cuando se trata de adoptar medidas que sólo se sustentan sobre argumentos teóricos. Hoy día dejamos que los hombres razonen tan ingeniosamente como quieran, y nos mostramos dispuestos a escucharlos, divertidos si no convencidos. Yo he escuchado con gran placer a una persona ingeniosa disertar sobre la frenología, y me ha interesado mucho su proceso de razonamiento. Pero si semejante filósofo se propusiera aserrar o limar cualquiera de las protuberancias de mi cráneo con la intención de mejorarme el sentido moral, mucho me temo que me mostraría contrario a la propuesta.³²

He leído, creo que en Luciano,³³ la historia de dos arquitectos que compitieron públicamente, frente al pueblo de Atenas, para dirimir a cuál se le

²⁹ Un verso de *Lochiel's Warning*, del poeta escocés Thomas Campbell (1777-1844).

³⁰ Personaje de la novela *Peregrine Pickle* (1751), de Tobias Smollett.

³¹ Seguramente se refiere al sacerdote católico alemán, príncipe de Hohenlohe, que a principios del s. XIX se hizo famoso por sus supuestas curaciones milagrosas.

³² La frenología, doctrina psicológica de J.F. Gall, sostenía que las facultades psíquicas y el carácter se podían conocer por los relieves del cráneo, que se correspondían con zonas precisas del cerebro.

³³ Autor griego (115 - c.200) que escribió los *Diálogos de los dioses* y *Diálogos de los muertos*, obras satíricas.

debía encomendar la tarea de levantar un templo. El primero pronunció un discurso brillante, demostrando que era, al menos en la teoría, maestro de su arte. Habló con tanta destreza, empleando términos arquitectónicos, que resultó casi imposible convencer a la asamblea de que escuchase a su oponente, un anciano de aspecto poco pretencioso. Pero cuando éste pudo hacerse oír, dijo en pocas palabras: “Todo aquello de lo que sabe hablar este joven, yo lo he HECHO”. La decisión fue unánime, a favor de la Experiencia y en contra de la Teoría. Eso es exactamente lo que ocurre con la cuestión que nos ocupa.

Aquí se presenta la Teoría, con un rollo en la mano, repleto de combinaciones numéricas profundas y misteriosas. El más mínimo fallo en cualquiera de ellas puede alterar el resultado completamente, pero hay que fiarse, pues ¿quién es capaz de repasarlas todas? *Allí* tenéis ante vosotros un Sistema práctico, que ha funcionado con éxito durante más de un siglo. La una os reclama con promesas, como se suele decir, de riquezas ilimitadas; el otro apela a los milagros que ya ha obrado para vuestro bien. Uno os muestra provincias cuya riqueza se ha triplicado bajo su gestión; la otra un problema que nunca se ha resuelto en la práctica. Aquí tenéis un prospecto explicativo; allí un pueblo pesquero. Allí la prosperidad prolongada de toda una nación, y aquí la opinión de un catedrático de Economía, que os dice que, en esas circunstancias, en principio esa nación no debería haber prosperado nada. En pocas palabras, queridos compatriotas, si estáis decididos, como el perro de Esopo, a morder la sombra y perder la sustancia, jamás habréis tenido una oportunidad tan gratuita de cambiar el alimento y la riqueza por el reflejo de la luna en el agua.³⁴

Adieu, señor mío. Ésta es la última carta que recibirá usted de quien queda

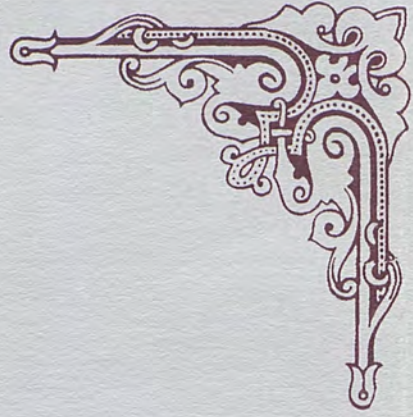
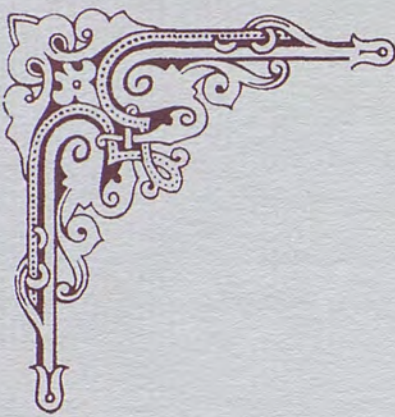
Suyo afmo.

MALACHI MALAGROWTHER

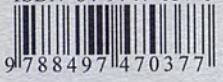
³⁴ En una fábula de Esopo, un perro suelta el trozo de carne que lleva porque su reflejo en el agua le hace creer que se trata de otro perro con un trozo mayor, y ladra para ahuyentarlo. La corriente se lleva la carne.

ÍNDICE

Prólogo	5
Introducción	9
Estudio Preliminar	19
DEFENSA DE LA NACIÓN ESCOCESA (Las cartas de Malachi Malagrowthet)	31



ISBN 84-9747-037-0



9 788497 147037



SERVICIO de PUBLICACIONES
Universidad de Málaga

